

EL COJO ILUSTRADO

Año IV

15 DE OCTUBRE DE 1895

Nº 92

PRECIO

SUSCRICIÓN MENSUAL. . . . B. 4
UN NUMERO SUELTO.. . . . B. 2

EDITORES PROPIETARIOS

J. M. HERRERA IRIGOYEN Y CA.
EMPRESA EL COJO - CARACAS - VENEZUELA

DIRECTORES: J. M. HERRERA IRIGOYEN — MANUEL REVENGA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: EMPRESA EL COJO

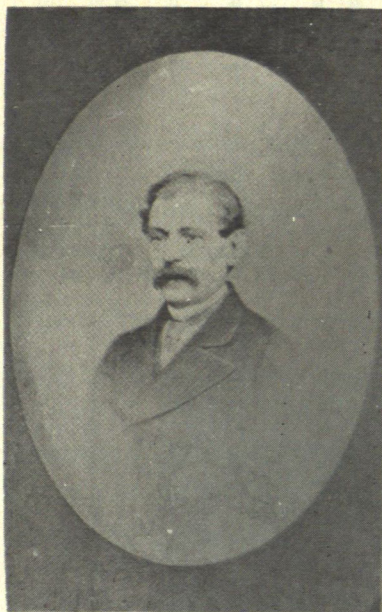
CARACAS — VENEZUELA



ARCO DE LA FEDERACION

PASEO DE LA INDEPENDENCIA EN LA COLINA DEL CALVARIO. — CARACAS

(SEÑOR J. HURTADO MANRIQUE, ARQUITECTO)



EL DOCTOR HILARION NADAL

EL Doctor Nadal nació en la ciudad de Guanare en 1819, y en aquella misma hizo sus primeros estudios. Regentaba entonces el Pbro. Dr. José Vicente de Unda, próximo dendo suyo, un plantel de instrucción en aquella ciudad; instituto que ha quedado con renombre en la memoria de los habitantes de aquella sección de la República, y aun pudiéramos decir de los de toda ella. Hay nombres que no pueden recordarse ligeramente, sino que, sean cuales fueren las circunstancias en que se pronuncien, se hacen amplio lugar por las virtudes y merecimientos de que son símbolo: tal sucede con el del Doctor Unda, tan preclaro levita como eximio patriota, que más tarde recibió y llevó dignamente la mitra de la diócesis de Mérida. Bajo su sabia dirección, cuando no era todavía sino simple sacerdote, y en aquella época en que comenzaban á correr sobre Venezuela las primeras mansas brisas de la paz, después de la cruenta guerra de Independencia, se abrió aquel notable instituto en que la juventud de Barinas, tierra pródiga de altas inteligencias, recibía una instrucción tan vasta como era posible á la sazón. En él se formaban los espíritus con tal sencillez austera y tal amable rectitud, que habrían de ser dotes adecuadas para la generación que tenía sobre sí la nada fácil misión de dar fundamento á la patria, cuya libertad habían alcanzado sus próceres, teniendo sobre el vasto territorio, como señal de imperio, el manto purpúreo de su sangre generosa. Muchos hombres notables que figuraron después en alta escala en nuestra historia, fueron en aquella fragua templados al calor del patriotismo y vaciados en los moldes de dignísimos ejemplos. Uno de ellos fue el Dr. Nadal.

Luégo de terminados sus estudios filosóficos se trasladó á Caracas donde hizo el curso completo de Derecho Civil. No había salido aún de las aulas universitarias cuando dio á conocer en la prensa sus poderosas facultades intelectuales con la publicación de notables artículos sobre cuestiones económicas que aparecieron firmados J. Poco después de haber recibido la boria de doctor volvió á Guanare, y más tarde, en 1845, vino al Congreso como Diputado por la provincia de Barinas. No pasó sin dejar ecos en las Cámaras Legislativas su elocuente voz, que sirvió siempre de órgano á las ideas más beneficiosas para el país. Promo-

vió allí cuanto pudiera ser favorable á su progreso, con el ardor que es propio de los años juveniles, y al mismo tiempo con rara mesura y propiedad, como cumplía á un genio genuinamente filosófico como el suyo siempre retenido dentro de los límites del *ne quid nimis*.

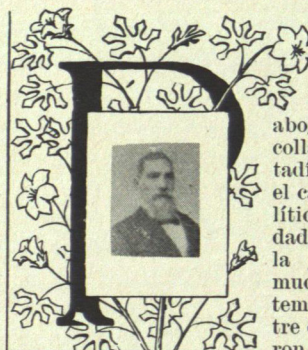
Terminado en 1848 el período de su mandato legislativo, y á consecuencia de los conocidos acontecimientos políticos de aquel año, salió el Dr. Nadal de Venezuela; hubo de fijar por algún tiempo su residencia en Chile, donde hizo conocer sus grandes cualidades como redactor de *El Mercurio* de Valparaíso, y de allí fué más tarde á Europa. No podía menos en estos viajes de adquirir esa como dilatación del horizonte intelectual que alcanzan siempre cuantos por entre extrañas gentes no pasean simple curiosidad admirada, sino pensadora atención; y con rico caudal de ideas adelantadas y generosos propósitos volvió á la patria cuando, por desgracia, los tiempos no eran sino de convulsiones políticas que buscaban crisis en los campos de batalla. Su influencia, escasa entonces por no ser adecuado su carácter á las violentas circunstancias propias de las guerras políticas, fue sin embargo siempre favorable á la concordia y á la conciliación.

Cuando se decretó el empréstito de 1862 fue él comisionado para contratarlo en Inglaterra, como lo hizo cumplida y honorablemente, habiéndole inspirado entonces su patriotismo la idea de destinar, como lo hizo, una parte de la comisión que le correspondiera para fundar una Escuela Normal de Agricultura. Noble propósito que, sin embargo de no haber podido llevarlo á cabo, debe recordarse en honor de quien lo concibiera.

Largos años pasó entonces el Dr. Nadal en Europa, residiendo habitualmente en Londres. Allí fue siempre honor de su patria por su ilustración, su caballerosidad y su inquebrantable rectitud, y con cuanto pudo desde allí servirla no dejó de tributárselo.

Buscando alivio de un doloroso mal crónico regresó á Venezuela en 1873; apenas fueron parte á procurárselo muy transitoriamente los cuidados médicos, los aires de la tierra natal, el afecto de los fieles amigos y el de la familia misma, y falleció en esta ciudad el 5 de mayo de 1875.

EL DR. LUCIO SISO

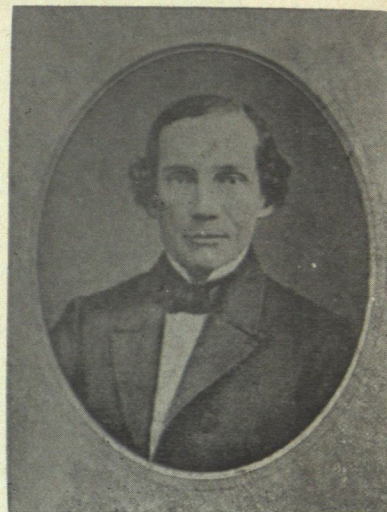


como Sanojo, otros consultores como Reyes; pero Siso no quiso ser sino abogado. Su natural actividad, su carácter formado para la lucha y su espíritu sagaz y osado á la vez, eran incompatibles con la quietud del bufete. Siso quería batallas campales y verse coronado con los laureles de la victoria. Para ello tenía todas las dotes: viveza de ingenio, conocimientos en la ciencia jurídica, actividad, palabra y audacia. Desde el principio hasta el fin de su carrera gozó de la confianza pública, de la fama que le dieron sus triunfos y de las satisfacciones que infunde el aura popular.

En política fue siempre leal á sus creencias, á sus partidarios y á sus amigos, aunque no todos estos militasen en la misma causa. Siso se entregaba con franqueza á las luchas políticas, y ponía al servicio de sus ideales las mismas dotes que empleaba en ejercicio de la abogacía.

¡Y cosa singular! Estos esfuerzos que así en la paz como en la guerra representaban sumados un valor inmenso, nunca fueron para él personalmente. Amaba la política sin ambición política; entraba al palenque con elementos propios, era de los primeros en el combate y de los últimos en el reposo; y sin embargo renunciaba en favor de sus amigos ó de la conveniencia pública, los puestos que le acordaba su partido y cuya aceptación por parte de Siso hubiera celebrado el contrario mismo.

Bastábale á Siso para su satisfacción que el resultado de las elecciones, ó de un plan político cualquiera, no viniese á producir en el poder judicial un orden de cosas in-



compatible con la moral y los beneficios del derecho

Muchos á quienes duele hacer justicia y otros más para quienes el reconocimiento de ciertas virtudes sería un tósigo, y que entre dos interpretaciones, la una favorable y la otra adversa, escogen esta última, acusándole de aspirar al dominio de los tribunales, para sus medros personales, como si el propósito mismo no revelase lo contrario; pues si son buenos y honrados los hombres que ejercen la magistratura judicial, como lo deseaba Siso, no hay que contar con claudicaciones, ni con los efectos del cohecho.

Por otra parte en las causas defendidas por Siso, tenía este muchas veces de frente abogados notables y amigos suyos que como Feo, podían pelear con iguales armas; luégo la acusación era completamente absurda. Pruébalo también el hecho de que en la larga carrera forense de Siso, no hay ejemplo de que la parte contraria quedase arruinada. Siso no pedía sino aquello á que su cliente tenía derecho, y en las causas enmarañadas apelaba á la transacción extrajudicial, como medio el más seguro de evitar la ruina de ambos litigantes.

El Dr. Lucio Siso fue generalmente estimado en la República: los más ilustres jurisconsultos eran sus mejores amigos, y en las luchas políticas mereció más de una vez respetos y consideraciones de sus contrarios. Fundó una familia honorable y educó sus hijos hasta el grado de hacer de ellos perfectos caballeros. El mayor es abogado y goza de buena fama: otro se ha distinguido como comerciante puro y hombre cortés.

Al fin pagó su tributo á la madre tierra este ilustre abogado é influyente hombre público, no rendido al peso de los años, sino

al de los desengaños que rodearon sus últimos días.

EL COJO ILUSTRADO, obedeciendo al plan que se ha trazado de colocar ante el espejo de los recuerdos la efigie y los merecimientos de los venezolanos distinguidos, honra hoy sus páginas con el retrato del Dr. Siso, seguido de estas líneas que ha dictado la verdad sin artificio ni flores de retórica.

LEON LAMEDA.

LA SEÑORA SOFIA R. DE PECCHIO

Bajo la inspiración de la justicia presentamos hoy al público la efigie de la distinguida artista señora Sofia R. de Pecchio, que en su ya larga residencia entre nosotros ha fundado afectos y merecido respeto por su cultura, rectitud y benevolencia.

Nació esta señora de una familia patricia de la Toscana y empezó sus estudios musicales en el Colegio de Damas de Florencia; luego pasó al Real Conservatorio de Milán, bajo la dirección entonces del ilustre Lauro Rossi y en seguida á la escuela del célebre profesor Antonio Angeleri. Instruida ya en la parte teórica hasta penetrar en los secretos del arte, fue admitida á la práctica como Maestra honoraria en el mismo Conservatorio de donde salió premiada con medallas de honor y el diploma de Profesora.

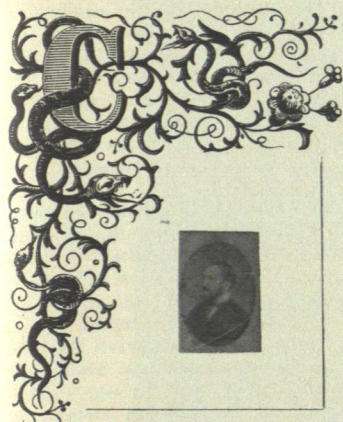
Amante entusiasta del arte, cultiváballo solamente por espontaneidad de la naturaleza ó mandato del sentimien-



SEÑORA SOFIA DE PECCHIO

ESPAÑA

MISCELÁNEA LITERARIA, CIENTÍFICA Y ARTÍSTICA PARA
"EL COJO ILUSTRADO"



UANTOS, de quince años á esta parte, hánse fijado algo en la bibliografía española, tendrán presente la ruidosa aparición en Madrid de dos libros de crítica literaria, titulados uno, *Ripios aris-*

toeráticos, y *Ripios académicos* el otro, escritos ambos, con donaire y desenvoltura, y nada respetuosos para con los autores de las obras sometidas al escarpelo del autor de dichos libros, el cual autor se ocultaba tras del pseudónimo de: VENANCIO GONZÁLEZ, nombre y apellido de un personaje del partido liberal, varón estimable, bajo muchos conceptos, pero ajeno, por sus estudios y carácter, á meterse en andanzas crítico-literarias. Los libros á que me refiero, más que á fomentar el buen gusto literario, parecen encaminados á persuadirnos de lo que nadie ignora: que el ostentar títulos nobiliarios, pertenecer á las doctas Corporaciones, ocupar los primeros puestos en la política ó en el ejército, no debe considerarse escudo que ampare al escritor contra los golpes de la crítica racional y justa.

Aquellos libros revelaban, por otra parte, en su autor agudo ingenio y vasta instrucción literaria, y obtuvieron, aquí y fuera de aquí, gran acogida; hiciéronse de ellos varias ediciones, lo cual indujo al que los escribió á acometer nuevas empresas de este género. Para ello escogió la ocasión de publicar nuestra Academia de la lengua castellana, la novísima edición de su DICCIONARIO, y, con el título: *Fe de erratas* y con el pseudónimo, JUAN DE ESCALADA, escribió el ya temible autor de los *Ripios académicos* la más enérgica, cruel y despiadada crítica de que aquella ilustre Corporación ha sido objeto en el siglo y medio que lleva de existencia.

Este trabajo, publicóse primero por artículos en uno de nuestros periódicos de más circulación; artículos que fueron luego recopilados en un libro que tuvo también gran éxito. Mayúsculo fue el escándalo que, con este motivo se produjo, y nuestros mortales de la Academia hubieron de defenderse como pudieron ó supieron, muy bien unas veces, medianamente otras; y como el terrible acometedor se viese acusado de falta de hidalguía al ocultar su nombre, tratándose de una crítica rayana á veces de la ofensa, contra una colectividad respetable, entonces apareció el verdadero nombre del autor de aquellos atrevimientos, el de Antonio de Valbuena, un periodista muy distinguido y apreciado en Madrid. Puesto ya gallardamente en el palenque y alzada la visera, el señor Valbuena siguió escribiendo: *Ripios vulgares*, *Ripios ultramarinos*, *Capullos de novela*, *Agri dulces*, bella colección de artículos políticos y literarios, *Historia del corazón*, hermosa novelita, un *Estudio crítico y biográfico* del poeta Zorrilla, y algún otro trabajo que no recuerdo ahora.

Ha pocos días, ha aparecido un nuevo tomo del mismo autor, el titulado: *Novelas*

to; pero á su llegada á Venezuela, difundidas las armonías de su piano, y oída en los conciertos de la generosa institución llamada Unión Filarmónica, por nuestro mal extinguida, despertó simpatías á su persona y grandes aplausos á sus dotes.

De aquí que se apelase á ella en los conciertos de gala y en las funciones destinadas á la beneficencia pública, donde los sacerdotas de Euterpe ostentaban así sus talentos como su filantropía. Justo es decir de paso que la señora Pecchio prestó siempre gustosa su concurso á estos actos en que el servicio era pagado en ramilletes y votos propiciatorios.

Por último el Gobierno, justo apreciador del mérito demostrado, la condecoró con el busto del Libertador en 3ª clase y con la medalla de instrucción pública.

Cuenta la señora de Pecchio en Caracas numerosas discípulas, y es fama que merece del bello sexo, como de los padres de familia, consideraciones personales al par que gratitud.

Una dama culta é inteligente, adornada además con las flores del arte, será siempre objeto de honor y cariño en toda sociedad civilizada; y si á estas recomendables dotes se une la belleza personal, como sucede con la señora Pecchio, el triunfo es seguro.

Sea este duradero en obsequio del arte y del aprendizaje. Tal es nuestro voto más sincero.

menores, que promete tener igual aceptación que los demás que lleva publicados. Se trata de una colección de novelas cortas, ó mejor, de cuentos escritos con sencillez y claridad, y, aunque, en el fondo, morales y educativos, no parece que tal haya sido la intención del autor.

El primero de estos cuentos se titula: *A buena hora*. Es una historietita sencilla de unos amores de estudiante, muertos en flor por no atreverse los amantes á declararse mutuamente la pasión que sentían. La narración es admirable. Saber narrar, es una cualidad especial del talento, que no todos los escritores poseen. En esta novelita no se ve clara la tesis, á no ser que el autor haya querido demostrar que el hombre enamorado no debe meditar mucho si le conviene ó no casarse, porque si lo medita no se casa; lo cual tendría algo de inconveniente, tratándose de un escritor tan cristiano como el señor Valbuena.

La *condesa de Palenzuela* es un cuento romántico: se ve en él que la verosimilitud no ha entrado en mucho en las miras del autor: pero hay color local y de época, y un lenguaje irreprochable. El cuento que sigue á éste, se titula *Inconsecuencia*. Es el mejor: un idilio lleno de frescura y naturalidad, cuyos protagonistas son niños de seis á nueve años, desarrollado en una población rural. La escena de los juegos callejeros, la expedición en busca de nidos en el soto, no sólo resultan interesantes sino originales y de una poesía llena de realidad. La moraleja del cuento se reduce á que la mujer de mejor corazón, no lo tiene cuando se trata de coquetear con el hombre preso en las redes de amor.

Prueba de indicios es otra novelita tan bien concebida como desarrollada en que se prueba que en materia de celos entre marido y mujer, no hay que dejarse guiar por las

apariencias, por muy razonables que estas sean. El tomo termina con *Metamorfosis* una acerada crítica de ciertas debilidades en que, á menudo, incurre la buena sociedad de Madrid acogiendo en su seno y distinguiendo á advenedizos de la fortuna, pertenecientes á uno y otro sexo, enriquecidos ellos por malos medios, y realzadas ellas por irregularidades en su conducta moral. Hay en esta novela reminiscencias de la famosa: *Pequeñeces* del padre Coloma, y pelagra que algún malicioso vea en ella retratadas personas conocidas en la que se llama buena sociedad madrileña. Hasta en lo de zaherir al partido liberal se parece el cuento á los del P. Coloma. El señor Valbuena es carlista y no deja en este libro escapar ocasión para recordárnoslo. Todo se le puede perdonar en gracia á lo bien que escribe.

Existe, desde hace años en España, con el nombre de *Biblioteca Universal* una empresa que publica, periódicamente, pequeños volúmenes esmeradamente impresos los cuales vende al ínfimo precio de cincuenta céntimos de peseta. En esos tomitos se han popularizado las mejores obras de nuestros autores clásicos antiguos y modernos españoles y extranjeros, especialmente aquellas que por su poca extensión se pueden incluir en uno ó dos volúmenes del tamaño de los que forman dicha Biblioteca. Cuanto por este medio se ha contribuido y contribuye á fomentar la ilustración en un país como el nuestro, donde se venden pocos libros quizás porque sus precios no suelen estar al alcance de los pobres, dígalos el hecho de verse estos tomitos en casa de los estudiantes de pocos medios y en la de muchos jornaleros. Recientemente ha aparecido un nuevo tomo que contiene cuatro poemas de Alfredo Musset: *Rola*, *Namuna*, *El sauce* y *Porcia*, vertidos admirablemente al castellano por el poeta Guillermo Belmonte Müller, tan conocido y apreciado en España como en la América latina. Otro poeta y brillante escritor, Salvador Rueda, ha escrito para este tomito un hermoso prólogo; de modo que, primero por el numen de Musset, que aparece con toda su genial, incomparable hermosura en los cuatro poemas, después por la gallardía de la traducción, la mejor sin duda de cuantas del malogrado poeta francés se han hecho hasta ahora en lengua castellana, y, por último, por la colaboración de Rueda que es hoy el escritor español más colorista en el estilo, más exuberante en galas retóricas casi siempre bien sentidas y expuestas, el tomito en cuestión, resulta una verdadera joya.

Otro trabajo de amena literatura publicado hace poco, es la novela: *La viva y la muerta*, del distinguido escritor Ortega y Munilla. No desmerece en nada de las anteriores que del autor conocemos desde que, siendo muy joven, presentóse en escena con su bella producción: *La Cigarra*. Lenguaje correcto, claridad de expresión, buen gusto en la elección del tema y en la presentación de caracteres que el tema desarrollan, la nueva novela puede clasificarse entre las que se leen con gusto; hasta por los menos aficionados á esta clase de labores literarias. El señor Ortega y Munilla ha revelado en algunas de sus producciones marcada tendencia hacia la escuela naturalista: en la de que hablo, parece separarse algo de su peculiar tendencia, y de aquí que ya se diga de él que está en camino de ser uno de los conversos hacia la reacción espiritualista, y, más que espiritualista, mística que de algún tiempo á esta parte, informa, con más provecho de la ética que de la estética, nuestro movimiento literario. No se ve en *La viva y la muerta* bien definida esta incli-

nación. Lo que hay allí es romanticismo de buena ley, y esto no siempre está refido con la realidad y aun con lo esencial del género naturalista.

Como hay entre nosotros escritores que por sus aficiones á la historia, idiomas y literaturas del continente Americano, se les llama americanistas, podriase por igual motivo, llamar *filipinistas* á los que muestran sus predilecciones por todo lo que se refiere á nuestro extenso y rico archipiélago del Océano equinoccial. Son, pudiera decirse innumerables, las monografías que acerca Filipinas, se han escrito y publicado en España de treinta años á esta parte. No va á aquellas islas ninguno de nuestros funcionarios públicos, de cierta ilustración, que, al regresar, no se considere obligado á publicar en los periódicos y Revistas ó en un libro, algo sobre Filipinas. No obstante, con saber tanto acerca de aquellas regiones, apenas si teníamos cosa buena recopilada en forma de historia. Un libro hay de esta clase en nuestras bibliotecas, que dista mucho de llenar aquella necesidad. Está escrito por un fraile recoleto y es un trabajo desordenado, difuso y fatigoso hasta para el lector más paciente. Un escritor modesto, tan poco conocido del vulgo como inteligente, el señor Montero y Vidal, correspondiente de la Real Academia de la Historia, libróse ha pocos años á la tarea de dotar á España de una buena *Historia general de Filipinas*, y la ha realizado con éxito felicísimo. Consta esa historia de tres tomos: apareció el primero en 1887, y hace pocos meses se publicó el último. En opinión de cuantos hanse ocupado en esta obra, puede calificarse de concienzuda y meritísima, por muchos conceptos. Encuéntrase en ella cuanto hay que saber acerca de las islas Filipinas, desde su descubrimiento hasta nuestros días: el autor ha sabido aprovechar todos los materiales esparcidos en las monografías á que he aludido y ha registrado todos los rincones de nuestros archivos y bibliotecas. Campea además en todo el discurso un levantado sentido crítico que avalora grandemente la importancia didáctica que el señor Montero, atento á las modernas direcciones de los trabajos históricos, ha querido y conseguido dar á su libro.

El sabio profesor italiano Lombroso, después de haber conmovido el mundo con sus teorías acerca los criminales innatos y los hereditarios, se dedica de algún tiempo á esta parte, á escribir extravagancias, más ó menos ingeniosas y en cierto modo científicas, pero que no por serlo dejan de acusar en el célebre antropólogo una nueva cualidad, la de decir desatinos con erudición y una fuerza dialéctica no poco sugestivas. Ha poco apareció en la *Contemporary Review* con un artículo diciéndonos que el progreso, en todos sus órdenes de manifestación, no existe en realidad, y que las ideas aun las más nuevas en apariencia, no son sino recuerdos, reminiscencias de otras antiguas, que el que se nos presenta como inventor no hace más que acomodarlas á los gustos y á las necesidades del tiempo en que vive. Esto no es nuevo, y lo han dicho otros sabios, y no sabios, antes que Lombroso; lo nuevo es el desenfado con que el ilustre antropólogo expone su doctrina. Está en lo cierto cuando dice que el progreso no asciende ó no avanza en línea recta; que el espíritu humano rechaza, por naturaleza toda innovación, y que á toda revolución sigue una reacción, así en el orden de las ideas como en el de los hechos. Pero, de esto á sostener, como lo hace Lombroso, que la humanidad no ha adelantado nada desde hace dos ó tres mil años, hay gran diferencia. Nuestros antepasados pre-

sintieron y aun conocieron algunos de los modernos adelantos; pero de muy pocos consiguieron explicárselos racionalmente y aún de menos de ellos supieron hacer aplicaciones prácticas para los usos de la vida. Fuera del arte en varias de sus determinaciones, algo en ciencias exactas y mucho en las políticas, en las cuales nada ó muy poco hemos adelantado, no se puede decir que los antiguos ahondaran en el conocimiento de la naturaleza como se ha ahondado en nuestros tiempos.

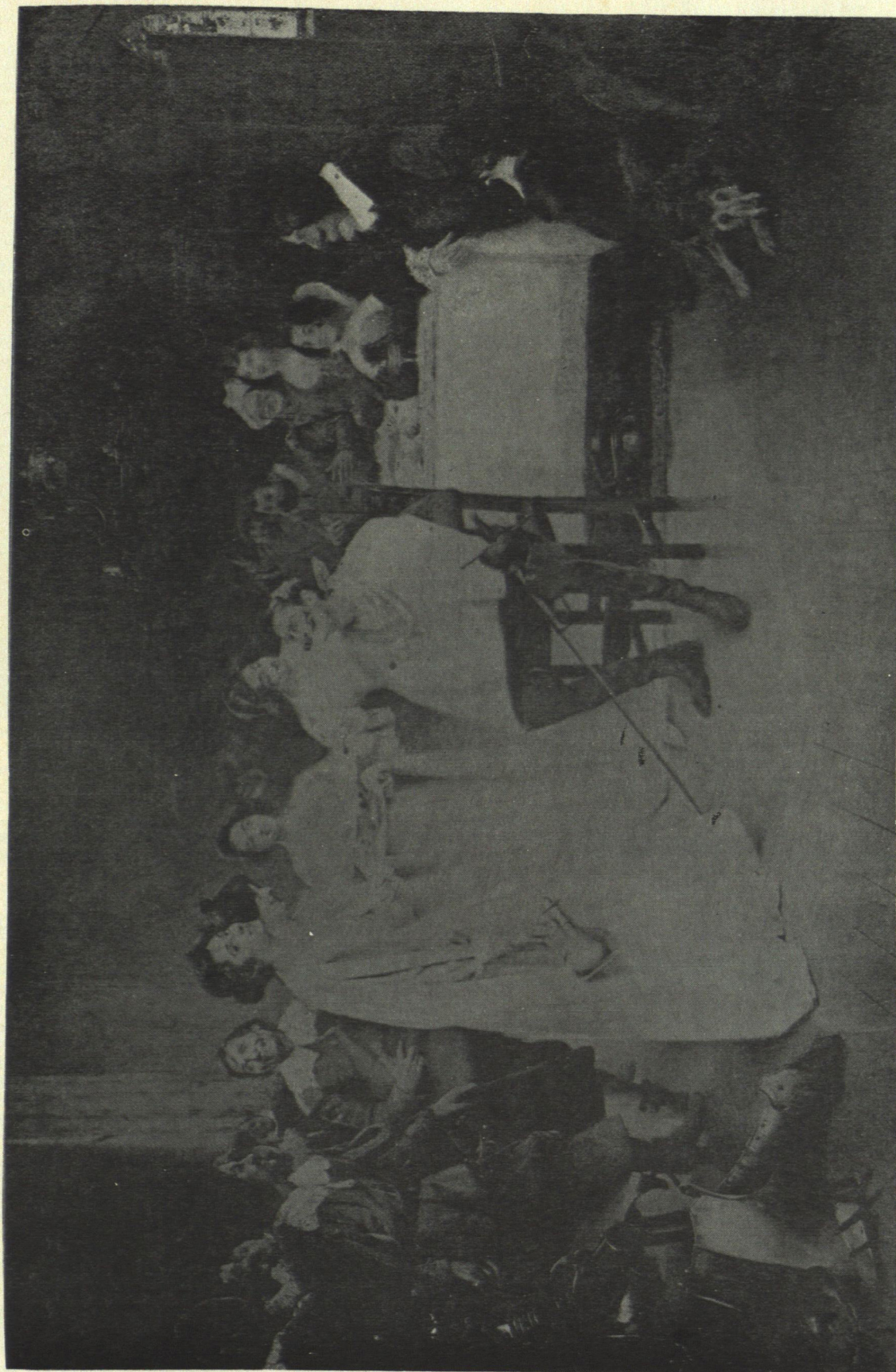
Pero el sofisma más notable de los que ahora expone el señor Lombroso, es el expuesto en otro artículo en la *Nouvelle Revue*. Se titula: *Los beneficios del crimen*. Se trata de demostrar que el mal es el origen del bien y que la mayor parte de las instituciones sociales que consideramos buenas, tienen su base en el crimen. Hay más: dice que á medida que avanza la civilización, es más poderoso el crimen, porque lo que pierde en extensión lo gana en intensidad, de lo cual deduce que el crimen debe tener en el concierto de la civilización, alguna función útil. Y recuerda á este propósito y lo apoya con ejemplos históricos, que los crímenes más reprobados han sido utilizados como arma política; recuerda también que, aun en nuestros tiempos una es la moral privada y otra la moral política, que el crimen es el instrumento natural de la guerra y de las revoluciones, puesto que los menos aprensivos en materia de moral son los que con más decisión se libran á apartar los obstáculos que se oponen á toda transformación por buena que sea. Como la guerra, que es el mal, produce á veces el bien, la corrupción política en el sistema representativo, la prostitución, la usura, producen así mismo bienes relativos ó evitan males mayores. No puede negarse como recuerda Lombroso que la pena contra el crimen es casi siempre un crimen más, el derecho de venganza codificado; que es preferible para el gobierno de los pueblos un ministro ladrón, á un ministro estúpido, porque este deja robar á quien quiere hacerlo, y aquel no permite que robe nadie más que él; que los modernos ejércitos tienen su origen en las bandadas de *condottieris* formada sólo por ladrones y asesinos, y que la poderosa escuadra inglesa, nació de una asociación de piratas, y aunque la ley Linch, que es un crimen abominable, es tolerada en los Estados Unidos por ser el único medio de defensa contra los delincuentes que se amparan en la deficiencia de los tribunales de justicia.

Todo eso es cierto, y antes que Lombroso lo ha dicho el sentimiento popular en aquel adagio, común á todos los pueblos, que dice: *no hay mal que por bien no venga*. Pero esto es ver el asunto únicamente bajo uno de sus aspectos. Hay que tener en cuenta que la humanidad, como el universo, vive transformándose, y que en el misterioso trabajo de los siglos es innegable que va ascendiendo hacia la perfección. Lo que un tiempo fue maldad consentida es hoy delito que procura evitarse y se castiga una vez cometido; de todo lo cual se deduce que, sólo ascendiendo hacia el ideal del bien y de la virtud, cuyos códigos están en la misma naturaleza humana, se realiza el verdadero progreso de los pueblos. Cuanto se ha dicho y se dice en contra de esta aserción sencillísima, es producto de imaginaciones enfermizas, tocadas de los desengaños de la vida ó impulsadas por el prurito de aparecer original como quizá lo hace ahora el ilustre Lombroso.

J. GUÉLL Y MERCADER.

Madrid : septiembre de 1895.





DON QULJOTE
Cuadro de L. Barrau.—(Salón del Campo de Marte.)

BEATRIZ OLDERIGHI

TRADUCIDO DEL FRANCÉS PARA "EL COJO ILUSTRADO"

POR MIGUEL PICHER



En medio del enjambre de jóvenes que llamaban en la Corte de Francia, el escuadrón de la reina, gobernado despóticamente por Catalina de Médicis, notábase á Beatriz de Rotherens, que se encontraba entonces en toda la belleza de la flor que se abre á los primeros rayos del sol.

Era hija de un gentil hombre de Saboya muy fiel á su duque, Cabeza de Hierro, de buena estirpe, pero arruinado completamente por la invasión francesa á su país. Este señor, que combatía por

su soberano, fue hecho prisionero y murió en Fontenbleau.

La huérfana, recogida por la reina madre, creció á su lado.

Desde niña se adivinaba que un día llegaría á ser prodigio de hermosura. Los más vanidosos se inclinaban ante su superioridad y los más ilustres solicitaban su afecto. Fue muy admirada, por consiguiente tuvo muchas enemigas.

Pero poco le importaba. En aquel tiempo, un nombre ilustre bien llevado equivalía á una magnífica dote.

Cuando cumplió diez y seis años, los pretendientes se presentaron á porfía.

A ninguno desechó, pero á ninguno tampoco acordó la preferencia.

A un Montmorency le decía que él estaba muy cerca del trono, á un hijo menor de Rohan, que estaba muy distante de él. Despedía á un marqués muy rico, á media docena de barones muy pobres, á un togado muy sabio, á un capitán muy pendenciero, en fin, á una nube de gente que la disgustaban en demasía por algún defecto dominante.

Sin embargo, no los desesperanzaba sino justamente lo necesario para ganar tiempo, contando decidirse por el mejor, en caso de una decepción ulterior.

Por entonces La Fontaine todavía no había imaginado el apólogo. Le quedaba pues el derecho de desdefiar la carpa, de despreciar el gobio y de buscar una presa fina.

Mientras tanto, Beatriz se formaba el espíritu no sin dañarse un poco el corazón.

Los poetas burlones le recitaban sus elegías, Don Amyot le ponderaba los héroes de Plutarco y le leía algún fragmento escogido de los menos disparatados de la pastoral de Longus.

Aprendía el griego con Margarita de Valois, la prosodia con Ronsard, el latín con un prior, la astrología con Ruggieri y la política con su augusta señora, discípula de Maquiavelo.

La señorita de Rotherens no se hizo pedante ni retuvo las lecciones que recibió de sus diversos maestros sino para hacerse una mujer superior. Tuvo bastante modestia, bastante discreción quizás, para velar esa ciencia inútil bajo las apariencias de una excesiva frivolidad.

Sustituyó una cháchara insignificante al lenguaje elevado y culto que empleaba otras veces en sus conversaciones con los sabios de aquella corte brillante. Manifestó gusto por los adornos, por la caza, por los caballos, por el baile, por todos los placeres ruidosos que no son del dominio de la mujer destinada á la vida oscura del hogar doméstico.

En una palabra, esta luz brillante, se ocultó por sí misma bajo otra apariencia.

Inútil sería explicar que esta disimulación obedecía á un objeto. Beatriz era muy espiritual, para ignorar que una joven sin padres, sin fortuna, sin protección, sin otro apoyo que el favor efímero de una soberana egoísta y celosa; no podía satisfacer sus ambiciones sino poniéndose al nivel de las mediocridades que la rodeaban.

La bella Diana de Poitiers la temía. Beatriz fue la única á quien esta astuta mujer no trató jamás de atraer al vicio, no porque respetase su candor sino porque tenía el efecto de su maravillosa belleza.

En estas circunstancias, el gran duque de Florencia envió un embajador cerca de su buena prima, á quien detestaba de todo corazón.

Este diplomata, sobrino de Strozzi, pero traidor á la causa que defendía su tío y por la cual habían muerto muchos parientes, se llamaba Graciano Olderighi.

Inscrito en el libro de oro de la república florentina; aliado á las casas feudales de Italia, á los Visconti de Milán, á los Riario de Nápoles, á los Coloma de Roma, á los Gonzaga de Mantua, no reconocía otros iguales que los príncipes.

Joven todavía, de fuerte y bella estatura, con el porte y el andar á la vez desembarazado y majestuoso de la gente de raza distinguida, imponía respeto. De él podría decirse lo que un escritor ha dicho de Alcibíades: "No había que buscar en su corazón la elevación que produce la virtud; pero se encontraba en él la audacia que da el instinto de la superioridad." Y él abusaba de esta audacia.

Arrogante con sus iguales, imperioso, duro, severo con sus inferiores, muy suave, insinuante, lisonjero cuando se encontraba con los poderosos, pronto se hizo odiar por su orgullo y burlar por su vanidad.

Como no tenía sino los vicios de su época y de su país, no se despreció en él sino su parsimonia. En efecto, aunque desplegase un lujo espléndido, aunque derramase el oro con profusión en las ceremonias reales, jamás hacía el menor servicio á nadie, cerraba su bolsa á sus amigos y no daba limosnas. Parecía que él sólo quería gozar de su magnificencia y que no veía en su fasto sino un medio de satisfacer su orgullo.

Activo, prudente, irreproachable en sus costumbres, valeroso llegada la ocasión, pronto conquistó las gracias de Catalina, que fácilmente se inclinaba á los hombres de ese carácter. Además, tales hombres se convertían en sus manos en instrumentos de su política.

El conde Olderighi deslumbró á la señorita de Rotherens que se sintió subyugada por sus maneras llenas de grandeza, por el ascendiente irresistible que ejercía sobre los demás, por esa audacia impetuosa, esa astucia hábil y esa perspicacia sobrehumana que todo lo preveía.

Sin embargo, ella habría deseado que la avaricia reprochada al florentino hubiese sido menos notoria. La sed insaciable de oro es vil: ella acerca al cieno tanto como la lujuria.

No obstante todo esto, Beatriz pensó que podía poseer á este embajador y que en la imposibilidad de ser la primera en el Louvre, debía contentarse con ser la segunda en el palacio Pitti, y soñó para Olderighi el papel que Richelieu creó más tarde.

Inventó el apotegma convencional modificándolo, y decía: "El rey reina, pero el ministro gobierna."

Ser en Florencia la esposa del primer ministro, gobernar el Estado, rodearse de un mundo de adoradores, embriagarse en los placeres, era el funesto incentivo que la seducía.

Por consiguiente, instaló sus baterías y maniobró como una estratégica consumada.

Las mujeres tienen, instintivamente, las cualidades que hacen á los diplomatas. ¿Qué esperanza de buen éxito podía tener ella, huérfana desamparada, que vivía de las bondades de su señora? Hay ambiciones locas que llegan á satisfacerse.

El joven Graciano se engañó al entrar creyendo en la truhanería de la coqueta y trató á la graciosa Beatriz como á una cortesana que está en busca de aventuras. Ella fingió no comprender el ultraje, temporizó, se comprometió abiertamente, descubrió su pasión, se dejó ridiculizar y obtuvo la victoria.

Cierta mañana, supo la corte con estupefacción, que la jovencita, que desdefiaba á los más nobles señores, que no poseía ni una pulgada de tierra, á quien el rey Enrique empezaba ya á ver muy de cerca, se casaba ese mismo día con el embajador de Florencia, heredero de cien mil ducados de renta.

No se creyó en ello sino cuando los esposos saliendo de la capilla del Louvre, recibieron las felicitaciones del rey, que abrazó á la desposada; la de la reina, que la regaló un collar de perlas orientales con una mano, mientras que con la otra presentaba á su compatriota el cordón negro de la orden de San Miguel.

Un mes después, Olderighi, llamado por el gran duque, partió para Florencia, llevándose á la joven condesa.

Desde que estuvieron instalados en un espléndido palacio de la vía Ghibellina, cuyo frontis esculpido llevaba tallado en mármol las fúlgidas jaqueladas de plata y de azur en campo de arena de los príncipes de Pratolino, la vida de los esposos fue otra.

Graciano impuso á Beatriz el deber de vivir sola sin otra compañía que la de dos ó tres dueñas, bajo pretexto de que Cosme I menos caballeresco que Henrique II encontraba placer allí donde él, Graciano, pretendía guardar á su esposa.

Beatriz lloró. No discutió esperando mejor ocasión. Su marido la veía una vez por día, á la hora de la comida. La conducía galantemente á su puesto, la servía con atención, conversaban alegremente y luego, cuando retiraban los manteles, la besaba la mano y salía.

Todos los días se repetía la misma ceremonia. Jamás el conde estaba en su casa. Confinada en su habitación, lejos del bullicio del mundo, se fastidiaba de muerte.

Esto duró así cuatro ó cinco meses: luego el abandono del marido se acentuó cada vez más.

No veía á Beatriz sino á largos intervalos. Entregado á los placeres menos plausibles, frecuentando las peores compañías, corriendo de fiesta en fiesta, vivió separado de todo lo que en la corte era relativamente honorable. Su vida fue un escándalo. En Florencia le llamaban el rey de la corrupción.

De qué provenía un cambio tan radical? Por qué este gentil hombre se degradaba así, tan voluntariamente teniendo la conciencia de su caída? Esto permaneció siendo un misterio para todo el mundo. La admiración llegó al colmo cuando se le vio olvidando su avaricia de otro tiempo, derrochar locamente su fortuna.

Nadie se compadecía de Beatriz. Todos sabían que estaba recluida pero no la conocían.

A veces en la iglesia de Santa María Nueva, en la cúpula de la Flor, en Santa Cruz, los elegantes pisaverdes habían encontrado una mujer envuelta en su velo, sencillamente vestida, acompañada por dueñas, escoltada por escuderos de genio áspero, mal encarados y vejancos.



PRIMER CERTAMEN DEL CÍRCULO DE LA JUVENTUD CATÓLICA —(Véase la sección de "Nuestros Grabados.")

Pasaba, distraída ó pensativa, dejando escapar un suspiro de fastidio, lanzando una mirada furtiva á las paredes de la ciudad, que la absurda maldad de su marido transformaba en una tumba.

Los pisaverdes se murmuraban al oído estas frases:

—Es la Olderighi, la condesa más bella de Toscana.

—Graciano la tiene en carta privada.

—Qué edad tiene? Veinte años apenas?

—Preguntad por qué el conde la ha sacrificado á la inmundia Smorfia.

La Smorfia, bohemia de extraordinaria belleza y bailarina de baja ralea, pasaba por ser la querida titular de Graciano Olderighi.

Esta mujer, criatura perdida, á quien sus compañeras mismas veían con desprecio, y que un hombre del pueblo se habría avergonzado de que le nombrasen con ella, ejercía un imperio absoluto sobre su amante: le injuriaba, le pegaba, le llevaba del brazo por los jardines públicos y le mostraba con insultante cinismo á la corte y á la ciudad.

Ya el gran duque había despedido de su presencia á aquel que aspiraba seguir una carrera brillante, pero que hecho un objeto de desdén, olvidado de su dignidad de hombre y de los deberes que le imponía su ilustre nombre, se revolcaba en el fango.

Sin embargo, algunos amigos de la familia, trataban, con sus consejos y reproches, hacer volver sobre sus pasos á aquel desgraciado.

Su madre, dejó su retiro de la Romafia y vino á su lado, esperando corregirle. El le prohibió la entrada á su palacio; pero ella se ganó la confianza de un servidor y vio á Beatriz.

El conde llegó inesperadamente en el momento en que las dos mujeres lloraban, una en brazos de la otra.

—Señora, dijo á la madre, levantando la mano sobre ella, dad gracias á la Madona. Yo podría quitaros la vida. Estáis en mi casa, estáis contra mi voluntad, os arrojé de ella.

La madre salió, herida en el corazón por tan horrible ultraje. Subió en litera á la puerta del palacio y volvió á tomar el camino de su casa á los bordes del Adriático.

Por la noche su comitiva se detuvo en una aldea para dormir. La llamaron, entreabrieron las cortinas de la litera, y no se encontró sino un cadáver, ya rígido.

La ingratitud mata con tanta seguridad como el veneno más sutil.

Beatriz se atrevió á reprochar al conde su infamia, y él se vengó haciéndola sufrir los más odiosos tratamientos.

Pocos días después condujo á aquel mismo palacio de la calle Ghibellina, donde se habían deslizado los bellos días de la luna de miel, á la bohemia á quien su tribu repudiaba, é instaló bajo el mismo techo que cubría á la esposa, aquel desecho del vicio.

Smorfia reinó allí como soberana. Escogió para su habitación preferida, la cámara nup-

cial, todavía colgada de blancos cortinajes. Dio fiestas, bailes, comidas á las cuales unos asistían por curiosidad, otros por moda, otros por chocarrería.

Una noche se dirigió el Conde á Beatriz, á quien el ruido de aquellas orgías había vuelto loca, y la dijo con tono sarcástico:

—Señora, vestíos, poneos aquel traje de satén color llamas con que os engalanásteis el día de vuestras bodas. Coronaos de flores y adornaos con vuestras pedrerías. Hoy hay fiesta en mi casa y vos seréis la reina del baile.

Beatriz lo contempló dolorosamente, y mucho le costó reconocer en este hombre pálido, macilento, demacrado, afrentado y cubierto de estigmas asquerosos, al noble señor austero, grave, que no hacía dos años la juraba al pie de los altares amor y respeto. Tuvo lástima de él, creyendo que Dios para castigarle le volvería loco, y movió la cabeza, contestándole dulcemente:

—Sois vos efectivamente quien me habláis así?

Graciano se sonrió estúpidamente y la dijo:

—Quiero que os comparen con mi muy amada; sois bella, pero ella lo es más que vos.

Su acento fue terrible, y con voz alterada por la cólera, prosiguió:

—Si no venís, os hago despojar y conducir por mis criados á la taberna del Giglio. Lo más prudente es obedecer.

Al decir estas palabras se retiró.

Beatriz cayó de rodillas ante una imagen del divino crucificado y oró sin llorar.

Inmensa multitud repletaba los salones magníficos de la real mansión. Cortesanas, bailarinas, histriones, patricios extraviados, artistas retirados se codeaban allí, ebrios de alegría, de vino y de placer.

Una luz esplendorosa caía de los cirios encendidos en candelabros enormes. Montañas de flores embalsamaban la atmósfera saturada de perfumes exquisitos. Dos orquestas, alternando, derramaban torrentes de armonía. Los aparadores cedían bajo el peso de los vasos de plata cincelados. Aquello era un torbellino de telas de seda, de bordados deslumbrantes, de cambiantes pedrerías.

Como á la media noche, la conturrencia se apiñó en una vasta rotunda de doce ventanas que se abrían sobre un jardín espléndidamente iluminado.

En el centro de esta rotunda se formó un grupo compuesto, primero de Graciano Olderighi, de pie, vacilante, ebrio, de cuyos ojos hondos se escapaban dos rayos de fuego, y se apoyaba en Lelio Torello, paje del gran duque.

A su lado había un hombre de elevada estatura, enmascarado y á quien nadie conocía. Este fijaba una mirada sombría sobre los que le rodeaban.

Después venía la Smorfia, adornada mejor que una emperatriz, semidesnuda, lasciva y purpúrea, con el rostro brillante de sudor. Abrióse la puerta y apareció la condesa Beatriz vestida con su traje nupcial. Mortal palidez bañaba su fisonomía, pero su porte era digno. Bajó los ojos al ver aquellas mujeres que se reían y cantaban saínetes indecentes, maltratándola desvergonzadamente.

—Ah! ah! exclamó Graciano sonriendo de un modo burlón.....Smorfia, Beatriz es muy bella, pero tú lo eres más. Es gracioso para vos, señora condesa, qué os mezcléis en nuestras diversiones.

Oyóse un clamor aplaudiendo estas palabras, vibró por largo tiempo y de pronto se extinguió.

El personaje enmascarado dio un paso adelante.

La condesa se dirigió á su marido que se reía estúpidamente, daba traspies y se caía. Ella quería hablar, pero sus labios se estremerían sin pronunciar ningún sonido.

Entonces levantó el brazo, y en su mano se vio la empuñadura de un estoque cuya hoja aguda brilló á la luz de las bujías. En seguida aquella mano cayó sobre el pecho del conde y un chorro de sangre fue á manchar el traje de la Smorfia.

Graciano se arrojó hacia atrás lanzando un grito agudo.

Beatriz permaneció de pie, fría y silenciosa.

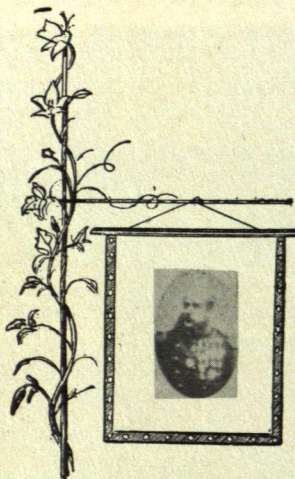
La bohemia y algunas de sus amigas se precipitaron sobre ella aullando amenazas de muerte.

El enmascarado se interpuso haciendo de su cuerpo un escudo en defensa de la viuda, y al mismo tiempo se arrancó la máscara. En los rasgos severos de su fisonomía se reconoció al gran duque Cosme.

Los más atrevidos retrocedieron. La Smorfia se desmayó.

—Señora, dijo Cosme de Médicis á la condesa, con voz solemne, habéis hecho muy bien.

Tal fue el desenlace que tuvo este drama que llamaba la atención en Florencia, hacía dos años. Beatriz no vistió luto, ni entró al convento y hasta rehusó la fortuna de su marido. El viejo Strozzi la escribió dándole las gracias por haber vengado el honor de la familia y suplicándola que se considerase como hija suya.



DANIEL

PAR LE GRAND POÈTE J. A. CALCAÑO

Quand le bourreau finit ses sombres fonctions
En immolant Jesus, et le monde épouvante,
Daniel dans le fond de sa tombe tremblante
Se reveille soudain, tout en convulsions.

Les traits empreints de ses terribles visions
Les cheveux longs, ses pieds nus, lui, bouche béante,
Se levant du tombeau, grave, intact se presente,
Tel qu' en quittant jadis la fosse des lions.

Devant le front sacré, sanglant, que dilacère
La couronne ironique, il songe à son mystère,
Tenant sur le Martyr son regard étonné.

Daniel sur les doigts calculant ses semaines,
Muet compta, compta les soixante dix pleines,
— "C'est Lui" —dit-il, et puis l'adora prosterné.

BARON DE ROUSSADO.



Hé aquí el soneto original, que tan bien ha traducido al francés el Barón de Roussado:

DANIEL

Cuando el golpe final de los sayones
Inmola al Redentor, y al orbe espanta,
En lo profundo de su cripta santa
Despiértase Daniel en convulsiones.

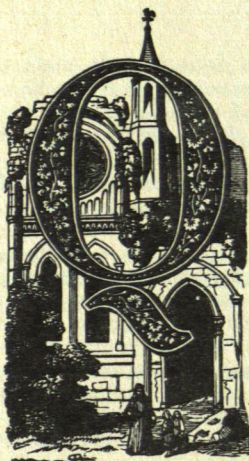
Demudadas de asombro las facciones,
Luengo el cabello, en descalcez la planta,
Llevo de la tumba se levanta,
Cual del antro al salir de los leones.

Ante el radiante rostro, que ensangrienta
La corona sarcástica de abrojos,
Mudo se entrega á misteriosa cuenta:

Con los dedos, en él fijos los ojos,
Sus semanas contó, contó setenta,
Y dijo "¡El es!" y lo adoró de hinojos.

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO

PILAR A MATILDE



en los vapores franceses, donde la cortesía anda reñida con los procederes á pesar de la fama de galantes que ellos tienen, y donde la cocina es infinitamente peor que la de los americanos.

Si á esto unes "la nostalgia de la patria" que comenzó de temprano á apoderarse de mí, cuando las últimas franjas de mi tierra fueron como esfumándose en las lejanías del horizonte; y las tristes ansias que de bruce en la barandilla del barco le conté yo á las ondas, figúrate qué viaje! Llegué, pálida, ojerosa y con un humor negro, arrepiéntiendome anticipadamente de tan accidentada excursión.

De París no quiero decirte nada; lo conozco al dedillo y huelga toda descripción por pequeña que ella sea, tanto más cuanto

que ahora comprendo lo difícil que es dar rienda suelta á estas impresiones que dejan huella profunda en el espíritu.....

A veces disculpo á "nuestros gomosos," cuando regresan á Caracas, con sus aires de aristócratas cursis y ofuscados por tanta grandeza no saben más que exclamar: "Ah! París!..... París!....." Comprendo que ese París se les suba á la cabeza á los más inteligentes y los deje medio locos ó medio atontados.

Yo deseaba permanecer allí todo el verano, pero mi marido se empeñó en "seguir la moda" y una noche salimos atropelladamente en el express para Biarritz y San Sebastián, en donde se refugian las personas elegantes y adineradas los meses más bochornosos del estío. Por cierto que en los dos mencionados lugares se "achicharran" lo mismo que en París y Madrid, franceses y españoles respectivamente; pero la costumbre en punto á veraneos, aquí es ley entre la gente *chic* y seguirla es de rigor, á menos de quedar una retrasada en cuestiones de gustos y exigencias.

En Biarritz nos detuvimos algo más de un mes—sin provecho ninguno—porque aquello es un lugar de aburrimiento para "el gran mundo" y nada más; se va á contemplar á cuatro bañistas empedernidos, á jugar al tresillo y á formar tertulias insustanciales en las afueras y jardines de los artísticos hoteles—únicas cosas dignas de admiración en esta afamada playa europea. De allí salimos también en tropel á propósito de un escándalo taurino, pues, como tú estarás enterada, la ley Gramont, prohíbe en Francia "las corridas" y á celebrar una muy sonada y repiqueteada vino la cuadrilla de Mazzantini, el cual Mazzantini fue expulsado del territorio horas antes de verificarse



LA TARDE EN EL BOSQUE
CUADRO DE M. ALLONGÉ. — (SALÓN DE LOS CAMPOS ELISEOS)

la ruidosa fiesta. Excuso decirte *la bronca* que se armó: el Ayuntamiento en masa dimitió, el pueblo se echó á la calle y en seguida la guardia civil se puso en armas y las familias españolas que aquí se encontraban tomaron el tren á prisa y corriendo; el mismo que escogimos nosotros para ir á San Sebastián, la bella y simpática ciudad guipuzcoana.

San Sebastián, me ha resultado mucho mejor que Biarritz, no obstante el lujo desplegado en el balneario francés: en el español, además del idioma, que es una ventaja inestimable, digan lo que quieran los *afrancesados* de Caracas, hay más alegría, más franqueza y más libertad para nuestras arraigadas costumbres de familia. Hemos visitado el Casino, los teatros y los circos y asistimos "al paseo" todas las tardes. Este paseo lo llaman "La Concha," algo así como una gran explanada que forma curva inmensa alrededor de la playa, desde donde se distinguen los bañistas; y qué bañistas, hija: unos hombres que andan por delante de nosotras luciendo sus transparentes trajes de franela, como si estuvieran vestidos de etiqueta en un salón de baile.

Desde allí y con aquella original indumentaria que mueve más á risa que á repulgos de pudor, saludan esos señoritos á sus amigas de "la Concha"..... y á las que no lo son, porque eso sí, en viéndola á una tres veces en la playa, ya se creen ellos con derecho á la amistad; y á galantearnos cuando pasamos por su lado y á entablar, á lo mejor, una conversación como si nos conocieran de toda la vida.

Me hizo mucha gracia un sujeto que al día siguiente de bailar conmigo un rigodón en el Casino, me presentó á otro en forma parecida de no recuerdo qué zarzuela bufa:

—Señora: tengo el gusto de presentar á usted á mi excelente amigo..... cuyo nombre ignoro.

Has visto ¡qué *tupé*!..... y sobre todo ¡qué guasa la de estos madrileños veraneantes! Afortunadamente yo les sigo la broma, y como ya me conocen—he conquistado, con permiso de mi marido, algunos amigos, que se desviven por complacerme; y como es natural, yo me dejo querer y aprovecho tan prematuro prestigio para mi próxima entrada en la coronada villa y corte, en la que empezará la vida esplendorosa desde fines de setiembre.

De Madrid te enviaré, con menos apremio y con más detalles, sobre costumbres del país, modas, fiestas, veladas teatrales, etc., etc., mi segunda carta: en ella te narraré todo lo que me resulte de interés ó me parezca digno de tu encantador talento; pero todo sencillamente escrito, sin pretensiones desmesuradas que pudieran trocar estas modestas cartas íntimas en historiadas cartas con puntas y ribetes de literatura académica.

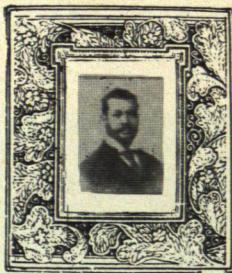
Para terminar sólo me falta decirte que "el tal" San Sebastián es una delicia y que de buena gana me pasaría en él, no sólo lo que falta de Otoño, sino lo que venga de invierno, porque todo esto tiene para mí algo y aun algos de las playas venezolanas; el mismo cielo de azul purísimo; el mismo mar de ritmos melancólicos, un mar que se platea de noche al resplandor de las anchas cintas de luz eléctrica que despiden los focos de la Concha; las mismas colinas blondas con sus pequeños verdes que parecen esmeraldas sobre polvos de oro; y sobre todo el mismo idioma, este idioma castellano, lleno de risas y sonoridades, que me está diciendo á todas horas que no soy extranjera.

Sólo me faltas tú para que la ilusión de vivir en Venezuela se me antoje realidad.....

Tu amiga—PILAR.

Por la copia.

MIGUEL EDUARDO PARDO.



EL JUGLAR

Dentro la obscura barraca
el juglar llorando está,
por la hija moribunda
que dejó en el hospital,
mientras la plebe impaciente
que el circo repleta ya,
á gritos está pidiendo
salga á la arena el juglar.

Al oír el vocerío
él enjuga con afán
el llanto que se desborda
por su mejilla en raudal,
y á reír, triste se apresta
y gozo finge, al pensar,
que de torpe farsa á trueque
el misero gana el pan!

Sale al fin, y la algazara
le asorda al punto, infernal,
y entre rechifla y aplausos
alegre danza el juglar . . .
Mas, aleve, á su memoria
vuelve el recuerdo tenaz,
y él, olvidando que baila,
rompe de nuevo á llorar! . . .

La turba aplaude, creyendo
que es otra farsa quizás,
y mientras él balbucea:
—"¡Tal vez espirando está!"—
ella ríe, goza y grita
siempre estúpida y venal,
sin comprender ese drama:
—"¡Que llore!. . . ¡Que llore más!"—

Ah! por la senda del mundo
como el juglar cuántos van,
ocultando risa ó llanto,
fingiendo gozo ó pesar,
mientras que en la grande escena
de la comedia social,
sin ver el móvil oculto
aplaude la humanidad!

GABRIEL E. MUÑOZ.

TRINITARIAS

I

En el mismo cementerio
Están dos tumbas cercanas:
Una con verja de flores,
Otra con verja dorada.

Por deudos y por amigos
Fueron las dos visitadas:
En una vertieron oro,
En otra vertieron lágrimas.

Y al llegar la media noche
Sobre ellas flotan dos almas:
La de un rico que solloza,
La de un pobre que descansa.

II

Dos blancas rosas tenía
El rosal de mi ventana,
Y allí cambiaron sus besos
Y mezclaron sus fragancias

Arrancó mi mano un día
Una rosa de la planta,
Y murió su compañera
Al sentirse abandonada.

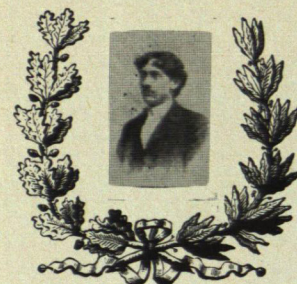
Hoy, que el rigor de la ausencia
De tu lado me separa,
Me acuerdo de aquel rosal
Y de aquellas rosas blancas.

III

Llevo en el alma la vida,
Llevo en el alma la muerte:
Para quien me olvida, fuego;
Para quien me adora, nieve.

Huye siempre de mi lado,
Ya que tan dichosa eres;
Que es unir infierno y cielo
Unir tu suerte á mi suerte.

NARCISO DÍAZ DE ESCOBAR.



MEDIO-EVAL.....?

A BOLET PERAZA

Allá, en la cima de la abrupta roca,
Temeroso castillo se levanta,
Como condor de piedra
Que en la cresta del monte plegó el ala.

¡Y allí fue la lisonja!
Que es la lisonja la protéica esclava:
Para Dios culto; aplauso para el Genio
Y armonía de guzlas concertadas
Para el Señor que mora
En la cresta del monte, como el águila.

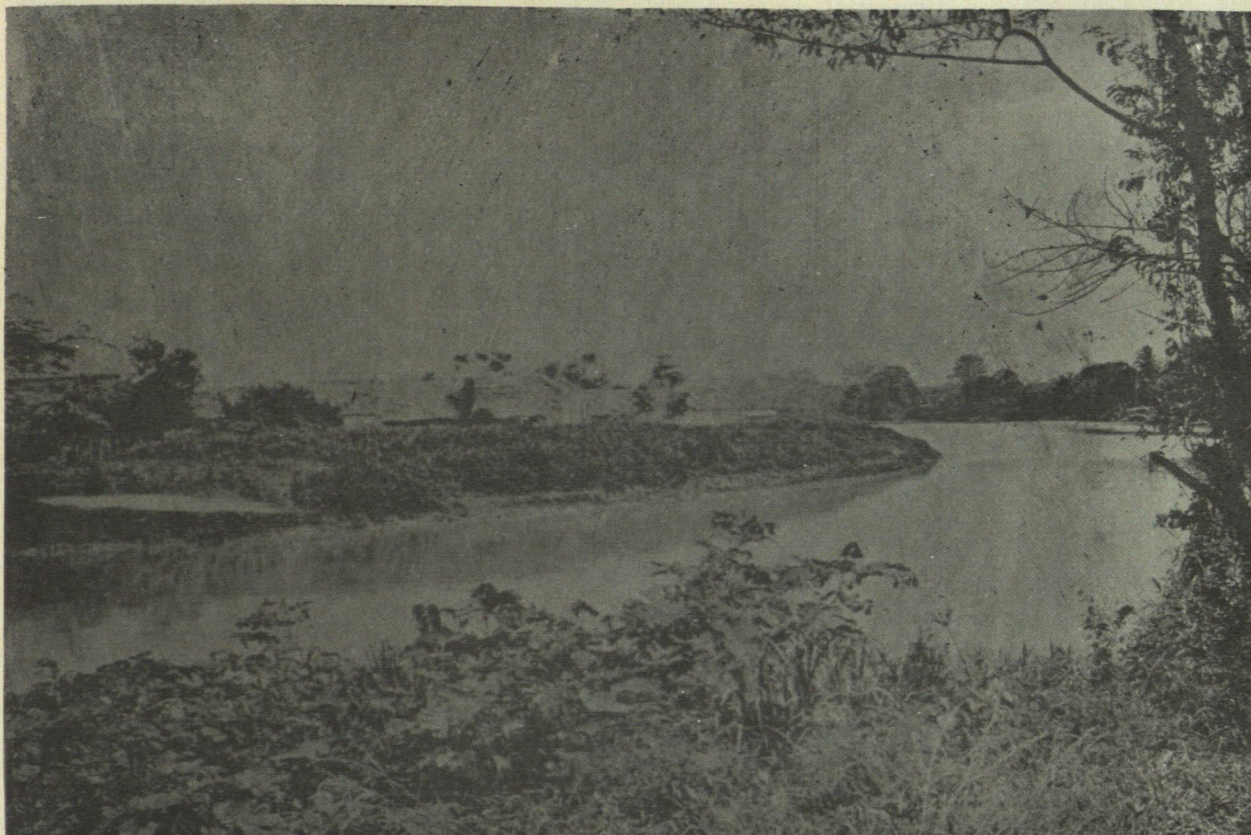
Y mientras hieren sus acordes guzlas
Juglares mil, en el castillo, y cantan,
Los héroes muertos por la patria gimen
En la gehena del olvido ingrata.
Las vírgenes suspiran
De rosas coronadas,
Temblantes como pétalos,
Por estrofas y lágrimas.
Los mirlos se enamoran, y sacude
Su crencha sinuosa la fontana;
Ilumina el palacio del vacío
—Araña sideral,—la vía láctea;
Y surge melancólica
De los silos del alma,
Como infeliz Niobe,
La imagen de la Patria.

Mas pulsan los bohemios trovadores
Sus guzlas acordadas,
Y á fuerza de tanto himno mueve el céfiro
Torpemente las alas.

¡Ascendió la lisonja!
Pero ascendió como reptil, á rastras,
Hasta la cima de la abrupta roca
Do el castillo se alza,
Como condor de piedra
Que en la cresta del monte plegó el ala.

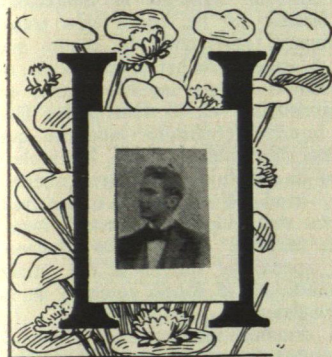
RUFINO BLANCO FOMBONA.





UNA HACIENDA DE CAÑA Á ORILLAS DEL RIO ZULIA—(Fotografía del señor Lares.)

BOCETOS PSICOLÓGICOS

I
FETUIQUISMO

As querido demostrar-me, apoyándote en grandes autoridades científicas, que soy un enfermo. Con tal motivo has ido poco á poco nombrándome á Charcot, Magnan, Feré y

otros más que no recuerdo, como si para confundir mi ignorancia te fuera necesario el concurso de tanto sabio ilustre. No he tenido el menor escrúpulo en revelarte mi secreto. Confiado en tu amistad inalterable, te he abierto el más escondido repliegue de mi sér. Me respondes categóricamente que estoy enfermo y me envías tu diagnóstico de mi enfermedad envuelto en un lujo inútil de buenos consejos. Digo lujo inútil porque á pesar de que tus consejos son tan buenos y de que para mí, en particular, valen un tesoro, no los puedo seguir. No me riñas. Aunque quisiera seguirlos, no lograría jamás sustraerme á esa fascinación que me arrastra vencido, atado á la más bella de las cosas vivas.

“En tu carta, carta amable y dulce, como todo lo que nace de tu corazón ingenuamente espontáneo y generoso, has cometido más de una vez pecado de ligereza. Quiero probártelo, y para ello me encuentro obligado á repetirte lo que ya tú sabes, agregando algunos detalles que todavía ignoras.

“Recordarás que la conocí el mismo día que

tú. Fue casa de los de X . . . á quienes frecuentábamos muy poco. Recordarás que penetró en el salón seguida de su marido, aquel señor alto, flaco, anguloso, huesudo, sobre cuyas espaldas la casaca parecía llevarla por una percha ambulante, y que te pareció tan antipático por su cara de vicioso envejecido y por sus pretensiones nobiliarias. Desde lo alto de su noble desdén como desde una elevada tribuna, sin dejar un momento tranquilo el impertinente monóculo, tuvo á bien disertar conmigo sobre triviales asuntos. Tú, más feliz, departías con ella entretanto. Con mis humos de observador que quería analizar actitudes, gestos y vagas expresiones del semblante, llegué hasta componer en mi cerebro la más vulgar de las novelas. Vea nacer en tí el sentimiento de lástima y simpatía inspirado por mujeres como ella, de escasa hermosura y de cierta belleza que, dudosa si se considera aisladamente, crece y se realza con el irritante contraste de un marido grotesco. ¡Cuántas veces no es este contraste el punto de partida de las diarias intriguillas amorosas! El primitivo sentimiento de lástima y piedad camina sordamente á resolverse en ímpetus de pasión arrolladora; de manera que la gracia relativamente insignificante de la mujer tiene por cómplice la desgracia física y moral de su marido en la obra de despertar los deseos en el corazón de un extraño. Si aquella noche hubieras podido leer en mi pensamiento, ¡cuánto no te habrías reído de mí algún tiempo después!

“Después de tu partida hacia ese lugar de provincia donde ahora vives, mis visitas á las de X . . . menudearon. El proceso fue lento, insensible, pero fatal. Sin embargo, me pareció algo brusco como una revelación cuando me hallé prendido en la misma red que había imaginado para tí. No quería creermelo á mí mismo: ¡si era imposible! Con la crueldad implacable del viviseccionista que ve y siente bajo el filo del escalpelo las palpitaciones de la carne viva, me ocupaba en analizar, hasta

desvanecerlos, todos sus encantos. Resultaba, naturalmente, la mayor injusticia. Un espíritu limitado nada susceptible de refinamiento, un cuerpo nada airoso y un rostro al que los ojos de un brillo azul de acero y la nariz de alas siempre dilatadas daban cierta expresión de altivez no simpática, eso era lo que de ella me quedaba al fin de mis cavilaciones. Y me complacía en acumular sobre este miserable engendro mío los más tristes rasgos: la línea incorrecta de los labios, la imperfección de los dientes, lo pobre del cabello, lo vulgar de sus mejillas, mejillas de belleza fría, llenas, rosadas y blancas como de porcelana. Pero, cuando pensaba que podía romper á reír como reímos en la mañana, ya despiertos, de los sueños nocturnos poblados de fantasmas, me sobrecogía un miedo inexplicable, me sentía subyugado bajo la suave presión de unas manos de hada. El ídolo, escarnecido, mutilado, me vencía.

“Por qué no repetirte lo que ya una vez te he confesado? estoy enamorado fatal é irresistiblemente de sus manos. Hoy recuerdo, claras y precisas, las sensaciones para mí en aquel tiempo misteriosas, que me sacudían de pies á cabeza al saludarnos y al despedirnos. Ahora me doy cuenta de la irritación colérica, sorda y contenida que debía violentar mi semblante cuando al pasear juntos por la grande avenida solitaria, en las frescas mañanas de primavera, ella ocultaba sus manos en el manguito de piel para protegerlas del frío. Cuando pude considerar de frente mi enfermedad, como tú dices, era ya muy tarde: mi vida se componía de una serie de subterfugios sin más fin que el de ver, admirar y oprimir lo más frecuentemente posible las manos adoradas. Siempre encontraba un pretexto para retener una de éstas entre las mías, prolongando la despedida. Así fue como una vez no me pude refrenar y la dije frases de amor apasionadas é impetuosas, en una de aquellas mañanas de primavera, por la grande avenida solitaria, mientras sobre nuestras cabezas los



RUINAS DE LA CASA "BLANQUERA" EN SAN CARLOS (COJEDES.)

castaños murmuraban, burlones, con el rumor sedoso de sus follajes nuevos, y más lejos, entre el césped recién nacido, las primeras flores entreabiertas, los pensamientos amarillos, tristes y pálidos me parecían aún más que nunca pálidos y tristes como los tímidos sueños de un enfermo sin esperanza.

"Naturalmente la serie de subterfugios no ha sido hasta hoy sino una cadena de sufrimientos y goces. Al principio, los más numerosos eslabones de esta cadena eran los sufrimientos. Los más fútiles detalles me mortificaban, me enloquecían: unas veces eran los guantes que me inspiraban una envidia rabiosa, otras, en el teatro, era el antepecho de palco que de cuando en cuando me ocultaba sus manos, el que me hacía probar todas las amarguras en la sombra de mi apartado rincón, desde el cual, artistas, espectadores, todo me resultaba estúpido y necio. Una idea fija llenaba mi pensamiento: la de poseer sus manos, besándolas, acariciándolas, martirizándolas, lenta, larga, eternamente. En el día, caminando al azar por las calles me ocupaba en compararlas con las manos de las otras mujeres y con ciertas cosas animadas ó no, como flores, hojas, cachivaches. Por la noche soñaba con lirios mágicos cuyos pétalos, en el transcurso del sueño, se alargaban, se adelgazaban, se teñían de rosa en un extremo, y en el otro extremo se deprimían formándose un hoyuelo semejante á los que llevan sus manos en el dorso, en el sitio de donde arrancan los dedos.

"No realizan el ideal de los poetas que aman las manos breves como pétalos de rosa. Pero me placen así, grandes y finas sin ser transparentes como las de una frágil niña clorótica. Desde que las puedo poseer con toda libertad, en la estancita azul situada á dos pasos del Luxemburgo, me procuran cada día una nueva delicia. Cada uno de sus dedos es la cuerda de una lira en la que he compuesto los más tiernos poemas; cada lunar imperceptible que descubro, es un trono de amor; ca-

da hoyuelo es una breve copa en la que bebo hasta la saciedad el vino de todas las embriagueces; cada pliegue sonrosado es un vengero de perfume, perfume acre que penetra en mis venas como un incendio. Mis labios han seguido todos sus contornos, todas sus líneas y las huellas azules de sus venas. Cuando pienso que pueden guardar todavía algún secreto deleitoso que mis labios no se sepan de memoria, me desespero. Fuera de sus manos, todo lo demás me importa poco, ó mejor, únicamente lo necesario para que ella no sufra adivinando mi extraña manera de amarla. Sólo sus manos son capaces de iniciarme en el misterio voluptuoso. Cuando me desordenan el cabello, cuando me rozan la cara, cuando me ciñen la frente como una corona de azucenas ó me enlazan el cuello como un dogal de lirios, bajo la blanda presión vibran todos mis nervios cosquilleados por una múltiple caricia como si de cada uno de ellos se levantase, agitando las alas, una bandada de mariposas. Entonces cierro los ojos, dominado por una sensación de aniquilamiento dulce, por un deseo vago, progresivamente intenso de apagarme, de extinguirme dilatándome en no sé qué ambiente como el suspiro en el aire, como la onda en el mar, como la luz en los cielos. Es un esbozo de la suprema voluptuosidad, mezcla de espasmo de amor y calofrío de muerte.

"Para que veas hasta lo más hondo de mi presente estado de ánimo, no te ocultaré que, á las veces, experimento una necesidad invencible de ser castigado, golpeado, brutalizado por sus manos. He querido gustar así el goce enfermizo probado por esas naturalezas femeninas que provocan voluntariamente las brutalidades del amante. Tampoco te ocultaré los celos que me asaltan y atormentan á propósito de las mayores nimiedades; celos del abanico, del parasol, de los guantes, del afable apretón de manos de los amigos.

"A todo esto respondes con las palabras

'fetiquismo patológico' y te apoyas para responder así en los nombres de Charcot, Magnan y Feré. ¿Fetiquista? Sea: soy fetiquista, pero lo es también conmigo la humanidad entera. El fetiche no ha hecho sino transformarse: primero, fragmento de piedra mal pulimentada ó amasijo de barro mal cocido, se cambió en estatua griega, se hizo carne en Jesús, se espiritualizó en el Dios de los filósofos; y el hombre civilizado moderno que pretende haber derrumbado todos los ídolos, solamente los ha sustituido por otros nuevos: ciencia, arte, ideal. No te hablo del salvaje como tampoco del vulgo de nuestras razas. La desteñida madona del bandido italiano, por ejemplo, apenas se diferencia del fetiche que fue adorado en el fondo sombrío de la caverna prehistórica.

"Si en el dominio intelectual la humanidad no ha alcanzado deshacerse del fetiche, menos aún lo ha alcanzado en los dominios florecidos del amor. El fondo de todo amor se compone de fetiquismo.

"Sé que apruebas todo eso diciendo que se trata de fetiquismo normal, y dices normal cuando el fetiche está constituido por una mujer entera, completa. ¿No es por ventura lo mismo que el ídolo sea una mujer ó un pedazo vivo de mujer? ¿Además, cómo apreciar los matices que necesariamente separan esos dos fetiquismos en que tú crees? ¿Cómo saber dónde termina el normal y dónde comienza el patológico? Tú, que has vivido en contacto con los más eminentes profesores, no ignoras que muchos de ellos, en el seno de su ciencia, se erigen en partidarios abnegados de un solo grupo de ideas ó de cierta teoría determinada y son por eso funestamente impulsados, en ocasiones, á sacrificar la verdad en aras de su ídolo. ¿La Venus de Milo dejará de ser porque le faltan los brazos, el más perfecto fetiche de artista?

"No creas que en nuestra clase son pocos los fetiquistas á mi manera. Algunos

lo son sin darse cuenta de ello: creyendo amar una mujer no aman sino su boca, sus ojos azules ó sus cabellos rubios. Otros, dándose cuenta de ello, lo ocultan en el fondo del alma, tal vez temerosos de ser considerados como locos, tal vez cuidando, avaros, de mantener sin menoscabo el secreto que constituye la gracia y la gloria de su vida.

“Ese gran número de fetiquistas depende, dirás tú, del desequilibrio neurótico que reina entre nosotros, pobres hijos enclenques de las grandes viciosas como París. Sin duda, ¿pero ese desequilibrio, por lo generalizado, no debe considerarse como normal? La cuestión no está sino en la manera de derivarlo: tú obrero de la ciencia, derivas ese desequilibrio neurótico en trabajo científico; el pintor y el poeta lo derivan en arte; y nosotros los de la inmensa y humilde mayoría lo derivamos en amor, amor que tiene por objeto una mujer ó una porción hermosa de mujer. Poco importa, el ídolo es siempre uno.

“Lo que sí importa es que tengamos un ídolo. Lo necesitamos. Suprimir el fetiche es acabar con la razón misma de la existencia, es apagar los pobres rayos de alegría que calientan nuestro espíritu, es cerrar para siempre la ventanita misteriosa que todos llevamos aquí, dentro del cráneo, abierta hacia la luz, hacia la esperanza, hacia el ideal.

“Además, ¿sabes? sus manos”

M. DIAZ RODRIGUEZ.

LAS INCONFORMES

Se las mira en todas partes pintaditas y lustrosas, como estampas caprichosas de modas ó bellas artes.

No tienen oficio alguno; por lo tanto al despertar, piensan en ir á pasear antes que en el desayuno.

Siempre revolando están como abejas en tropel, de Liverpool á Samuel, y de Samuel á Abrahán.

Pero clientes de París, no compran en esas tiendas, pues sus vestidos y prendas les vienen de aquel país.

Van sólo á lucir el busto lleno de *chic* y de *sport*, y á demostrar el *comfort* del estilo del buen gusto.

Si van á una reunión (lo que ellas llaman *suavé*), no están bien, á menos que se las haga una excepción;

Pero llevan á la meta de esa distancia la traza, principalmente en la plaza cuando van á la retreta.

Si todas van por el centro la confusión las humilla, y ellas toman por la orilla, ó viceversa, por dentro.

Les causan tanto pesar las costumbres del país, que sólo hablan de París hasta en lo más familiar;

Y aunque tengan *hilo* indiano, y hablen castellano en *prosa*, no encuentran lugar ni cosa que nombrar en castellano.

Llaman al salón, *foayé*, á la ante-sala, *buduar*, la *chambre*, un cuarto vulgar, y á la comida, *manyé*.

Cualquier casucho es *chalet*, el techo raso, *plafón*, las enaguas son *yupón*, y un mal tocador, *hualét*.

Aunque es muy dulce la voz de ese *adiós* dado al marchar, ellas dicen: *ó revuár*, en vez de decir *adiós*.

Cuando están de francachela, varias en concomitancia, dudo si será esto Francia, ó si será Venezuela.

¡Qué triste es vivir así, entre las costumbres criollas! ¡Pero señor, estas pollas, por qué vivirán aquí!

EDUARDO DIAZ LECUNA.

El Sr. Conde de Floridablanca con fha de 24 del corriente, ha pasado al Ministerio de mi cargo de Orden del Rey el oficio siguiente: Hallándose S.M. informado x q. hay algunos individuos de la Asamblea Nacional x Paris, y entre ellos uno llamado M. Cotein, q. se han propuesto hacer introducir en America un Manifiesto sedicioso p.^a suscitar aquellos habitantes por todos los medios q. puede dar x si una seducción persuasiva á sacudir el yugo x la Dominación Española, siguiendo el exemplo que les da la Francia, y que han copiado varios exemplares que enivarian por todas las vias posibles para q. lleguen los mas que sea dable me manda S.M. trasladarlo á U. Es.^a x renovarad^{te} para q. sin perdida de tiempo espida las convenientes, y tome las precauciones posibles p.^a impedir por medio x los Obispos, y Prelados Eclesiasticos, la introduccion, y expendicion x los papeles que se citan, cuyo primer objeto es el espíritu de independencia, y de irreligion.

*Y conociendo el Rey las fatales consecuencias que de lo expresado se pueden seguir á sus amados Vasallos de esos Dominios, encargo á U. S. x su R. Com. con la mayor exactez y xercura, q. con la misma ponga quanto medios le dicte su prudencia, el zelo x la Religión, y el bien del Estado, para procurar impedir la introduccion, y expendicion x los papeles sediciosos que se enuncian, procediendo contra los culpados conforme á Dio, y según el rigor x las Leyes del Reyno en casos x igual naturaleza. Dios p.^a á U. S. m. d. Madrid 24 x Septiemb.
1783.*

Ant. Loria

S. Gobernador x Caracas.

PASTEUR



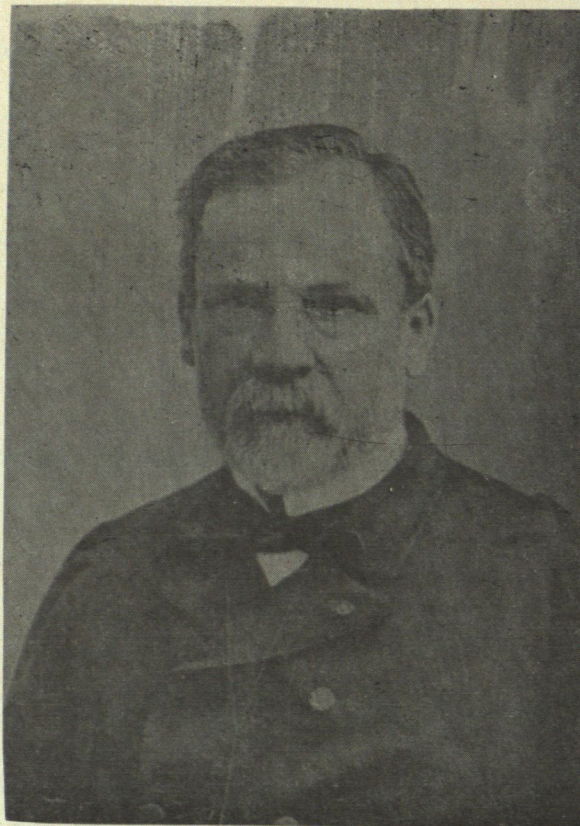
seres predestinados está reservada la gloria de enaltecer las obras de la creación, esclareciendo sus principios y sacando del seno de la oscuridad,

hechos que por su importancia y magnitud, forman época en los anales de la humanidad.

Colón atravesando innotos mares en pos de un ideal que fascina su alma: Newton dirigiendo sus miradas al cielo para interpretar las leyes que rigen á los astros; Bichat iniciando la aurora de grandes conquistas que no tuvo la dicha de realizar; y Pasteur cambiando con atrevido empuje el rumbo de los conocimientos científicos de su época, para señalar el verdadero sendero al progreso, son otros tantos genios, que dejan esplendentes huellas en su carrera y segura guía para el porvenir.

Tales hombres giran en una órbita de abstracciones inaccesible á los demás, porque su visión intelectual los lleva más allá de donde alcanzan las miradas de la multitud.

Perseguidos por la nostalgia de lo



PASTEUR

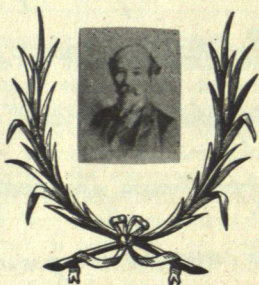
desconocido, que aspiran á poseer, luchan sin cesar hasta llegar al punto de su destino. La naturaleza fatigada por sus reclamos, les abre sus puertas y les da asiento entre sus favorecidos. Allí está Pasteur. Una escena de novedades le sorprende—es el miraje arrobador de la intuición.... El microscopio y la retorta fueron el escabel de sus triunfos; y al anunciar al mundo la meta de sus investigaciones, aplausos de admiración y hurras de entusiasmo saludaron al hombre extraordinario que había consumado una de las más grandiosas revoluciones en la ciencia, de las más preciosas adquisiciones para la humanidad.

Todas las Academias científicas, todos los Institutos consagrados al saber, le han aclamado gran innovador, y á sus trabajos convergen otros inspirados en iguales propósitos, como radios á un mismo centro, para llevar adelante el impulso generador de la nueva escuela que tan felizmente planteó.

Su nombre viaja como astro de luz por todo el globo, y lo llevará este siglo como una gloriosa presea.

Rendido á fatigas sin tregua que se impuso como un tributo al progreso, reposa ya en el templo de los inmortales. Abierto está el campo que él selló con sazonados frutos, trazados los caminos al porvenir. Su ejemplo y sus triunfos servirán de enseña á los que aspiran á un justo renombre y á una memoria esclarecida en la posteridad.

JOSÉ MANUEL DE LOS RÍOS.



GOTA DE ROCIO

Á LA SEÑORITA LUISA HERRERA, EN SUS NUPCIAS

Óyeme Luisa. Yo de la vida
Los más ocultos misterios sé:
Todas sus sendas, la más florida,
La más agreste, las transitó.

Yo desde niño supe el lenguaje
De cuanto tiene voz ó rumor,
El de las brisas en el follaje,
El del arroyo murmurador;

Y con los genios de las montañas,
Con las nereidas, reinas del mar,
Y con los silfos que entre las cañas
Arpas eolias hacen vibrar,

Tuve coloquios, en confianza,
Sobre el misterio de nuestro sér:
Cuál es el móvil, cuál es la esencia
Que al mundo rige, quise saber.

Cuál es la llama que al alma enciende,
Qué es lo que impulso dá al corazón
Cuando en trasportes que no comprende
Tiende las alas á otra región.

Qué es esa antorcha de la esperanza,
Que sopló alguno puede extinguir;
Cuál es la sola llave que alcanza
Las áureas puertas del cielo á abrir.

“Amor!” á una fue la respuesta;
“Amor!” dijeron fuentes y mar,
“Amor!” los valles y la floresta,
“Amor!” al viento se oyó clamar.

Y me dijeron su poderío:
Que en cielo y tierra todo es amor,
Y aun las estrellas en el vacío
Giran uncidas á su rigor.

Él lleva al globo por los espacios,
Por él las olas surca el bajel;
Las esmeraldas y los topacios,
De sus veneros brotan por él.

Al arte infunde sus formas bellas,
Dicta sus versos al trovador,
En los suspiros y las querellas
Pone un hechizo fascinador.

Todo á sus fines sirve propicio,
Todo es resorte de su poder;
Y la victoria de su artificio,
Un alma sola de dos hacer.

Dicen que entonces todo se apresta
Con atavíos de gran primor,
A hacer solemne la nupcial fiesta
Y el nuevo triunfo del dios Amor.

Y que llevando faustos mensajes,
En pintoresco gentil tropel
Salen las rosas de sus boscajes,
Salen los nardos de su verjel;

Y, ya en la fúlgida sala pomposa,
Cuando el concurso bulle, al pasar
Oye la virgen que se desposa
Voces secretas que hacen soñar;

Epitalamios de dulce magia,
De sus poetas inspiración,
Ritmo divino que se presagia
Vida de dichas y bendición.—

A su homenaje, que una yo el mío
Genios y ondinas quieren también:
Pondré una gota de albo rocío
Sobre las flores que ornán tu sien.

JOSÉ ANTONIO CALCAÑO.

5 de octubre de 1895.

PALMAS ACADEMICAS

El gabinete del Ministro de Instrucción Pública.—El Ministro está sentado ante un gran escritorio, cubierto con un tapete verde administrativo, rodeado de altos funcionarios y adjuntos del gabinete.

EL MINISTRO.—Señores, vamos á ocuparnos de nombrar los oficiales de la Academia... Estoy dispuesto á proceder con una rigurosa selección... Voy á hacer también este año una innovación... Pienso interrogar personalmente á todos los candidatos.

UN ADJUNTO, *timidamente*.—Pero, hay 454.627 peticiones, señor Ministro. No tendremos tiempo....

EL MINISTRO, *con severidad*.—Siempre hay tiempo para cumplir el deber, caballero. (*Al ugier*). Que entre el número 1.

EL UGIER, *anunciando*.—El señor vizconde de la Gagatière!

EL MINISTRO.—Solicitais las palmas? A título de qué?

EL VIZCONDE, *riendo y hablando á saltos*.—Qué sé yo... hi, hi, hi... Para hacer lo que todo el mundo... Y luego, para enriquecer la colección... hi, hi, hi... Ya tengo el Micham, el Cambodge y el Annam... Eso luce que es un encanto sobre traje negro... hi, hi, hi...

EL MINISTRO, *consultando con una mirada á su alrededor*.—Un hombre de mundo... No seamos demasiado severos. (*A su secretario*). Concedido!... (*Al ugier*). El que sigue.

EL UGIER.—El señor coronel Ramollot!

EL MINISTRO.—También, mi querido coronel?

RAMOLLOT.—Ya lo creo. Soy ya oficial; puedo ser también académico. ¡Con cincuenta mil cañones!

EL MINISTRO.—Es muy justo... Concedido. El siguiente.

EL UGIER.—El señor... EL SEÑOR, *muy amigo del Ministro*.—Es inútil el anuncio... (*Al Ministro, con un tono de familiaridad*). Dime, querido, es absolutamente necesario que me des las palmas.

EL MINISTRO.—Pero si tú las tienes ya!

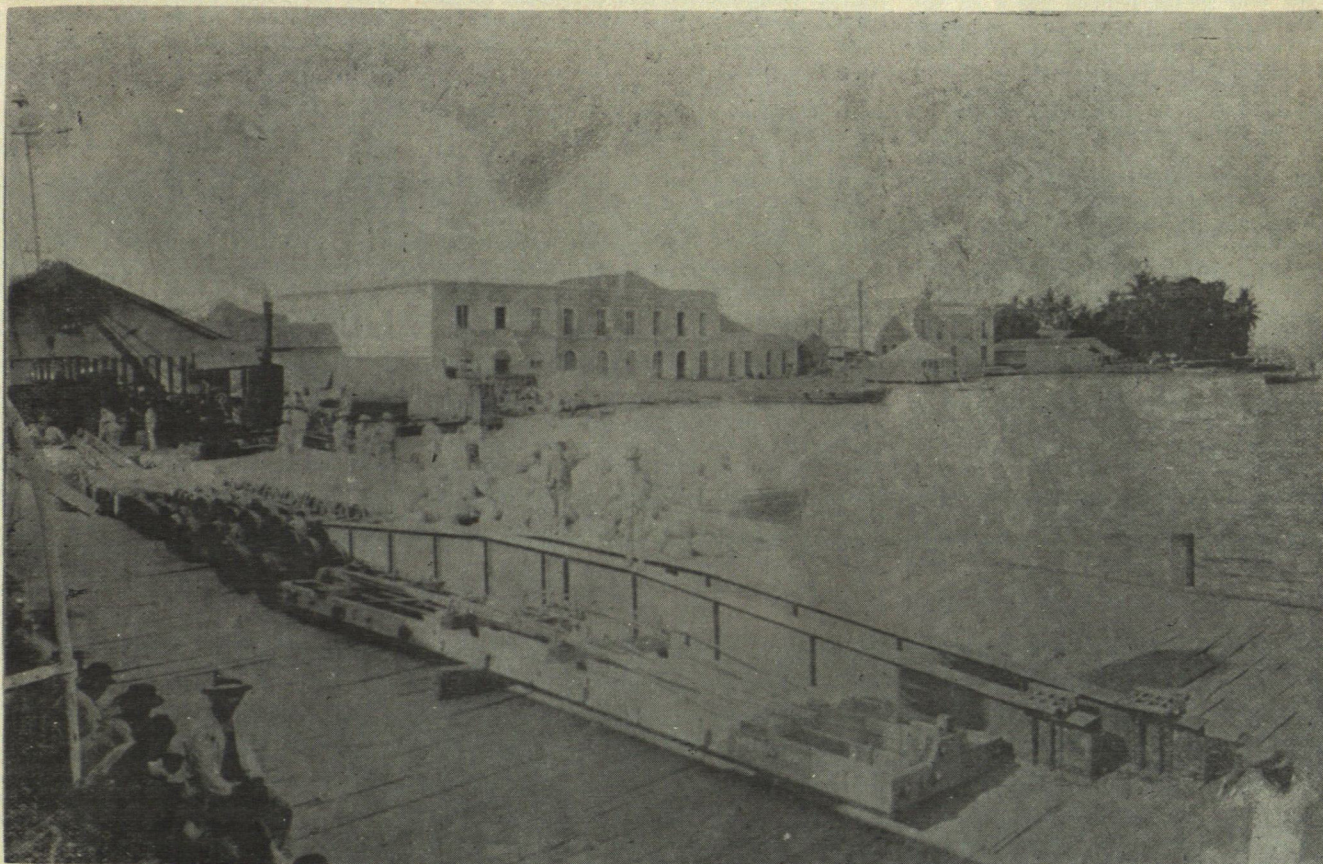
EL SEÑOR.—No, hombre, no son para mí... Son para mi sastre... Tengo con él una cuenta como un misal... Eso lo hará tener paciencia...

EL MINISTRO.—Diablo!... es que... EL SEÑOR.—Vaya! Tu no me rehusarás tres centímetros de cinta!

EL MINISTRO.—En fin, por ser para tí... Concedido. Otro.

EL UGIER.—Mr. Mécasse, comerciante de vinos!

EL MINISTRO, *escandalizado*.—Un comerciante de vinos!



MARACAIBO: Vista al extremo del muelle viejo (Fotografía del señor Lares)

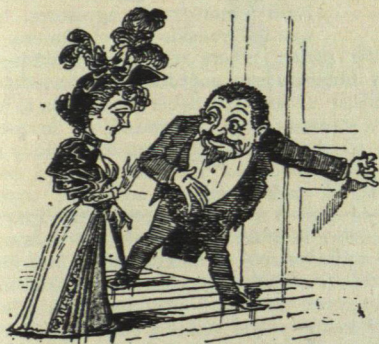
MÉLÉCASSE.—En mi barrio, señor Ministro, dispongo de más de 500 votos para las elecciones. . . Me parece que tengo derecho á la cinta . . . Habría podido pedir la roja, pero me contento con la violeta . . . mi color . . . la modestia! . . .

EL MINISTRO, interesado.—Disponéis de . . . (Con apresuramiento). Concedido. Y no sólo la cinta, la roseta también! . . . El que sigue.

MÉLÉCASSE.—Ajá! Sois una perla . . . Cuando paséis por casa entrad un momento á tomar una copita . . . sin ceremonias.

EL UGIER.—Mlle. Tata Grenouillette, artista lírica. UN JOVEN ADJUNTO, inclinándose á la oreja del Ministro.— . . .

EL MINISTRO, sonriendo.— . . . Concedido! . . . (A Grenouillette). Muy feliz, señorita, en poder estimular el arte lírico! (La conduce galantemente hasta la puerta).



EL UGIER.—M. Lalle-Fabet. LALLE-FABET.—Señor Ministro, llevo treinta y cinco años de servicios y me atrevo á esperar que esta larga carrera . . .

EL MINISTRO, interrumpiéndole.—¿Y qué es lo que habéis hecho?

LALLE-FABET.—Yo soy profesor. . .

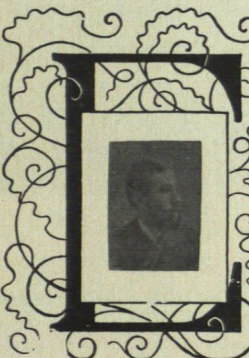
EL MINISTRO, arrugando el ceño.—Profesor? . . . hum . . . (Con frialdad). Yo veré, examinaré . . . En fin, volved . . . (Lo despidió con un gesto majestuoso.—Indignado). Un profesor! No faltaba más! Si uno se mete á concederles palmas á todos los profesores, á la postre no alcanzarán para los demás! Rehusado! (Al ugier). Que entre otro.

(Continúa la audiencia).

MICHEL THIVARS.

CHANZAS Y VERDADES

EL PUNTO



EL punto parece ser lo más pequeño que se conoce, como que el diccionario lo define así: *señal de dimensiones poco ó nada perceptibles*, etc; y para las matemáticas es menos todavía, porque siendo imposible determinar lo aislado, es decir, en la forma con

que sólo existe en la razón, hay que multiplicarlo y hacerlo desfilir en sucesión continua para hallarlo por sus efectos en la línea.

No le niego la razón al dicionario, ni menos á la ciencia de las cantidades; pero afirmo que eso de dimensiones poco ó nada perceptibles, eso que, aislado, sólo puede ser visto en su precisa pequeñez por los ojos del entendimiento, es al mismo tiempo una de las cosas más grandes que podemos conocer.

El punto es grande por su trascendencia y por su variedad.

Pero yo no quiero considerarlo por su pequeñez matemática. Para pequeñeces tengo bastante con las que á diario dejan ver los grandes de la tierra, y con las que tan bien supo pintar el Padre Coloma.

Aparto ahora las pequeñeces de lo grande para ocuparme en las grandezas de lo pequeño; y me voy derecho al punto que he de tratar en este artículo, con todo el temor de que se me censure el que yo quiera poner muy altos los puntos.

Así, pues, punto y aparte.

El punto es casi nada, y, sin embargo lo es casi todo.

La tierra es un punto en el espacio y el espacio que abarcamos con la vista no será otra cosa que un punto en lo infinito.

Ya van viendo ustedes qué puntos calza el punto.

Pero no es así como principalmente debemos verlo, sino considerando qué sería de nosotros sin él.

¿Cómo podrían los hombres entenderse sobre la tierra si ignoraran en qué punto se encuentra cada cual? ¿Qué dificultad para todo, y qué difícil resolver el punto de la dificultad!

El punto ha tenido la habilidad de hacerse tan necesario al hombre, que nada puede efectuarse sin su cooperación; en todo se le encuentra, y es quien resuelve casi siempre gravísimas cuestiones.

Para todo necesita el hombre de un punto de partida.

Ningún asunto puede debatirse sin que estén fijados previamente los puntos del debate.

Todo queremos saberlo, necesitamos saberlo á punto fijo.

Perdidos andaríamos sobre la superficie del globo, si no nos sirviesen de guía los puntos cardinales.

¡A cuánta virtud indigente han servido de amparo contra infames seducciones los puntos de la aguja!

Sigamos atentamente la vida de cualquier hombre civilizado, y veremos cómo se mezcla el punto en todos sus actos. Hagamos la prueba.

Raimundo se ha despertado muy temprano, ha dormido toda la noche, no han turbado su reposo los insufribles mosquitos. ¿Cómo no, si está en su cama Raimundo protegido contra ellos por cortinas de punto?

Al abrir los ojos, Raimundo frunce las cejas, su rostro toma esa expresión de extrañeza de todo el que se encuentra de repente donde menos lo espera; pero las sombras del sueño empiezan á disiparse y aca-

ban por huir de las pupilas que á su vez empezaron por dejar á la luz un *punto* pequeñísimo de entrada y han acabado por abrirle de par en par las puertas de los ojos, que recorren la habitación para reconocer el *punto*.

Raimundo deja el lecho como quien se separa de un amigo carifoso á quien ha de volver á hallar más tarde, y su primera diligencia es tomar el cronómetro de la relojería para informarse de la hora.

—Muy bien, dice, me he levantado á las siete en *punto*.

Empieza á vestirse, y al mudar de calcetines observa en ellos sueltos varios *puntos*. Se mide el calzado que el zapatero le envió la noche anterior, y halla con disgusto que aquel se ha equivocado en la medida y le ha hecho los zapatos dos *puntos* más pequeños que su pie. Es este un serio contratiempo, porque Raimundo tiene que andar mucho en el día, como que va al siguiente á presentar examen para recibir el grado de doctor, y debe despacharse temprano de todo, para consagrarse luego á la preparación de la tesis.

Nuestro hombre sale, y para no perder tiempo ni padecer, andando á pie, el mar-

tirio de los zapatos consabidos, resuelve tomar un coche de *punto*, al que sube después de indicar al cochero el *punto* á donde debe llevarle.

En el resto del día Raimundo no se da *punto* de reposo, disponiendo todos los preparativos para la celebración del grado; y á las cuatro llega á la Universidad donde ha de *picar puntos* para la réplica y la tesis.

Regresa á casa y al *punto* pone manos á la obra. Trabaja sin descanso hasta la madrugada, pone *punto final* y se mete en la cama, no á dormir, cosa *punto menos* que imposible, sino á darles vueltas en la cabeza á todos y cada uno de los *puntos* del discurso.

Punto por punto hemos observado un día de la vida de Raimundo, encontrándonos á cada paso con el *punto*.

Hay puntos desagradables, verbigracia el *punto de costado*. Los hay ocasionados á innumerables incidentes de funestas consecuencias, como el *punto de honor*. Sobre este podría estenderme mucho, aprovechando la ocasión de estudiar la faz ridícula del *punto*; pero prescindiendo de hacerlo para considerarlo desde otros *puntos de vista*.

Hay un punto nunca bien conocido, y al rededor del cual se da vueltas sin encontrarlo, sin que jamás pueda decirse con precisión cuál sea; aquel que todo el mundo indica cuando se sirve de esta frase: "hasta cierto punto."

Pero *sube de punto* la importancia del *idem*, cuando se piensa que á no haber hallado Arquímedes el que buscaba fijo en el espacio para apoyar su palanca, se debe el que el globo *sin cesar navegue por el piélago inmenso del vacío*. Y se llega á otorgar al *punto* todas las consideraciones que merece cuando hallamos impasables el pan y el dulce, porque no *dieron punto* la masa ni el almidar.

Reservaba para el fin el *punto* culminante de mi tema: ¿quién podría leer ni escribir, si no existiese esa *señal de dimensiones poco ó nada perceptibles* que, ya sola, ya asociada á otra, ya avalorando la coma, precisa el sentido de la palabra escrita? ¿Cómo andaría el mundo si no hubiera quien supiese poner los puntos sobre las *ies*? ¿Qué sería de los lectores si á este artículo no le pusiera yo aquí *punto*?

EUGENIO MENDEZ Y MENDOZA.



CAPILLA DE "SAN CLEMENTE" construida por los españoles, Coro

RUIDOS DE RIO

(POR EMILE POUVILLON)

Estoy sentado en tierra, á la estrecha sombra que hacen los álamos á la orilla del Aveyron.

El sol está ya alto; las sombras se acortan; y en el profundo silencio que me rodea, el menor ruido se oye distintamente.

A intervalos, músicas de moscas que me rozan el rostro; á mis pies, en la hierba, avispa que camina lentamente sobre las flores marchitas, sobre las mentas, sobre las salicarias extenuadas por el sol. A lo lejos, gorriónes que pían; grajos de penetrantes gritos, que se persiguen en la viña, á través de los albéchigos maduros.

Luego, silencio.

Sobre el río, al ras del agua, un grito agudo, prolongado, como grito de terror: es un martín-pescador, que pasa con loca velocidad.

Las hojas se remueven; un aura, un soplo las hace caer. Las sombras siguen acortándose; el calor aumenta.

Ahora es una urraca que habla; cigarras

estridentes; pájaros, pardillos y pinsones que dialogan de una orilla á otra, por sobre el río; uno de ellos atraviesa la corriente y ambos dejan de cantar.

Gritillos tímidos me llamaban la atención del lado de la pradera: son trepadoras que revolotean debajo del ramaje de los álamos, menudas existencias suspendidas entre la hierba y las hojas.

Las cigarras, silenciosas un momento, comienzan otra vez, para detenerse de nuevo.

Oigo venir una ráfaga de viento; sopla frente á mí del otro lado de las aguas; las hojas se agitan; los sauces y los álamos se estremecen unos después de otros, y oigo crecer la música de las frondas.

Pero, con cuánta lentitud marcha el soplo de viento! Riza apenas, ya desfalleciente, la superficie del río; vuelve al revés la hoja argentada de los chopos; recibo sus caricias en el rostro; oigo su rumor; las yerbecitas se inclinan; los festones colgantes de los sauces se levantan doblándose y se abaten de nuevo, y pasa el aura, recogiendo las briznas de la pradera...

Las diez. Ya los pájaros no cantan; los adores del sol los adormecen, y sólo los go-

rriones pían más apresurados, más vivamente, á medida que aumenta el calor.

La campiña dormita. Las verduras que orillan el río se doblagan, decaídas, inmóviles, y en el sopor, en la inmovilidad de las cosas, en torno mío no hay otro movimiento que el reflejo de las aguas, como un tafetán que ondula por entre las cortezas y las hojas.

UN RASGO DE LA INFANCIA DE MARAT

(POR J.-H. ROSNY)

En 1768 estalló un motín en Neuchâtel contra el abogado general Gaudot. Su casa fue invadida y entregada á saco. Por las ventanas se arrojaron en confusión mesas, sillas, espejos, relojes, cuadros, todo el mobiliario. Los muchachos, según la costumbre, se distinguían por su ardor en el pillaje, por su encarnizamiento en la destrucción, por su furia diabólica: estaban mandados por un pilluelo, notable por sus violencias. Este niño estaba complicado en el asesinato del magistrado, quien, perseguido, ultrajado, maltratado, hirió ó mató varios agresores, hasta que fue vencido por el número.

"Mi padre, refiere el contemporáneo de quien hubimos esta anécdota, era granadero de la milicia urbana; su deber lo llamaba al lugar de los sucesos; pero, informada de lo que pasaba, mi madre se esforzó en retenerlo y aunque tomó todas las precauciones para conseguirlo, mi padre vistió el uniforme, tomó su fusil y corrió á unirse á su compañía. Esta carga contra la multitud, que opuso resistencia, y mi padre recibió un balazo en su morrión de granadero. Al día siguiente se acentuaron las inclinaciones de aquel niño que había figurado en el motín y que veinte y cinco años después adquirió tan horrible fama en las conmociones de la Francia. Se le vio introducirse furtivamente en el cementerio, volcar las planchas que sostenían la tierra extraída de la fosa de Gaudot y volverse á la ciudad, ebrio de gozo feroz. Todavía me parece oírlo,—en el momento en que se iba á depositar en la sepultura el cadáver del abogado,—tararear un aire que tenía por estribillo: *La tierra lo rechazará; la tierra no lo querrá!*"

Aquel niño, que desde entonces dió muestras de su espantosa celebridad, era Marat.

VERANEANDO

—QUE tiene usted aquí la mar de cartas y de *hos*..... impresos—me escribe mi patrona de Madrid.—Que si usted no viene los dejo en la casa de Empeño pa sustraerlos de la acción de ciertos animalitos destructores, *mayormente*...

—Mayormente—le contesto yo al punto—puede usted hacer lo que le

venga en gana; y si se le antoja suplirme en punto á faenas literarias escriba usted cuentos, crónicas y revistas para tales y cuales periódicos; asista por mí al debut de Doña Rita Elejalde y averigüe algo del misterioso asesinato de María Alonzo, porque así me desbalije usted ó me retire su protección la prensa, no me muevo yo de Galicia en todo el verano.

Cualquier día cambio yo mi vida de príncipe gallego por esotra aterradora, de achicharrados, que se gastan los madrileños heroicos. Ya sé que tienen que levantarse á las seis de la mañana á prisa y corriendo porque las camas son hornos; que beben caldos por horchata de chufas; que están flacos, macilentos y pálidos de tanto sudar; que les dan papel secante pintado de amarillo por tortillas á la francesa y que toda el agua de Lozoya la ha pedido Martínez Campos desde Cuba para apagar la sed de los 80.000 soldados.....

Y yo gozando.

ceta y sus grandes corbatas multicolores, con sus sombreros "fregoles" sus fajines de seda, amén de sus zapatos "rubios" que dejan ver el pie vestido primorosamente con el negro calcetín sembrado de lunares blancos.

Este encanto, aquella tranquilidad y las otras comidas trascendentales que yo suelo hacer me han convertido en un Andueza con vistas al jamón americano.

Pero vienen las fiestas y me interrumpen la vida holgazana, porque á lo mejor hay jolgorios en Santiago y allá voy yo disparado á contemplar el butafumeiro, y viene la escuadra y me marcho á Vigo á recibirla, y se presenta la feria de Pontevedra y allá entro, como Pedro por su casa, con la



americana suelta y el cordobés *echao pa atrás*—que es el modo y la manera que uso desde que me metí á español y á *juerguista*.

Y como dicen las chulas.—A qué está una? Pues á eso, á divertirse y el que no pueda que se fastidie. Yo no puedo ni debo, pero me divierto: sobre todo en Pontevedra donde las procesiones son dislocantes y hay carreras de cintas sobre palos de escoba; y bailes campestres en las plazas; y corridas de toros en las que se manifiesta el regocijo público arrojando naranjas y botellas al redondel para que se caigan los toreros y los *recoja* la fiera.

En esto del regocijo, el gallego se parece algo al catalán: yo he visto á un catalán empujar á su amigo á orillas de una planicie de cuatro metros de altura, para ver en que actitud caía..... Así los gallegos lanzan botellas rotas á la arena y se desternillan de risa si un desgraciado la pisa y se destroza los pies.

Dignos de especial mención á juicio de los cronistas pontevedreses—fueron, este año, los gigantones; unos muñecos estupendos, á quienes visten de mamarrachos y llevan por esas calles á bailar estrafalarios zapateados, los cuales gigantones y zapeos me recuerdan, además de los buenos tiempos de Caracas, cuando aparecían los *diablitos* y la *burriquita* con guitarra y *maracas*, los mejores días de mi infancia: yo acostumbraba á arrancar de un tirón la cola á los diablitos y mi madre solía tirarme de una oreja, porque decía, y con razón, que yo no vine al mundo para cosa buena.

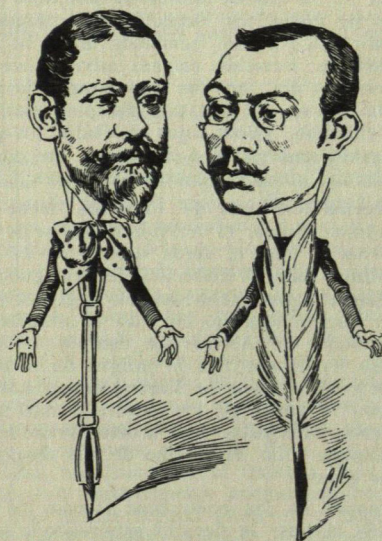
Si supieran ustedes las ganas que á mí se me pasaron de arrancarle un faldón de la levita á los gigantones de Pontevedra; pero temí perder mi popularidad; y mi popularidad aquí es inmensa. Y a me conoce todo



el mundo; un periódico me dedicó unas quintillas; la vecina de enfrente no me mira con malos ojos; me saluda respetuosamente el boticario, y creo que me van á elevar una estatua de ladrillos en Marín, como á Sagasta en Logroño.

Marín es un pueblo bellísimo con 37 habitantes, muelle, iglesia y alcalde;..... y la mujer del alcalde, á quien á mí se me ocurrió caracolear toda una noche sin saber que era la costilla de la primera autoridad, por lo cual me "iba" ganando una paliza de padre y muy señor mío. Afortunadamente me enteré yo á tiempo de las intenciones de aquel bruto y no volví á mirar á la fresca y apetitosa alcaldesa.

Por lo demás, ya lo saben ustedes; aquí llevamos una vida semi-patriarcal durmiendo, y comiendo pescado á todas horas, para compensarnos de la merluza seca que nos sirven en Madrid; y dispuestos á seguir viviendo como príncipes, entre bañistas de formas más ó menos opulentas y contemplando los *dandys* de verano que con fajines y media de seda, sustentan el esplendor de la temporada que agoniza.

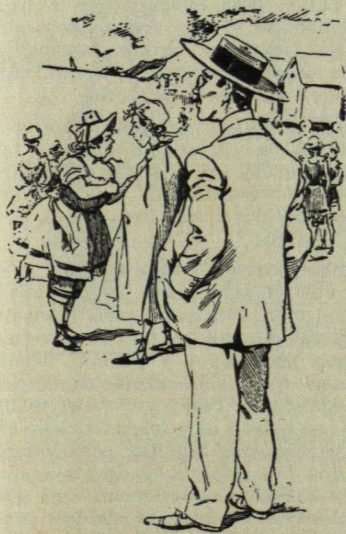


Y con esta veraniega se despiden hasta Madrid, desde donde ofrecen inaugurar dignamente la estación otoñal los obedientes colaboradores de esta Revista,

RAMON CILLA—que dibuja—y

MIGUEL EDUARDO PARDO—que escribe.

Agosto de 1895.



Me levanto á las once y me voy á la playa..... á ver el mar y á recrearme con las formas y "desformas" de las bañistas empedernidas; regreso á la fonda á las doce y almuerzo con un apetito horroroso. A veces me entran deseos de pedir un segundo almuerzo, pero me detiene la mirada del fondista, preñada ella de rayos "olímpicos," y me resigno, fumándome una vil tagarnina del estanco. Entonces me vuelvo una chimeña con aquella descomunal boquilla que me regaló en Madrid Eduardo Lustonó, y salgo dándome pisto, á dormir la siesta, para "reparar" las fuerzas perdidas en tan abrumador trabajo.

A las cinco salgo de mi habitación, á paseo, á charlar con mis "amigos de temporada" y á mirar las chicas pizpiretas, si me lo permiten algunos "elegantes" que por aquí andan haciendo furor con sus bigotes de lan-



LA MUERTE DE POMPEYO

—
 A ELOY G. GONZÁLEZ.



A no es la República romana aquel gran pueblo que se imponía á la admiración del universo por la sabiduría de sus leyes y la austeridad de sus magistrados: pasaron los tiempos de los Camilos y de los Cincinatos, y cuando toquen de nuevo los bárbaros á las puertas de

Roma no encontrarán á los ancianos senadores sentados en sus sillas curules, impenetrables, severos, majestuosos, apoyados en el bastón de marfil, símbolo de la autoridad.

Los descendientes de Rómulo han perdido su virtud en el trato con las naciones sojuzgadas: los vencidos se vengan de los vencedores inficionándoles el virus de la corrupción. El sencillo culto latino ha cedido el puesto á las groseras supersticiones de la Etruria; y la antigua fórmula, *Senatus populusque romanus*, ha dejado de ser, porque el imperio de la ley ha caído bajo el dominio de la espada y el querer del pueblo ha sido postergado á la despótica voluntad de los caudillos.

En vano los Gracos, últimos representantes de la democracia, pretenden contener el desbordamiento del pueblo, que marcha á su ruina: todo es inútil. Los buenos ciudadanos latinos han perecido en los campos de España, Africa, Grecia y Macedonia, y sólo queda en la ciudad eterna un conjunto híbrido de todas las razas, que se dejaban oprimir sin quejarse, temiendo no se les recordara su humilde origen: advenedizos á quienes un día, que se atrevieron á levantar la voz en el foro, dijo Escipión Emiliano:—Silencio, falsos hijos de Italia, los que he traído amarrados á Roma no me amedrentarán, aunque ahora estén libres.

Muertos los hijos de Cornelia, viene la dictadura: Mario, el terrible vencedor de los cimbrios y Sila, el feroz destructor de los samnitas. Bajo la dirección de estos guerreros Roma pasea victoriosa sus legiones por todas partes: desecho ha sido el nómada en los arenales de Africa; los campos de Aix se han fertilizado con la sangre de los teutones; y los cuervos de Verceil se han hartado con la carne de los cimbrios: mas ¡ay! que estas campañas han acostumbrado á los ciudadanos á no vivir sino de los despojos de la guerra!

Después de las conquistas vienen las revueltas civiles: la fiera ha saboreado la sangre y cada día pide mayor ración; el pueblo ha perdido sus virtudes y necesita un amo.....

Habíase levantado á la sombra de Sila un joven guerrero perteneciente á las mejores familias de Roma: bajo la mirada del dictador había hecho sus primeras armas y conquistado gloriosos lauros en los campos de Sicilia y de Africa. Muerto Sila, el Senado lo envía á España para reducir á Sertorio; la traición

de Perpenna lo libra de este hábil enemigo, y el joven Pompeyo marcha á Italia á terminar la rebelión de los esclavos. Desde este momento su vida es una continua serie de triunfos: vence á Mitrídates y á Tigranes; limpia de piratas el Mediterráneo; conquista la Siria y la Palestina; y extiende hasta sus límites extremos la magnífica obra de la grandeza romana.

El pueblo en su entusiasmo le concede omnímodo poder; pero el carácter hasta cierto punto débil de Pompeyo, le impide apoderarse del poder supremo, reservado á uno de esos hombres, que aparecen en las grandes crisis de la historia para salvar á los pueblos de la demagogia, encauzando con poderosa mano el embravecido torrente de las pasiones: caríatides vivientes puestas por el Eterno en el frontis de las sociedades que amenazan ruina, y que se llaman, según los tiempos, en Macedonia, Alejandro; en Roma, César; y en Francia, Napoleón.

Descendiente de la familia Julia, de quien se dice que tomó el sobrenombre de César porque uno de ellos fue extraído por incisión (cesus) del vientre de la madre, Cayo Julio fue dotado al nacer de todas las gracias del cuerpo y del espíritu. Gran General, hábil político, elocuente tribuno, se imponía al soldado por el valor y á la multitud por la liberalidad. Muy joven tuvo la audacia de oponerse á Sila, quien quería obligarlo á que repudiase á Cornelia, su esposa: las súplicas de la nobleza unidas á las de las Vestales, obtuvieron del viejo tirano el perdón del joven temerario:—Vosotros lo queréis—dijo el Dictador—sea; pero sabed que hay en César más de un Mario. Vuelto de España, á donde había sido enviado con el carácter de Cuestor, formó con Craso y Pompeyo el primer triunvirato: tocando á Craso la Siria, á Pompeyo la España, y á César las Galias.

Craso no podía sostener el parangón con César y Pompeyo. Comprendiendo que necesitaba nuevas victorias para halagar al pueblo, pidió y obtuvo, que le enviaran á dirigir la guerra, contra los partos: vencido en las llanuras de la Mesopotamia pagó con la vida su imprevisión, quedando de este modo disuelto el primer triunvirato y frente á frente el vencedor de Mitrídates y el conquistador de las Galias.

Estos dos grandes ambiciosos tendían á un mismo fin: la destrucción de la República y el establecimiento del poder absoluto; pero mientras César se cubría de gloria venciendo á los nervios, eburones, senonenses y demás pueblos, Pompeyo, elegido cónsul único por el Senado, se entregaba en Roma á la molice, esperando que el pueblo, cansado de tantas luchas, le entregara el imperio. Cuando acordó, César había pasado el Rubicón é inundaba con sus veteranas legiones el suelo de Italia: Pompeyo, en vez de dirigirse á sus valientes soldados de España, se retiró á Oriente y se ocupó en ejercitar tropas bisoñas, mientras su rival, que había vencido en España á Varrón y Petreyo, marchaba en su busca con la celeridad del rayo.....

La gloria de Pompeyo magno tuvo su ocaso en la llanura de Farsalia: la voluptuosa juventud romana huyó cobardemente ante las lanzas de la sombra *Alauda*, y el hijo de Estrabón humilló la frente á la fortuna del descendiente de Anco-Marcio. Hay en Farsalia algo terrible que oprime el corazón: más que una batalla es un espectáculo del circo: no se lucha por defender ni conquistar un derecho; la sangre derramada no fructificará ninguna noble idea: después del triunfo, cualquiera que sea el vencedor llevará al *spoliarium* la agonizante República.

Atacado hasta en su campamento, Pom-

peyo, seguido de algunos pocos y fieles amigos, ganó la orilla del mar y se embarcó para Mitilene, donde estaban su esposa y su hijo: ¡una miserable barca de pescador llevó al que años antes había cubierto de naves el Mediterráneo, desde las columnas de Hércules hasta los puertos de la Siria!!

De Mitilene, el ilustre vencido, siguiendo los consejos de Teofanes, se dirigió á Egipto, donde Reinaba Tolomeo Dionisio, á cuyo padre había hecho algunos favores, y de quien esperaba encontrar generosa hospitalidad. Advertido Potino (que gobernaba por ausencia de Tolomeo) de la llegada del Romano, reunió un consejo para deliberar si se le recibiría ó se le negaba la entrada: un tal Teodato opinó que le mataran, porque decía:—Así no tendremos que servir á Pompeyo ni temer á César; y además hombre muerto no muere: *homo hominis lupus!*

Una lancha cargada de asesinos se acercó á la nave donde estaba Pompeyo; y Aquila, en nombre de Potino, lo invitó á desembarcar: su mujer, Cornelia, le rogaba con lágrimas no lo hiciera; sino que llevaran anclas y se alejaran de una tierra que juzgaba había de serles funesta. Pompeyo desatendió las súplicas de su esposa; y cuenta el autor de "Las vidas paralelas," que al darle la mano, para embarcarse en la lancha que lo iba á conducir á tierra, le recitó aquellos versos de Sófocles.

"Quien al palacio del tirano fuere
 Esclavo es suyo, aun cuando libre parta."

Apenas pone el pie en la arenosa playa, el puñal de Septimio da la señal, y cien armas amenazadoras se dirigen contra su pecho: ni una palabra, ni una súplica, ni una queja; nada que pueda amenguar la dignidad. Comprendiendo que había llegado su última hora envuelve en la toga el noble semblante y cae, vencido pero altivo, en aquella tierra de Egipto, bastante infame para degollar proscrito, al que la hizo palidecer en los días de la gloria.

El cadáver estuvo expuesto durante largas horas á la curiosidad pública, velado solamente por fiel esclavo que quiere tributar á su amo los últimos honores: de sus funerales sólo nos queda esta escena descrita por Plutarco.

"El liberto recorrió toda la playa, á donde encontró algunos restos de un viejo barco de pescador, suficientes para quemar un pobre cuerpo desnudo, y aun no entero. En tanto que los recogía y reunía, llegó allí un romano que había servido en la guerra bajo el mando de Pompeyo. ¡Ah! le dijo el romano: no quiero que tengas tal solo el honor, y te ruego me admitas como compañero en una tan sagrada y devota empresa, para no maldecir enteramente mi suerte, teniendo como recompensa de los muchos males que he sufrido, la ocasión de tocar con mis manos, y de ayudar á enterrar al capitán más grande que han tenido los romanos."

..... A lo largo de los arenales de la Libia, donde el Nilo fructifica los campos, y prospera el *holcus spicatus*, duerme su sueño, de muerte el rival de César: de tanta gloria, de grandeza tanta, sólo quedan cenizas que riega por el aire el soplo del desierto: ¡Oh eterna lección de la historia! ¡cómo se repiten en todos los siglos las proféticas palabras del festín de Baltazar!

JOSÉ E. MACHADO





TEATRO ARMONÍA, EN LA PLAZA DE LA FEDERACIÓN—CORO

CRONICAS LIGERAS

ACREEDORES Y DEUDORES

LA MODA

HORA se trata de acabar con el sistema de cobros por medio de las letras de molde.

Varios periodistas han iniciado la campaña, y aducido razones de lujo.

¿Cómo queda el prójimo, dicen ellos, cómo queda el prójimo á quien le encajan un "Remitido" de este tenor: "Señor Fulano: Si usted no viene á pagarme los veintiocho reales que le presté para comprar unos zapa-

—Hombre; no seas bromista. Digo que en mis estrofas se nota desde entonces la huella de un gran disgusto.

—No es para menos.

Ello es que una gran parte de la humanidad tiende á menoscabar el poder de los acreedores. Ayer fue abolida la prisión por deudas; hoy se les arrebató el *Remitido*, arma terrible; y así sucesivamente hasta que lleguen á ser del todo inofensivos, quieras que nó.

A menos que resuelvan cobrar á tiros, y entonces será de presenciar escenas como esta:

—¿Me paga usted ó nó?

—Por ahora no tengo.

—¿No tiene? . . . Pum! pum! pum! tres balazos.

Pero esto tiene el inconveniente de que la ciudad quedaría desierta.

—¿A dónde vamos á parar? me preguntaba mi amigo Escalpeló, partidario acérrimo del libre examen, refiriéndose á los trajes que usan ahora las damas. Vea usted, añadía, trapos, y trapos, y trapos, y no se saca nada en claro. ¡Pícaras mujeres! No parecen hijas de aquella Eva que jugaba tan limpio.

—Sin embargo; hay algunas . . . ¿Conoce usted á la señorita X?

—Cómo nó. Una osamenta.

—¿Osamenta? Y ocupa en el tranvía el espacio de tres pasajeros?

—Pues hombre; no hace nada que cabía holgadamente en una caja de sombrilla. Me consta que no valía la pena; le digo á usted que me consta.

—Habrá engordado.

—Bueno, crea usted en esos florecimientos . . . ¿Puede usted fiarse de que dentro de esos globos laterales que gastan las niñas á guisa de mangas haya brazos efectivamente?

—¿Y qué vá á haber?

—Hombre; cualquier otra cosa.

—Es usted atroz.

—Y usted un pobrecito, que cree en bustos esculturales á la simple vista.

—Porque Santo Tomás decía . . .

—Santo Tomás estaba muy distante de nosotros. Aquí le quisiera yo ahora con su decantada máxima . . . Bienaventurados los que todo lo supeditan al tacto, amigo mío, aunque de ellos no es el reino de los cielos . . .

La verdad es que con el grado de progreso á que han llegado las manufacturas se ha puesto la belleza al alcance de todos los bolsillos. Hay dientes baratísimos, cejas por el suelo, panto-rrillas casi de balde, y hasta ojos á precios inverosímiles.

—¿A dónde vas? le pregunté el otro día á un amigo que caminaba apresuradamente.

—Voy allí, á que me empaten la dentadura de mi tía, que se le partió anoche en un baile.

—¡Hombre! ¿Y cómo fue eso?

—Qué sé yo . . . en el *buffet*.

No son raros los diálogos como estos:

—¿Qué se ha hecho Rosita?

—Fué á París á comprar el ojo derecho, porque ¡estaba tan mal con aquel hueco!

*

—Anda, chica, que se hace tarde.

—Espérate que me estoy poniendo las panto-rrillas.

*

—Anita; ¿no llevas hoy más que un lunar?

—Sí hombre; para la gente que habrá allí?

*

—Caballero; ¿ha visto usted por ahí una cli-neja de mi esposa? En estas fiestas de Semana Santa todo se traspapela.

—Ésta no es, porque mi hermana me la dio á guardar temiendo eso mismo.

Y luego persiguen encarnizadamente á los monederos falsos. ¡Cómo anda la justicia, señor!

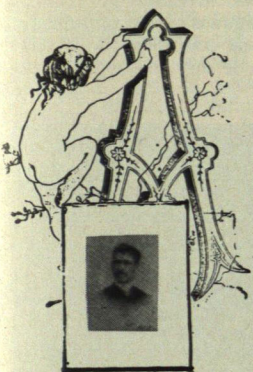
JABINO.

UNA HIERRA

Toda la estancia estaba en movimiento en aquella tarde, en la víspera de la marcación, una tarde de abril, serena, ahumados los horizontes, en que se perfilaban con recortes azulados, las sierras lejanas,—los peones contratados para la faena llegaban uno á uno, de distintas direcciones y después de saludar á los presentes, desensillaban sus caballos soltándolos en seguida en el potrero fuera del guardiapiatio. Los caballos sudorosos con el galope salían al paso oliendo la tierra, resoplando, sacudiéndose y buscando el terreno seco y polvoroso para revolcarse. Y después de desperezarse en el suelo, salían al trote, las orejas tendidas, relinchando en el reclamo de la que-rencia.—A cada relincho, contestaban otros de los que habían llegado primero, y luego de reconocerse, seguían pastando, con el ojo y la oreja alerta, como desconfiados al encontrarse en *pago* ajeno.

Los peones habían hecho círculo en torno de una hoguera, acucillados unos, sentados otros en troncos de leña ó echados de bruces sobre los cojinitos, mirando todos el juego á cuyo amor chillaba una caldera de agua echando bocanadas de vapor por el pico.

—Tenemos sol por luna hoy, indicó uno de los presentes, y todos miraron á los dos ex-



tos *procederé de otro modo?*

Ciertamente; eso es partir á un hombre por la mitad.

—La cuestión es de una trascendencia incalculable, me decía una de estas noches un poeta decadente. ¿Por qué no promovemos un certamen, con esta tesis más ó menos: "Influencia de los *Remitidos* apremiantes en el porvenir de los ciudadanos?" Desde luego prometo concurrir con un trabajo luminoso que dé al traste con los acreedores aficionados á la publicidad. ¡Cuánto daño hacen, querido amigo!

—Oh! . . .

—Uno tuve, que me ha hecho infeliz para toda mi vida por una miseria. El reclamito que me publicó decía así: "*Primer repique*—Al señor Fulano (con todas mis letras) poeta ramplón y majadero, que me debe siete bolívares de ron tomado en mi establecimiento, le participo que, ó me paga ó doy un escándalo."

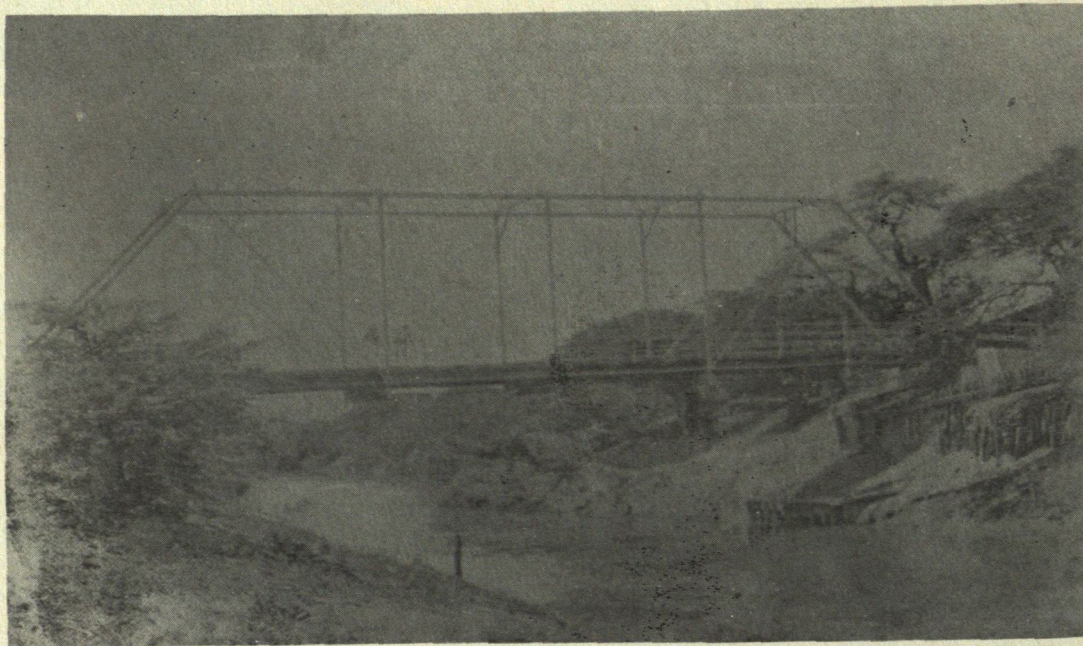
¡Caracoles!

—No es para dicho lo que bajó mi reputación poética con aquel incidente, ni la serie de desgracias que me acarreó. Mi novia sufrió una descepción que por poco la mata; y el padre de ella, cuyos bienes son mal habidos, pero que pasa por honrado porque no le debe á nadie, me llamó y me dijo: "Pancho; siento manifestarle que retiro mi ofrecimiento de cederle la mano de Dolores. Mi hija no puede llevar un nombre escarnecido por un botiquinero." . . .

—¡Caramba! Qué desastre.

—Por eso es que hay en mis poesías cierto dejo amargo.

—¿De cidra?



PUENTE SOBRE EL RÍO. ENTRE COBO Y LA VELA

tremos del horizonte. En efecto, por el poniente, moría el sol entre resplandores de incendio, sumergiéndose tras de una loma oscurecida en la sombra, mientras que por el naciente surgía la luna enorme, tan grande como el sol, amarillenta, veteada con manchas grises. El paisaje se oscurecía todo hacia el ociso. Del sol no quedaban más vestigios que los cambiantes opalinos de unas nubes tenues que mudaban de color en una graduación suave, anaranjadas primero, rosadas después, escaletas más tarde, desvaneciéndose por último en filamentos violáceos, como si el último rayo del sol las hubiese vaporizado.

El cielo resplandecía con un brillo metálico, y el día se fundía en la noche en un crepúsculo prolongado, como dos amantes que no acertaran á desprenderse del postrer abrazo de despedida. Por último la luna dominó el paisaje, dibujó con líneas de plata los perfiles de las lomas, clareó las hondonadas, brufió con reflejos cristálicos la corriente del arroyo y engastada en el cielo purísimo, siguió presidiendo aquella noche serena, diáfana, solemne en la silenciosa majestad de la naturaleza adornada.

La velada no se prolongó. Un cantor pulsó por un rato la guitarra entonando una décima amorosa. Al concluir, dos ó tres de los oyentes dispararon sus armas en señal de festejo, á cuya detonación graznaron azorados los gansos, corriendo con las alas abiertas como despavoridos.

Después, cada cual hizo cama con su recado en el largo corredor de la casa, se cubrió con el poncho, y sólo quedaron vigilantes los perros, acostados en el patio. A la madrugada debían salir los recogedores para parar rodeo, batiendo todo el campo, pues había que marcar el ganado de cría de la hacienda y unas ochocientas reses de corte traídas para la invernada, novillos y toros en su mayor parte.

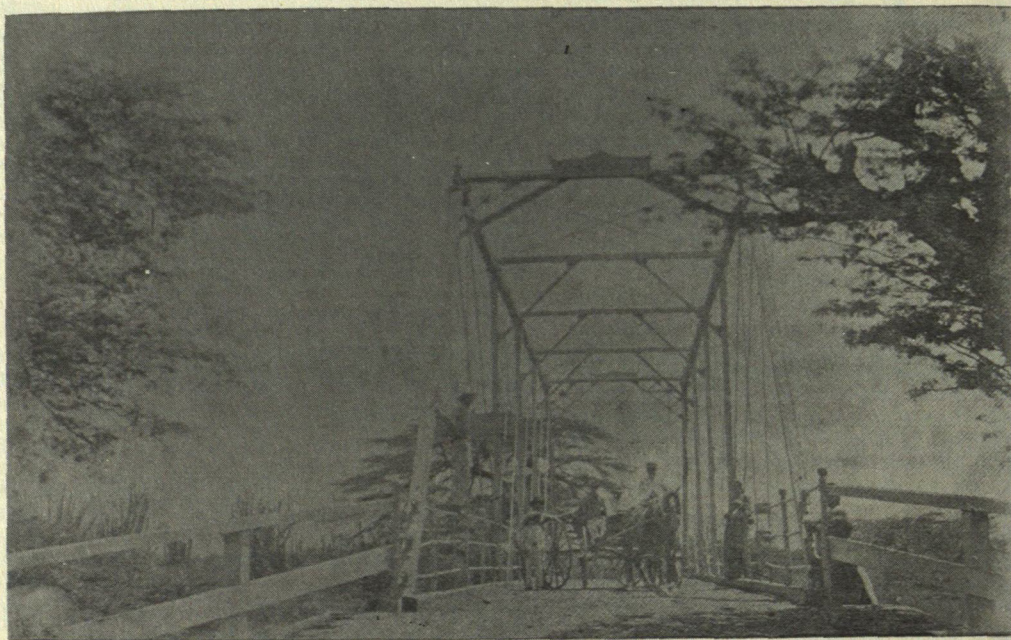
Al salir el sol montamos á caballo los que íbamos de simples espectadores de la faena. La peonada había salido al campo al pintar las barras del día y había empezado ya la recogida. Nosotros marchábamos directamente al

rodeo, que negreaba como una gran mancha en la meseta de una cuchilla.

La mañana era bastante fresca. Soplaban del norte una brisa sutil que penetraba hasta los huesos. El campo parecía un laberinto de islotes. Sólo se veían las lomas y cuchillas, desapareciendo por los bajos entre una niebla blanquecina que flotaba en las llanadas. Por momentos se veían puntas de ganado que coronaban las alturas y bajaban al trote en dirección al rodeo, á los gritos de los recogedores.

zados los cuernos, el testuz contra el testuz, libaban encarnizada lucha, ganando y perdiendo terreno alternativamente, como en un asalto de esgrima. Los bueyes del señuelo, enormes, viejos, la cerviz inclinada al suelo, se apartaban solos, buscando quietud y sosiego como fastidiados de aquella agitación del rodeo.

Por las alturas circunvecinas se veían aparecer los recogedores, arreando las reses que habían quedado rezagadas. Por un minuto se dibujó en la cresta de una loma la silueta de un venado, seguido de dos hembras y un cer-



ENTRADA DEL MISMO PUENTE

El sol desvanecía la niebla, apareciendo el paisaje en todo su verdor, un verde tierno de pasto naciente, condenado á morir en la primera helada. Los vapores flotantes en los bajos se condensaban á lo lejos, en fajas grises, cerniéndose en el espacio, ya desprendidos de la tierra.

Haciendo de vanguardia á una punta de ganado, aparecieron trotando á grandes zanca-

vatillo.—Allí hizo alto, azorado, irguiendo la cabeza rameada, como para reconocer el terreno, y en seguida apurado por los que traían la recogida, dio un respingo y apretó la carrera, seguido de su tribu hasta desaparecer todos tras de una cuesta.

Entretanto, de las casas habían llegado dos carretas cargadas con leña y los hierros para la marcación. Todo el ganado estaba ya reu-

das, diez ó doce avestruces que al vernos se arremolinaron y batiendo las alas y meneando las ancas, apuraron la carrera buscando salida por las alturas de las cuchillas.

El ganado criollo, avanzaba en grupos al rodeo, manso, con paso tardo, acostumbrado á la querencia, en medio de los balidos de los terneros en reclamo de las madres. Las reses de invernada venían en tropel, á galope, ariscas é inciertas, buscando escapar por entre los claros que dejaban los recogedores. Era todo ganado mayor, muy sacudido de carnes, receloso y huraño al encontrarse fuera de la querencia, después de algunos días de marcha.

La mañana avanzaba. En el rodeo hormigueaban ya más de mil reses, revolviéndose en abigarrado laberinto. Los toros mugían embravecidos los unos con los otros. Dos de ellos, un hosco y un negro bragado, se habían apartado de la masa, y tren-

nido en el rodeo, custodiado por los peones apostados en círculo, haciendo retroceder con gritos y chasquidos de arreador á las reses que amagaban buscar el campo.

A unos cincuenta pasos, al lado de las carretas desuncidas, ardía una hoguera, en cuyas brasas se calentaban los hierros de marcar. Tres hombres se entraron en el rodeo, y abriéndose paso por entre el ganado, reconocían los animales uno por uno.

De repente atropellaron los tres á una ternera barrosa, y flanqueándola dos de ellos y arreándola el tercero, la sacaron campo afuera en vertiginosa carrera. Y sin detenerse, desataron los lazos que llevaban prendidos á los tientos, prepararon la armada, y reboleando uno de ellos, lanzó el lazo en dirección á la ternera que huía. Pero sea que el animal se asustase de aquella sogá que viboreaba sobre su cabeza, sea que resolviese de repente escapar por otro lado, ello es que se desvió de la dirección que llevaba, y la armada apenas alcanzó á azotarle el flanco. Errado el tiro, otro de los ginetes atropelló y echó el lazo ciñéndoselo en las guampas cortas y rectas á la ternera, que siguió corriendo hasta sentir el tirón. El animal giró sobre las patas delanteras y quedó como enclavado al suelo sobre los cuatro remos despatarrados, sacudiendo la cabeza como para libertarse del lazo que la oprimía. El tercero se acercó, echó la armada abierta sobre el anca de la res, la azuzó para que caminase, y al moverse dio el jinete un fuerte tirón al lazo, amarrando la ternera por las dos patas traseras y tirando hasta hacerle perder pie.

No bien cayó sentada sobre los garrones, echó pie á tierra el peón que no había enlazado, sacó un cuchillo, se acercó á la res, y sujetándola por uno de los cuernos, le abrió una ancha herida en la degolladura. El animal gimió un largo mugido, reviró los ojos, se amacó en las ansias de la agonía como esforzándose por pararse, y en seguida se desplomó, arrojando un chorro de sangre espesa por la herida.

Todo el ganado del rodeo seguía con aten-

CASA DE HABITACION DE LA HACIENDA "LA ESPERANZA" — YARITAGUA — (ESTADO LARA)

ción las peripecias de la escena, como comprendiéndolas. Un toro mugía furioso, escarbando la tierra con la pezuña y azotándose los flancos con el penacho de la cola. Parecía que quisiera vengar á la víctima.

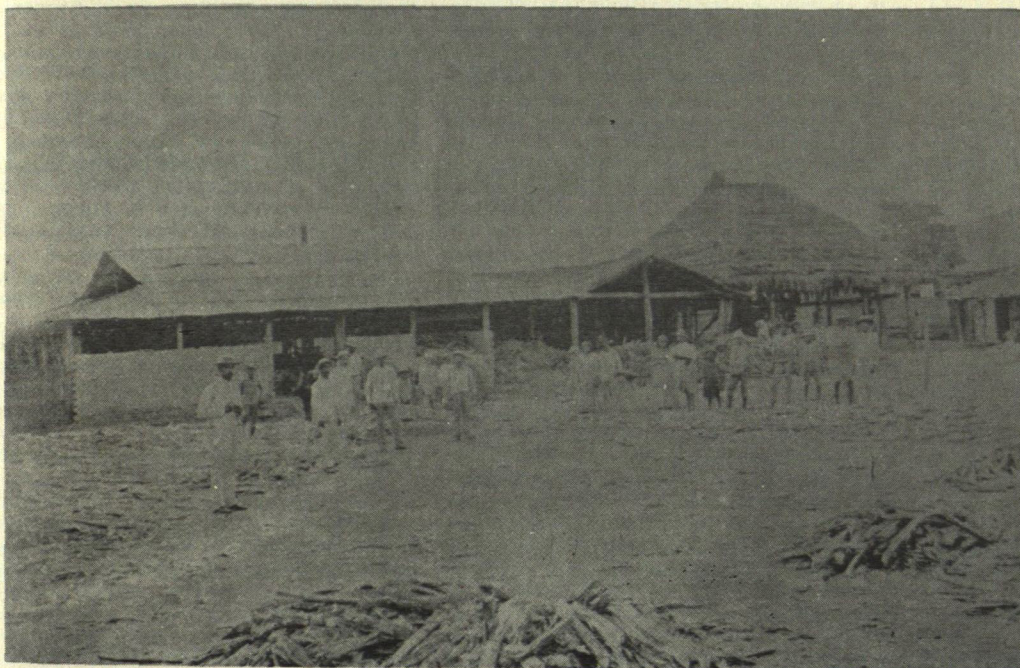
Entretanto, los carneadores despostaban la res sin desollarla, preparando los asados con cuero para dar de almorzar á la gente.—Un perro lengüeteaba en el charco de sangre, y los demás merodeaban en torno, esperando que los carneadores concluyeran la faena para repartirse los desperdicios.

A la voz de que los fierros estaban en punto, se empezó la faena.—Diez ó doce enlazadores entraron en el rodeo y comenzaron á apartar el terneraje criollo. El ganado se arremolinaba amagando á los ginetes, pero sin atropellarlos. No se oía más que el tropel de los caballos de los enlazadores corriendo á toda rienda tras de los terneros, unos disparando hacia el repecho, otros hacia la falda de

la cuchilla, haciendo resonar el suelo con el redoble sordo de los cascos. Los encargados de marcar corrían de un lado para otro con los hierros enrojecidos, encabados en huesos de caracú. Apenas caía un ternero, lo apretaban los peones, y el marcador le plantaba el hierro en el cuarto trasero, que humeaba y chirreaba por un momento. Los becerros berreaban de dolor, y á cada quejido contestaban las madres desde el rodeo con roncós mugidos, buscando salida para juntarse con las crías.

La escena era de una agitación pintoresca: los terneros corriendo alocados, perseguidos por los enlazadores, caballos lanzados á todo lo que daban, ponchos y pañuelos flamantes, lazos silbando por los aires, chasquidos de arreadores, gritos, risas, burlas, voces de ¡fierro! ¡fierro! largue! apriete! ya le erró esa maula! chambón! mezclado todo esto con los balidos lastimosos de los terneros marcados y los mugidos amenazadores de las madres y de los toros enfurecidos. A las once terminó la marcación de las crías del ganado criollo, y antes de empezar la de los toros y novillos de la invernada, la gente se dispuso á churrasquear.

Cuatro ó cinco quedaron cuidando del rodeo, del cual se había ya refugado el vacaje y las crías. Los demás desensillaron los caballos para que oreasen el sudor, y formaron círculo en torno de la hoguera, cuyas llamas lamían los asados ensartados en largos hierros. El almuerzo fue breve: unos bocados de carne, unos tragos de vino, un cigarrillo mientras circulaba el mate, y en seguida empezaron todos á ensayar de nuevo. Los trabajadores habían aumentado. De las estancias vecinas habían venido los patrones trayendo sus peones para ayudar. No menos de cincuenta ginetes caracoleaban en torno del ganado, preparando los lazos. Había que trabajar fuerte para acabar la faena antes de la puesta del sol. Los marcadores avivaron la hoguera para recalentar los hierros, y cuando todo estuvo dispuesto, empezó el trabajo.



OFICINAS DE LA HACIENDA "LA ESPERANZA"



PLANTACIONES DE CAÑA — HACIENDA "LA ESPERANZA"

Pronto cayó el primer animal, un toro oscuro, muy encunado de cuernos, bravo y de cuerpo. Al sentirse sujeto, se vino sobre el lazo buscando al jinete, que picó su caballo, guardando distancia para no dejarse alcanzar. Otro de los enlazadores logró ceñirle las patas, y así amarrado por los extremos, cayó la res fatigada, resoplando por las narices, el vientre palpitante. Tres hombres de á pie rodearon al animal, lo trincaron fuertemente para que no se moviese, y haciendo uno de ellos uso de un serrucho que al efecto traía, empezó á descornarlo, cortándole las extremidades de los pitones punteagudos. Una gota de sangre oscura apareció al extremo de cada aspa cortada. Al mismo tiempo el marcador le ponía el hierro candente sobre el cuarto trasero, y al chirriar la carne chamuscada, el toro bramó con mugidos de dolor, de ira, encogiéndose en contorsiones impotentes para libertarse de las ligaduras que lo apresaban.

Pero todavía no había concluido la tortura. Los peones desligaron las patas traseras del animal, y las sujetaron separadamente. Entonces uno de los ginetes se apeó, desenvainó el cuchillo, y con sorprendente rapidez, dando solo dos tajos despiadados, castró al toro, arrojando á los perros las glándulas palpitantes todavía, mientras que el pobre animal, después de retorcerse en un esfuerzo supremo, quedaba postrado y místico, sin alientos ya para quejarse. Los peones desataron los lazos que sujetaban á la res, y se apartaron, azuzando á gritos para que se levantara. Al chicotazo de un lazo con que le azotaron los flancos, el toro se incorporó lentamente como entumido por las ligaduras. Después se levantó completamente, irguió la cabeza, y como si comprendiese la afrenta hecha á su virilidad, bufó furioso y acometió ciego á los que lo rodeaban. Los ginetes picaron los caballos sacando el cuerpo á la embestida; uno de los de á pie, acosado por la fiera, se echó de bruces al suelo, saltó el toro por encima, y ciego de rabia fue á estrellar el testuz contra la rueda de la carreta; recargó allí al encontrar aquel objeto resistente como deseando despedazarlo, retrocedió convencido de su impotencia, recogió del suelo con los ensangrentados cuernos los ponchos y coginillos esparcidos en torno del fogón, y ganó el campo rugiendo de rabia, de dolor, despuntadas las aspas, el cuarto achicharrado, chorreándole la sangre por las berijas, flanqueado por los pe-

ros que lo ladraban amagándole tarascones al hocico y á las patas.

La misma escena de mutilación se reproducía en diversos sitios en torno del rodeo. El ganado, azorado con la faena, se revolvía inquieto, intentando escapar al campo. Los cuidadores tenían que estar rondando continuamente haciendo chasquear los arreadores para contener los pelotones de reses que buscaban salida. Y á cada momento entraban nuevos enlazadores que apartaban los toros y novillos, sacándolos al campo para derribarlos y marcarlos, desempeñando aquella ruda y peligrosa tarea entre gritos y risas, azuzando las reses bravas con riesgo de su vida y de la de sus caballos. Se toreaba á campo abierto, sin barreras ni burladeros, á pie y á caballo, y se hacían alardes de valor temerario, jugando con aquellas fieras, embravecidas por el ayuno, por la sed, por los dolores de la marca y de la castración, ávidas de venganza contra sus martirizadores.

La tarde caía serena, fría, listado el cielo hacia el poniente con franjas purpúreas, mientras que al sud, la humedad flotante en el ambiente se condensaba en nubes redondeadas, espesas y blancas, como humaredas de salvas de cañón. Era necesario activar la faena para terminar antes de que entrase el sol. Los animales ya marcados se reunían á lo lejos en grupos, pastando inquietos, alerta al primer grito que llegaba, como si temiesen una nueva tortura.

De entre los últimos toros que quedaban en el rodeo, apartaron los ginetes uno, barcino chorreado, fino de cuerno, animal ya de peso. Hubo que sacarlo á pechadas, pues no quería apartarse del señuelo, como si comprendiese lo que iba á pasarle. No bien salió al campo, arrancó á toda carrera, amagando á los que de cerca lo flanqueaban. Uno de los marcadores reboleó la armada y lo enlazó de media espalda. El animal al sentir el chicotazo de la soga, se revolvió furioso, y sin dar tiempo al jinete para tornear su caballo, lo embistió. El enlazador trató de soslayar el pingo para evitar la cornada, y pareció que en efecto había esquivado el choque, pues el toro rozó apenas al caballo siguiendo su carrera hasta pegar el tirón en seco. El lazo ramaleado, se cortó por la falla, y la cuerda viboreó silbando en el aire. El jinete se echó á un lado pegándose al costillar de su caballo para evitar el latigazo,

mientras que la otra punta del lazo azotaba al toro haciéndole bramar de dolor y apurar la carrera hacia el bajo, perseguido por dos enlazadores que trataban de repuntarlo.

El que había perdido el lazo quiso también ayudar á sus compañeros, pero al tantear al caballo para darle riendas, éste no obedeció. Era un caballo bayo claro, blanco de cola y crines, de cuerpo delgado. Una pinta roja tras de la última costilla del lado de enlazar, marcaba la herida que le había hecho el toro al pasar. El animal, sin atreverse á dar un paso, temblaba desde las orejas hasta las ranillas, el ojo triste, el pescuezo estirado. El jinete se apeó, desensilló apuradamente, pidió agua y caña, y empezó á lavar la herida, que parecía nada, pues apenas corría un hilo de sangre. Pero el bayo estaba herido de muerte, á pesar de la aparente insignificancia de la cornada. El temblor se acentuaba en chuchos mortales, y dos minutos después el noble animal se derrumbaba pesadamente, las cuatro patas tiesas agitadas en convulsiones, la respiración anhelosa, los ojos en blanco, hasta acabársele la vida en un hipo ronco.

El jinete sacó el cuchillo, cerdeó la cola y crin al caballo muerto; recogió aquellos despojos de su bayo, y acercándose á uno de los compañeros que estaban montados, se horquetó de un salto en las ancas del caballo, que al sentir el recargo de peso se encabritó como queriendo arrancar. Todos se alejaron en seguida, dejando solo el cadáver del bayo, en jutos los flancos, tiesos los remos, mal tusa da la crin, pelado el marlo de la cola, los ojos entornados. No se diría que era el mismo que diez minutos antes caracoleaba brioso y altivo, dócil á la rienda, codicioso tras de la res perseguida por su jinete.

La faena de la marcación terminó por fin sin más accidente. El ganado se retiraba en puntas, en diversas direcciones, alejándose de aquel teatro de torturas. Los caballos, sudorosos y fatigados permanecían quietos, con las riendas sueltas, sin intentar escapar, esperando á sus dueños que recogían sus prendas y tomaban el último mate en torno de la hoguera casi apagada.

La tarde moría triste, el cielo pálido, el campo oscuro, verdeando sólo en las lomas. Todos nos retirábamos al tranco, en pelotón, hablando de las peripecias de la faena. A la cabeza del grupo, tres peones arreaban una vaca que debía carnearse para la cena. Detrás, sobre el cadáver del caballo muerto, se cernían en vuelo espiral tres cuervos, como haciendo el amor á la presa que la casualidad les deparaba.

Cuando llegamos á las casas, encontramos fuera del guardia-patio á los peones carneando la vaca, despositando los cuartos sobre el mismo cuero de la res, blanco, vetado de sangre.

Poco á poco se hizo la noche, en una transición lenta, enfriándose por momentos el aire inmóvil. Los ginetes, después de desensillar los caballos; les rascaban con el cuchillo el lomo sudoroso, soltándolos en seguida al campo.

Todos estaban rendidos por el trabajo y sólo esperaban la cena para irse á descansar. Reunidos dentro de la cocina, los paisanos hablando despacio de las novedades del pago, midiendo las palabras, contestando con monosílabos, como si les fuese fatigoso el hablar. Uno de ellos, dibujaba con el cabo del cuchillo en la ceniza del fogón, la marca de un caballo forastero que unos vecinos habían traído para las próximas carreras. Los demás, examinaron detenidamente la marca sin conocerla.

Se siguió la cena, silenciosa, y con los últimos bocados cada cual rumbeó por su lado, buscando el reposo sobre el recado. Los árboles, desnudos de hojas, dibujaban sobre el cielo claro el esqueleto de sus ramas brillantadas por el rocío, en cuyo cristal bruñía la luna arista de plata.

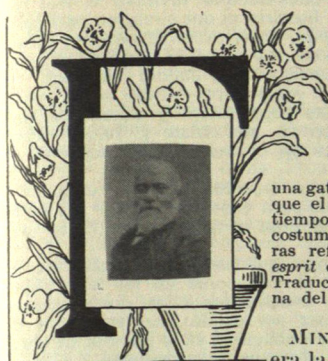
La noche avanzó en silencio por un rato todavía.

Media hora después se oyó un mugido triste, lastimoso, al que contestó otro y otro, hasta formar un coro de llanto estentóreo, en el que se mezclaban acentos de hondo dolor, de desesperación, de venganza. Era el ganado tambero, que al olor de la sangre de la res carneada, se había acercado á las casas y entonces su plañidero responso rodeando la osamenta.

Por último, los perros, incomodados por aquella canturía, atropellaron ladrando, y se oyó el tropel de las vacas que huían, seguidas de la perrada, cuyos ladridos fueron alejándose hasta percibirse sólo como ecos amortiguados allá en el bajo de la cabaña.

SANSÓN CARRASCO.

MINON-MINETTE Y PIRAMO



FRANCISCO Sarcéy ha escrito un libro tan espiritual como delicado, expresamente para niños, y que lleva por título MINON-MINETTE Y PATAUD: es la historia de una gata y de un perro que el crítico conoció tiempo atrás y cuyas costumbres y aventuras refiere con tanto espíritu como ternura. Traducimos esta página del hermoso libro.

MINON-MINETTE

era la sexta hija de una elegante gata que hacía las delicias de la celdilla de un portero. Lo que quiere decir que no era de origen ilustre, que ninguna estrella anunció su nacimiento y que su destino debía, según todas las probabilidades, concluir en el medio humilde en que vino al mundo. Aun poco faltó para que el mismo día que le dio la luz fuese testigo de su muerte, y habría sido ello pérdida irreparable, pues no se habrían presentado los grandes acontecimientos de que aquella gata fue heroína y de que soy fiel narrador; y á esta hora no leeríais el verídico y doloroso relato. El portero y su mujer, no sabiendo que hacer de la numerosa prole de que los había dotado su querida gata, le quitaron una noche cuatro de sus cachorros y los sumergieron de cabeza en una cuba llena de agua fría. Cruel sacrificio!

¿Por qué, la infortunada heroína de las aventuras que voy á referir, escapó del suplicio de los inocentes? ¿Por qué se la prefirió á sus desdichados hermanos? Quizá una mancha blanca que ostentaba en la frente, en forma de losango, los decidió á perdonarla: la encontraron bonita y como todavía no estaban seguros de su sexo, la mujer la llamó *Minon* y el marido *Minette*, bien que más tarde se juntaron ambos nombres, y la gatita salvada de las aguas, cual nuevo Moisés, respondía al doble nombre de Minon-Minette.

No quería yo adelantar que Minon-Minette defraudó las esperanzas fundadas en la belleza de su piel. Es preciso confesar, sin embargo, que era de aquellas de quienes no se dice bien ni mal: un palmito desairado, hé ahí todo.—¿A qué raza pertenecía? Es un punto que difícilmente habrían podido dilucidar los más hábiles genealogistas de historia natural: en su persona se habían refundido todas las razas.



La Eternidad anunciando al siglo XIX su próximo fin

Era una gata de París, un compuesto viviente en el que, buscando bien, se encontraba una gota de todas las sangres nobles ó plebeyas, que constituyen, respectivamente, el honor ó el tormento de la raza felina; su blanca mancha era lo único que la distinguía: brillaba en su frente como una estrella en un cielo sombrío. Es probable que aquella estrella hubiera revelado á algún astrólogo los altos destinos que estaban reservados á Minon-Minette y que habían de concluir en la más espantosa de las catástrofes.

Minon-Minette había nacido con un feísimo defecto: era exageradamente vanidosa. Sí, esta hija de una gata de portería, que vio la luz por primera vez en el tugurio de un conserje de la calle Mouffetard,—verdad es que el barrio Mouffetard es el ruedo del faubourg Saint-Germain,—aquella atolondrada plebeya,—cuyo padre mismo, un andariego de tejados, un simple caballero de canales, no había dicho nunca su nombre,—abrigaba desde su primera infancia, detrás de sus ojos entornados y veteados de verde, instintos de grandeza; sentía un desprecio invencible por las personas que la rodeaban de cuidados; estaba orgullosa de su mancha.

Era preciso que en los primeros días guardase el secreto de sus desdenes. Su educación fue de las más duras: la portera, su dueña, hablaba siempre de la tierna bondad con que el cielo la había dotado para con todos los animales, á los que llamaba cordialmente criaturas del buen Dios. En el fondo, la portera no amaba sino á una gata, su primera, la gata madre, á la que ahogaba en caricias y complacencias. Le había conservado dos hijos, no por compasión hacia ellos, sino por cariño por con ella; esperaba desembarazarse de ellos, cuando la madre, impulsada por la naturaleza, no los ne-

cesitase y los abandonara.

Minon-Minette tuvo, pues, la desgracia ó la fortuna de crecer en la escuela del dolor. Cuando comenzó á andar, no era tratada sino á escobazos ó servilletazos, bien se acercase á la mesa, á la que su madre tenía acceso, ya hiciera ademán de introducir su delgado hocico en la escudilla de sopa reservada á la favorita.

—Que coma ratones! decía la terrible portera, alzando los hombros.

Se ha observado que los gatos que se alimentan solamente de ratones rara vez se distinguen por su robustez. Minon-Minette estaba horriblemente flaca: las costillas se le marcaban bajo su piel semicalva y erizada: tenía la mirada incierta y cuasi feroz, el paso cauteloso y huraño de los animales cuyo alimento de la mañana se parece al de la tarde en que uno es tan inseguro como el otro.

Es probable que de este período de su vida conservase en el fondo de su espíritu suma de odios contra el orden social, del que se creía víctima infortunada. No se sentía hecha para el medio humilde en que la Providencia la había arrojado en un momento de cólera. Permanecía una parte del día agazapada en un rincón oscuro del tugurio, y allí meditaba proyectos de desprecio y de venganza. Cuando veía bajar por la escalera perros resguardados del frío por ropajes de lanas

ó gatos de brillante piel, graves como magistrados cubiertos de armiño, sus ojos relampagueaban de furor y de envidia.

Saltaba, con salto furioso, sobre la chimenea y, sentándose sobre las patas traseras, se miraba á un viejo espejillo cascado que colgaba de las jambas. Largo rato se contemplaba en él; agitaba los mostachos con un movimiento convulsivo, y parecía decirse:

—Y bien, es que no soy también bonita? Todo para los otros, nada para mí!

Hombres ó gatos, son bien desgraciados los seres que dejan penetrar en su alma ese amargo pensamiento: para vivir feliz, nada tan eficaz como contentarse con su suerte, con dulce resignación, y hacer todos los esfuerzos por mejorarla. Minon-Minette era horriblemente desgraciada, y merecía serlo. De un pretensio mérito eminente, envidiosa de las ajenas cualidades, nunca amable, no era; por consiguiente, amada.

No era amada?—Error. El cielo, á quien se quejaba ingrata, le había enviado un amigo, un amigo sincero que la amaba, precisamente por estar abandonada de todas; la amaba con ese afecto que no razona, pero que, nacido de una conformidad de miseria entre dos seres igualmente desdichados, toma en el más fuerte caracteres de tierna protección.

Aquel amigo era un perro; un hermano de aplastadas formas, de andar vivaz, de mirada inteligente y reposada. El propietario de la casa lo había llevado muy pequeño al portero, porque la bodega estaba infestada de ratas que se aventuraban hasta las habitaciones y lo devoraban todo. A pretexto de hacerlo más apto para la caza, se le economizaba el alimento, completándose con buenos foetazos.

Piramo (era su nombre) no tardó en sen-

tirse atraído hacia Minon-Minette por una secreta é irresistible simpatía. Adivinó en ella una compañera de dolor. Aquella alta-nera soledad en que se encerraba Minon-Minette, aquella discreción indómita, aquella aspereza que parecía rechazar todo lo que á ella se dirigiera, fue precisamente lo que interesó á Piramo. Largo tiempo dio vueltas al redor de la abandonada, sin atreverse á acercársele, pues era tímido y ella miraba al recién venido con cierto aire de impertinencia capaz de descorazonar al más audaz. Pero aquella especie de gran señora no disgustaba al bravo cazador. El afecto misterioso que de repente sintió por ella, se acrecentaba y convertía en cariñoso respeto.

Un día, Minon-Minette, desfallecida de hambre, no pudo contener una mirada codiciosa al plato que se le había servido á Piramo; unos huesos de pollo, sobras de un banquete, que despedían apetitoso olor de volatería. Piramo sorprendió aquella mirada; tomó delicadamente entre los dientes el hueso más carnoso y lo llevó á los pies de la gata, que había cerrado precipitadamente los ojos, fingiendo dormir. Ladró, dio vueltas en redor de ella, agitando la cola; el pobre creía que efectivamente era presa de profundo sueño y temía despertarla con algún movimiento brusco.

La princesa se dignó al fin dar una señal de vida: desplegó lánguidamente los párpados, se estiró con indolencia, y acercando con un aire desdénoso la rosada nariz al hueso traído, olfateó un rato, como diciendo:—Es un bocado indigno de mí! ha sido destinado para vos, para regalaros.—El perro la veía complacido, como invitándola á gustarlo: Eh? verdad que es bueno? parecía decirle: cuán amable seríais al aceptarlo!

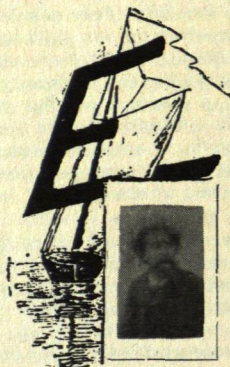
Por fin, Minon-Minette se decidió: Piramo le dio las gracias con un gruñido de satisfacción. Era feliz. Quisiera decirnos que ese día se cimentó una amistad verdadera; pero no hay serio afecto sin reciprocidad. Piramo amaba: Minon-Minette se dejaba amar. Ignoro si se lo agradecía: la vanidad nativa había ahogado en ella todos los sentimientos: le había roído el corazón.

FRANCSIQUE SARCEY.

PAGINAS CORTAS

Los tres cuervos

(POR ALPHONSE DAUDET)



Es la tarde del día de una batalla. La tierra tiembla al choque formidable de los ejércitos combatientes. El aliento inflamado de los cañones flota sobre la campiña en densas nubes rojas; se sienten aún las palpitaciones de la jornada; la tierra, amortajada en nieve, turbada en su letargo de invierno, se

quiebra al peso de las ruedas, del golpear doloroso de los heridos que caen y de los caballos que relinchan.

Siniestra labor! En los surcos de escarcha la batalla siembra muertos; los capotes grises se pliegan y se ajan en los estertores de la agonía; de las fosas repletas de cadáveres se levantan brazos suplicantes y en los estremecimientos del dolor, los pies parece que empujan la tierra en que se apoyan.

Bajo aquel cielo de plomo se halla tendido un joven soldado, pálido, descubierto el rostro; las manos negras de pólvora, la casaca

agujereada por las balas: estaba en lo más crudo de la batalla, bajo un fuego incesante y sus compañeros, al verlo caer, lo juzgaron muerto.

Vive, sin embargo, y hace un llamamiento á todo el resto de sus fuerzas, pero apenas oye gemidos de moribundos y trueno de metralla...

Al fin, aterido, abatido por el sufrimiento, se siente invadido por la quietud de la tierra que le sirve de lecho y se resuelve á entregarse al sueño ó á la muerte.

Pero, de repente, en el inmenso horizonte que abarcan sus ojos entreabiertos, se descubren tres puntos negros que crecen á medida que se acercan: son como alas, alas sombrías que se agitan.

Pronto se detienen, y tres cuervos inmóviles aparecen suspendidos sobre el soldado, con esa tranquilidad aterradora del ave rapaz que acecha: en la atmósfera aun revuelta y vibrante de la batalla, el batir casi imperceptible de aquellas alas semeja flamear de negras banderas de combate.

—¿Vendrán por mí? se pregunta el herido con terror, y su pobre cuerpo se extremece á la vista de los tres cuervos que descienden de las nubes en lentos giros y van á posarse sobre la próxima colina.

Lustrados, brillantes, tornasolados, parece que no faltara una pluma á sus alas; y, sin embargo, viven en medio de las batallas y viven de ellas; allá asisten desde muy lejos, desde muy alto, fuera, del alcance de las balas, y no descienden al campo sino cuando ya están aterrados los regimientos, y los muertos y heridos mezclados en una confusión siniestra.

Estos son cuervos aristócratas: se saludan con el pico, se pasean uno tras de otro, hincando en la nieve enrojecida sus agudas garras y graznando bajo, casi imperceptiblemente, sin quitar los ojos del herido...

—Camaradas, dice uno, os he hecho venir para ese soldado de la Francia que véis ahí tendido: era un fiero batallador, animado de singular bravura, pero imprudente é irreflexivo: observad en su redingote cuántas balas han sido necesarias para abatirlo... Es una hermosa presa: si deseáis la partiremos, pero es preciso aguardar un tanto; aunque tenga las manos inertes, sería capaz de reanimarse al acercarnos.

—Hurra! Vamos á partirlo; yo tomaré el corazón: es un corazón bravío y valiente que enardecerá el mío...

Otro cuervo toma la palabra:

—Yo me comeré los ojos: son ojos franceses, rasgados, claros, radiantes de vida.

El otro agrega:

—La lengua será mía: en los países latinos es el bocado más apetitoso.

Mientras tanto, se diría que el soldado está verdaderamente muerto: su cuerpo no se mueve, ni aun cuando se acercan paso á paso los cuervos.

Ya van á desgarrarlo, á devorarlo: el más osado se aventura á picarle en un dedo... El soldado se despierta y se extremece. "No ha muerto," se dicen los siniestros animales y vuelven saltando á la colina.

No; el soldado de la Francia no ha muerto: levanta la cabeza y una oleada de indignación se asoma á su rostro; brillan sus ojos, se dilatan sus narices, parece que el aire se descarga y que se respira mejor.

Un rayo de sol de invierno, pálidamente rosado, se arrastra por la tierra maltratada y mientras que parece oficiar sobre el cuerpo debilitado del moribundo, arrojándole resplandores de aurora, la nieve se funde bajo su mano y se yergue, rozándole los dedos, un talluelo de trigo.

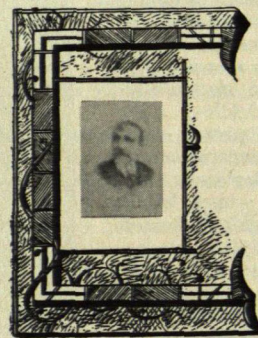
El soldado se siente renacer. Apoyando ambas manos sobre el suelo de la patria intenta incorporarse; de lejos los tres cuervos lo acechan ya de reojo, prontos á partir; y cuando lo ven en pie, buscando en redor, con gestos trémulos, sus armas abandonadas, graznan y levantan el vuelo hacia el Norte

distante, sumergido ya en la penumbra precursora de la noche.

En el cielo se oyen choques de alas, graznidos siniestros, vuelo tumultuoso, rumor de cóleras: se diría bandidos que han errado el golpe y que al huir se baten entre sí.

Recuerdos

(POR JOSÉ ECHEGARAY)



N estos últimos tiempos de mi carrera, si di nuevo pasto á mis aficiones literarias y dramáticas con nuevas lecturas, entre otras con la de las obras de Shakespeare, la verdad es que estas aficiones iban siendo hasta entonces totalmente pasivas.

Leía mucho. No escribía nada. Es decir, llenaba pliegos y pliegos, en

los exámenes por escrito; pero nadie se atreverá á sostener que tales trabajos tuvieran el más remoto carácter literario ni que sirviesen para cosa alguna, porque ni nuestros profesores se tomaban el trabajo de leer aquel farrago de pliegos de mala letra, peor estilo y dudosa gramática.

Preguntaba un compañero:—«Pero señor, ¿para qué sirven estas papeletas?»—y contestaba Manuel Riaño, con su aire triste y dulce:—«Para que las guarden en el archivo y ocupen un lugar en el espacio.»

Para eso sirven muchas cosas en el mundo, y nada más que para eso: para ocupar un lugar en el espacio, el gran archivo de las cosas inútiles.

El único trabajo que escribí con más cuidado y esmero, que el que ponía en las tales papeletas, que así llamábamos á las contestaciones de los exámenes por escrito, fue una serie de artículos que se publicaron en la Revista de obras públicas sobre el movimiento continuo.

En suma, hasta los veinte años yo no había escrito más que algunas cartas á los amigos, y las tales cartas no serían seguramente modelo de literatura epistolar, la memoria de química, y la memoria sobre canales de que hice mérito en los anteriores artículos, y éstos sobre el movimiento continuo, que con profunda emoción llegué á ver en letra de molde, ¡Y qué trabajo y qué sudores me costaron, no por la parte científica, sino por la parte literaria, ó al menos, por lo que yo pretendía que tuviese tal carácter! ¡Qué rebeldías de la gramática, qué misterios de la sintaxis, qué dificultades para cerrar cada período como Dios manda!, que sin duda mandará cerrarlos, como manda cerrar las puertas del cielo, es decir, de modo que no entre ningún réprobo.

Yo conocía las faltas que iba cometiendo, las cruces cacofonías, las vaguedades de sentido, la sintaxis incorrecta, el giro escandaloso tomado del francés, y procuraba corregir todo esto, pero me faltaban medios, práctica y conocimientos del idioma, como me sobraba la mucha lectura de obras francesas que constituía, si no toda, una buena parte de mi cultura literaria.

El idioma es un monstruo que se doma difícilmente, y aunque yo había leído muchas obras clásicas españolas, sus recuerdos sólo me servían, en cuanto crítico, para conocer mis faltas y para desesperarme por ellas; pero no para corregirlas como tienen dispuesto Cervantes y Quevedo.

Sea como fuere, ello es que escribí lo mejor que pude mis artículos, hechos y rehechos y corregidos y estropeados tres ó cuatro veces, y que los ví en letra de imprenta, ni más ni menos que si fuesen de una persona formal y merecedora de tan alto honor.

Ya era yo un ingeniero, un hombre de ciencia por ende, y además un publicista: ¿quién me tosía? Nadie, ni yo mismo, que por entonces no padecía catarros.

Llegó al fin el día en que dejé á Madrid por vez primera, aunque era la segunda, como aquella lo dejé sin conciencia, la primera fue para mí esta en que, abrazando á mis padres en la puerta de las diligencias peninsulares, me metí en la berlina y á la gracia de Dios, con mi título de ingeniero, mis veinte años, mucha tristeza en el corazón y muchas lágrimas en los ojos, que á

escondidas procuraba secar, empuñé el largo camino que media entre la villa y corte y la capital granadina.

¡Qué viaje tan largo y tan triste!

Era 6 el mes de diciembre del 53, 6 el mes de enero del 54, es decir, el corazón del invierno; había llovido mucho, los caminos eran barrizales, los baches se sucedían sin interrupción, la marcha era lenta; de mis compañeros de viaje no conservo ni el menor recuerdo; mi pensamiento constantemente volvía hacia atrás, á mi casa, á mis padres, á mi Escuela de Caminos, á mis alegrías de estudiante, á aquella vida que tan penosa me había parecido y que con tan hermosas galas la iban vistiéndome ya mis recuerdos.

Tan lenta era la marcha, que tres días y tres noches tardamos en llegar á Granada.

Noches eternas, sin sueño, aunque iba muriéndome de sueño; pero yo para dormir necesito estar tendido. Como encuentre donde tenderme y un resalto donde poner la cabeza, en cualquier parte duermo: sobre la piedra, sobre unos tabloncillos, lo mismo que sobre un colchón; pero en cambio ni en la más cómoda butaca puedo cerrar los ojos y no los cerré ni un sólo instante en aquellas tres noches de viaje.

No hice más que pensar y pensar y recordar siempre.

Y uno de los recuerdos en que más me fijaba, era en el de los dos últimos años de mi estancia en Murcia: diré por qué.

Mi profesor de matemáticas del Instituto murciano, que se llamaba D. Francisco Alix, estaba encargado por el Ayuntamiento de levantar el plano de la población, y habíame tomado por auxiliar.

Tenía yo el encargo de ir á despertarle todas las mañanas á las tres y media, para salir él, otro ayudante y yo, y tres ó cuatro peones, con nuestra pantómetra, nuestro grafómetro, cintas, agujas y jalones por las calles de la población, dirigiendo visuales, midiendo ángulos, tomando distancias y trasando polígonos que cuando los trasladábamos al papel, no había Dios que les hiciera cerrar como mandan las leyes de la topografía, ó por lo menos necesitaban de toda la habilidad del profesor para cumplir como buenos en aquella difícil empresa: cerrar periodos en un escrito y polígonos en un plano, son dos empresas formidables.

A las tres y media de la mañana me despertaba mi madre, que fue la que siempre me despertó y la que siempre me hizo dormir hasta que fui hombre y aun después de serlo.

De casa salía yo con mi criado, porque á tal hora, y dado que yo no tenía más que trece á catorce años, mi madre no quería, como es natural, que fuese solo, y aunque la compañía del guardián me humillaba, cedía por no disgustar á mi madre queridísima y porque no estuviese inquieta.

Llegábamos de noche todavía á la plaza en que D. Francisco vivía. Daba mi criado tres vigorosos aldabonazos á la puerta y á poco sonaba en los cóncavos de la casa la formidable voz de D. Francisco, que decía *allá voy*.

Bien sabía yo que entre la promesa de venir y el acto de bajar mediaban 20 ó 30 minutos, tiempo que tardaba en vestirse y arreglarse; pero aprovechaba la coyuntura para decir á mi criado, «ya le has oído que baja: puedes irte», y como él no deseaba otra cosa, se marchaba, dejándome solo.

¡Qué dicha la mía, verme solo, en noche cerrada y sin la humillante protección de nadie! Además, me estaba muriendo de sueño, y bien podía aprovechar aquellos 20 minutos ó aquella media hora para dormir.

Me tendía en efecto en la acera, tomaba por almohada el escaloncito de la puerta que era muy bajo, y envuelto en el abrigo dormía profundamente todo aquel tiempo.

Hoy creo que soy capaz de hacer lo mismo: el colchón, sea blando ó duro, poco me importa; es más, los colchones blandos me molestan.

Aquellos sueños sobre la acera de la plaza eran dulces y tranquilos como ningún otro sueño. Jamás en ellos asaltóme pesadilla alguna, la del perro, por ejemplo, que era la correspondiente á los años que voy reñiendo.

En cambio, qué pena tan grande y qué desesperación, cuando el ruido de las llaves interiores y el carraspear de D. Francisco me despertaban.

Pero era preciso: levantábame de un salto, se abría el portalón, «hola Pepito», me decía él, porque entonces me llamaban Pepito, nombre mucho más dulce que este seco y grave de D. José, con que ahora me llaman.

«Buenas noches, D. Francisco», le decía yo, y subíamos á preparar los chirimbolos topográficos y á esperar al otro ayudante y á los peones, que solían llegar más tarde.

ñana, y después á almorzar á mi casa, donde mi madre me tenía ya preparado algo de lo que á mí me gustaba. ¡Qué gustoso aquel almuerzo!

¡Con qué placer y con qué tristeza y con qué envidia recordaba yo aquellos sueños sobre la acera, embutido en el maldito cajón de la diligencia, que caminando sobre barro y azotado por la lluvia, avanzaba al paso de los cansinos machos hacia la tierra granadina!

«Mi cetro por un caballo» —dijo aquel rey: —si cetro hubiera tenido yo, hubiéralo dado de buena gana en cualquier negro minuto de aquellas tres negras noches, á cambio de la acera de mi niñez y del escalón de la portada, para dormir diez minutos siquiera como dormía siete años antes.

Pero imposible: mi berlina, mi diligencia, mis machos rendidos, mis baches rellenos de lodo, mi terca lluvia y mi horizonte oscuro y desconocido; aquello era lo único mío en aquel momento. La seca y dura pero firme acera, y el escalón de ángulo gastado, por la providencia sin duda, para que no me lastimase el cuello, aquellos regalos de la niñez habían pasado para siempre. Iba con decoro, en el principal asiento del vehículo, como todo un caballero y como un ingeniero formal, con gorra de uniforme, y en sus botones las armas del cuerpo; pero iba muerto de sueño y sin poder dormir: así son todas las vanidades de la vida; un escalón de granito vale á veces más que el aterciopelado escalón de un trono.

Mi niñez, mi insignificancia y las piedras de la plaza: aquello sí que era la felicidad perdida para siempre.

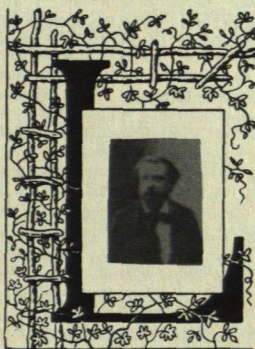
Aun hoy mismo llamo á mí aquellos recuerdos con indecible ternura, y si viviese en Murcia y existiesen la plaza y la casa, posible es que no resistiera á la tentación de dormir un rato en noche cerrada contra la cerrada puerta y sobre el escalón de arista redondeada, que más blando me parecía que almohada de pluma.

Lo malo es que no sé si el reuma me permitiría esta inocente calaverada; pero á bien que el clima de Murcia es benigno y aquellos recuerdos son dulces.

La figuranta

— CUENTO

(POR CATULO MENDÉS)



A escena ocurre en el despacho de un empresario de teatros que cultiva la especialidad de las comedias de magia, montadas con todo el aparato que el argumento requiere.

Apenas hubo entrado en la mencionada habitación Mad. Bertillot —irreproachable modelo de buenas esposas, que llevaba el sentimiento de sus deberes conyugales hasta el extremo de adorar locamente á su panzudo y ya madurito consorte— exclamó con voz suplicante:

—Caballero, de usted depende mi felicidad.

—¿De mí?—preguntó el empresario.

—Sí, señor, de usted. Mi marido tiene el defecto de hablar dormido. Pues bien; anoche—¡ah! ¿por qué tuve la maldita ocurrencia de ver la comedia de magia que ahora se representa en este teatro?—anoche, repito, dormí en medio de las agitaciones de un sueño criminal, pensando en esa Constanza Chaput que en el tercer cuadro desempeña el papel de Reina del Carnaval y que, vestida de máscara, no oculta por completo más que su rostro.

Anoche, el malvado no cesaba de repetir el nombre de la maldita figuranta. Pero debo advertir á usted, caballero, que Bertillot es hombre de buenas costumbres y que su austeridad ha sido hasta hoy verdaderamente ejemplar.

—No lo dudo, señora; pero no veo.....

—¿En qué puede usted servirme?

—Eso es.....

—Pues bien; déjeme usted representar esta noche el papel de Constanza Chaput.

—¿Lo dice usted de veras?

—Sí, señor. Y la cosa no puede ser más sencilla, porque la Reina del Carnaval, que no tiene que pronunciar ni una sola palabra, se limita á permanecer en pie sobre una mesa bebiendo Champagne, sin quitarse la careta en todo el cuadro.

—El caso es que no entiendo lo que usted se propone con eso.

—Oiga usted. Esta noche vendrá Bertillot solo al teatro á contemplar de nuevo á Constanza. Cuando se acueste y sueñe con ella yo le despertaré airada y le diré la verdad de todo para escarmentarle cual se merece.

—No está mal pensado,—dijo el empresario lanzando una carcajada,—y á fe mía.....

—¿Consiente usted?

—No tengo inconveniente en ello, señora, ya que usted lo desea.

Tal fue el cúmulo de circunstancias que dio por resultado la presentación de Mad. Bertillot en escena bebiendo Champagne sobre una mesa, ante más de 600 personas congregadas en el teatro.

Cuando cayó el telón, vistiéndose á toda prisa, tomó un carruaje y llegó al domicilio conyugal mucho antes que su marido.

¡Qué lección iba á darle! ¡Qué triunfo tan grande el suyo!

Llegó, por fin, M. Bertillot, y antes de que su esposa le dirigiese la palabra, cayó de rodillas ante su mujer.

—¿Qué te pasa?—preguntó asombrada la buena señora.

—¡Soy culpable, hija mía! Pero estoy arrepentido é imploro tu perdón. He sido víctima de un mal pensamiento á causa de una figuranta. Te juro, sin embargo, que estoy completamente curado.

—¿De veras?

—Sí. Yo mismo no me explico lo que me ha ocurrido. Fue una ilusión del momento. Anoche volví á verla, y ¡si supieras qué fea es!

Byron pintado por sí mismo

(DE MANFRED)

En mi juventud mi alma no marchó con el alma de los hombres, ni con ojos de hombre ví la tierra.

La sed de su ambición no fue mi sed.

El objeto de su vida no fue mi objeto.

Mis goces, mis penas, mis pasiones, mis facultades no eran humanas facultades.

Aunque llevaba sus formas, mi carne no se parecía á la carne de los hombres.

No pude nunca dominar y plegar mi naturaleza, debiendo ésta, sin embargo, servir á quien la lleva, acariciar, suplicar, espiar todos los momentos, insinuarse en todos los lugares, ser una mentira viviente si quiere imponerse á la multitud. Pero, ni aun para conducirlo, quise mezclarme en rebaño de lobos.

Mi goce estaba en la soledad, en donde podía respirar aire libre de la cima helada de las montañas; en donde los pájaros no vuelan, ni el ala de los insectos hace caer el polen fecundo de silvestres flores.

Allá me iba, á sumergirme en el torbellino espumoso de los torrentes; á seguir el viaje silencioso de la luna; á recibir en el rostro los resplandores efímeros de estrellas parpadeantes; ó ver, hasta que se me ofuscara la mirada, el rodar tardío de las hojas dispersas, cuando cantaba el otoño su canción de moribundo!.....



“Paro pinto”—(estudio de A. Pérez Mujica)

SECCION RECREATIVA

Fisionomía

SEMEJANZAS ENTRE EL HOMBRE Y LOS ANIMALES

(GRABADOS DEL SIGLO XVI)



SOLUCION

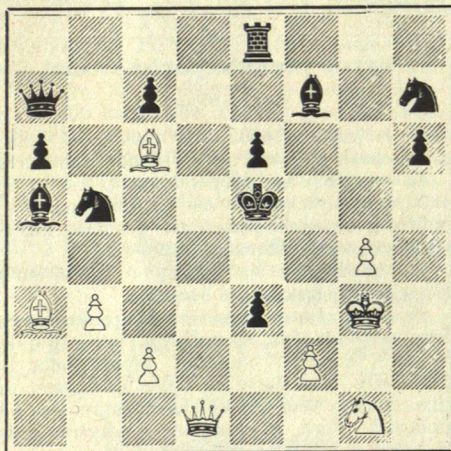
DEL PROBLEMA PUBLICADO EN EL NUMERO ANTERIOR

(PRINCIPAL)

BLANCOS		NEGROS	
1ª Torre a D 7.....	1ª	Caballo F 2 toma Peón	
2ª Reina toma Caballo E 1 +.....	2ª	Torre toma Reina (a A.)	
3ª Caballo a G 4 +.....	3ª	Rey a F 5	
4ª Torre a F 7 mate			
(A.)			
2ª idem	2ª	Caballo toma Reina	
3ª Peón a D 4 +.....	3ª	Rey a F 6	
4ª Torre a F 7			
(1ª variante)			
1ª Torre a D 7.....	1ª	Caballo E 1 toma Peón	
2ª Reina toma Torre.....	2ª	Artil toma Caballo	
3ª Reina toma Peón G 6.....	3ª	Torre a E 8-6 caballo toma	
4ª Torre a D 5 mate		Peón C 5	
(2ª variante)			
1ª Idem	1ª	Artil a Peón toman Peón C 5	
2ª Peón a C 4 +.....	2ª	Artil toma Peón	
3ª Peón toma Artil +.....	3ª	Rey a T 6	
4ª Torre a F 7 mate			
(3ª variante)			
1ª Idem	1ª	Caballo toma Peón F 3	
2ª Peón a C 4 +.....	2ª	Caballo toma Peón C 4 +	
3ª Peón toma Artil +.....	3ª	Rey a F 6	
4ª Torre a F 7 mate			

El negro en su primera jugada hace lo siguiente: Artil toma caballo, torre toma caballo, o torre a H 7, hará una defensa débil, pues permitirá el mate en 3 jugadas.

NEGRO



BLANCO

El blanco juega y da mate en 4 jugadas.

(Por Luis Herrera Irigoyen.)

Nuevo aparato de pesca

M. Layman, un inventor americano serio, ha construido un bote neumático destinado a prestar grandes servicios en la cacería de agua. Esta embarcación es de caucho; se la puede plegar y meter en un estuche. Una vez desplegada y llena de aire, toma la forma de un arnés, con un timón fijo hacia atrás. Por la parte inferior termina en dos enormes botas en que el cazador introduce los pies, que pueden servirle de remos. De este modo marcha a 6 5 kilómetros por hora; los movimientos los aceleran dos aparatos semejantes a patas palmadas de ánsares, adaptados a las botas. Como el movimiento se hace con ayuda de los pies, las manos permanecen libres.

El sportman se cubre con una tienda de tela gris y de este modo puede aproximarse a la caza sin ser visto. Por el patrón del nuevo invento se han construido ya embarcaciones para varias personas: los ensayos han dado excelentes resultados; parece que aun el balanceo que se experimenta los días de grande agitación en las olas produce una agradabilísima sensación..... para los americanos, se entiende.

Agudeza infantil

Formando montoncitos de arena en la playa, dos niñas hablan de sus proyectos para el porvenir.

—¿Qué harás tú cuando seas grande?

—Yo me casaré. Y tú?

—Yo me meteré a suera para fastidiar a los niños.



Gesto despreciativo

Se encuentra en los hombres pretenciosos, arrogantes, que tienen costumbre de medir las opiniones y condiciones de los otros por las suyas; hombres de propia imaginaria excelencia, difícil de complacer: caras de indiferencia soberana, de cejas arqueadas, frente surcada por arrugas horizontales, párpados caídos: languidez de "comedores de limón."



Gesto escudriñador

Se le encuentra (en estado permanente) entre los catadores, entre hombres cuyos pensamientos y aspiraciones se dirigen a los placeres de la mesa. También se presenta esta forma de boca en los hombres que tienen una alta idea de su propio valer y que, por tanto, se creen llamados a juzgar del mérito ajeno y a apreciar las opiniones y condiciones de los otros.

Médicos chinos

Un periódico de medicina portugués, que se publica en la India, refiere la anécdota siguiente:

El emperador de la China se sintió indispuerto e hizo llamar a cuatro de los principales médicos de la Academia de Pekín y les consultó por separado. Obtuvo cuatro tratamientos diferentes. El emperador condenó a sus consejeros a la privación de una parte de sus honorarios anuales como médicos de la corte. De donde resulta que en China no le es permitido a un médico diferir de la opinión de sus colegas.

No es preciso ser chino, agrega el periódico de donde traducimos, para creer que cuatro médicos puedan estar de acuerdo acerca de un mismo punto.

Perro y gato

Se ha observado que en algunas ocasiones una afeción real liga a estos dos animales proverbialmente hostiles.

L'Eleveur cita un caso que merece anotarse.

Un perro y un gato, pertenecientes a un mismo propietario, llegaron a ser los mejores amigos del mundo y pasaban la vida correteando y jugando juntos. Una mañana, en medio de los juegos, el gato murió súbitamente entre las patas del perro. Este, al principio, parecía no creer en tan trágico acontecimiento: levantaba el cadáver, lo empujaba, lo acariciaba, continuando el juego, pero con evidentes muestras de asombro por la inercia de su camarada. Al cabo de algún tiempo, el perro comprendió y su dolor se manifestó con prolongados gemidos. De repente, tuvo como la idea de sepultar el cadáver; lo arrastró hacia el jardín, ayudándose con las patas y el hocico; cavó un hoyo, depositó en él los despojos de su amigo y cerró la pequeña sepultura. Luego, se acostó sobre ella, ladrando a la muerte.

La idea de sepultura es extraordinaria; pero ocurre preguntar cómo la tuvo. Fue simple imitación? Fue temor de que se le imputara la muerte? Entonces, no era razonable que llamase la atención ladrando. Sería difícil, en todo caso, explicar el motivo de la conducta del perro.



EL MONO



EL BUEY



EL ASNO



EL PUERCO



EL LEON



EL AGUILA



EL GALLO



CAZA DEL TIGRE EN LA INDIA

Un deudor guasón

Una casa mercantil de Berlín recibió la siguiente carta:

"Señores B. y Comp.

Berlín.

Tengo el honor de remitir á ustedes adjunto un cheque por valor de dos mil veinte marcos pagaderos en el Banco Alemán. Suma adeudada, según facturas de ustedes de 3, 6 y 17 de mayo, para s. s.

N. N.

Postdata.—Era eso lo que yo les hubiese dicho á ustedes, si me encontrara en condiciones de poder pagar. Desgraciadamente, véome obligado á suspender mis pagos, ofreciéndoles un dividendo de treinta por ciento."

Las fiestas de Chattanooga

Acaban de verificarse pomposas fiestas en Chattanooga (Tennessee), con motivo de la inauguración del parque nacional construido en los campos de batalla de Chickamanga y Chattanooga, conmemorativo de la guerra de secesión. Los veteranos de la Grande-Armada y los regimientos de milicia comenzaron la inauguración por la de los monumentos y piedras sepulcrales levantados á la memoria de los soldados de Ohio, Indiana y Minnesota. En la noche se celebró una reunión de más de diez mil personas, bajo una inmensa tienda de campaña.

La inauguración del parque tuvo efecto delante de cincuenta mil personas, venidas de los distintos lugares del norte y del sur. El paseo se extiende desde Sherman Heights, en Tennessee, hasta Glass Mills, en Georgia: veintidós millas. Se han construido, además, sentados de ferrocarril y cinco observatorios que dominan todos los campos de batalla. Un ancho boulevard atraviesa todo el parque; seiscientas placas con inscripciones señalan los puntos que ocuparon los cuerpos de ejército y tres cañones sobre sus cureñas indican los puestos de las baterías.

Las fiestas comenzaron por maniobras ejecutadas por las fuerzas federales; salvas de artillería y el himno americano. Presidía el Vice-Presidente de la República, M. Stevenson, acompañado del obispo Gaylor y de los generales y oficiales que combatieron en ambos ejércitos durante la guerra sudista. Al desfilar, abrió marcha un pelotón de la policía, tres batallones de infantería, una batería y los artilleros del ejército federal, el gobernador Mac Kinley y su estado mayor, la guardia nacional de Ohio, dos compañías en bicicleta, las guardias civiles de Georgia, la guardia nacional de Tennessee, una compañía de veteranos del Sud y numerosos grupos de supervivientes de la última guerra.

El gallo.... francés

A propósito de los aniversarios de 1870, se refiere una anécdota que revela los testimonios de afección á la Francia que dan los habitantes de las provincias neo-germanas.

Un labriego de Detwiller, cerca de Saverne, tenía un magnífico gallo blanco, de empuñada y amplia cresta roja. El buen hombre, á manera de protesta, tuvo la idea de tefir en azul la cola del animal.

Las autoridades alemanas furiosas, le ordenaron matar el gallo en el término de veinte y cuatro horas. El labriego contestó que si su animal había introducido la cola en pintura no vefía en ello, personalmente, ningún delito que mereciese pena capital.

Las autoridades enviaron un gendarme con orden de matar al volátil sedicioso. El prusiano se puso á la caza y después de algunas peripecias cómicas atrapó al animal y con el sable le cortó la cabeza. Cuando se retiraba, enjugándose la frente y orgulloso de su victoria, el labriego recogió el gallo cuya sangre purpuraba el plumaje blanco y azul y blandiéndolo por las patas gritó: "Muerto por la patria!"

Los trajes de la Patti

El esposo de la célebre Adelina Patti, el signor Nicolini, hace saber al mundo entero, por medio del "Chicago Indicator," el precio de los trajes de su mujer. El que vistió la diva la última vez que cantó *La Traviata* en el teatro de Chicago costó £ 200.000, sean cinco millones de boltares. Este traje estaba adornado con 3.700 piedras preciosas cuyo mínimo de peso es de seis quilates. El signor Nicolini es sin duda un hombre afortunado; la *belle Otero* misma no se permite tan suntuosas toilettes.

El periódico del porvenir

El *Téléfono Hirmondo* de Budapest es único en el mundo: es un diario "hablado" que trasmite telefónicamente á sus abonados las noticias políticas, comerciales, literarias y artísticas. Sorprende á sus lectores al saltar del lecho, desde las ocho de la mañana hasta la media noche, y vierte en ellos un torrente no interrumpido de informaciones. Las primeras son noticias extranjeras; luego, de nueve á diez, sucesos de Viena y revista de la prensa local; de las diez hasta el mediodía, movimiento de la Bolsa y del mercado de granos; el mediodía está consagrado al Reichstag y la prima-noche á la crítica dramática y musical, interrumpida por audiciones parciales de los teatros y conciertos, para la inteligencia del folletín. Como se ve, no es una canongía estar abonado á semejante periódico; las gentes de conciencia que tienen el hábito de leerse desde el título hasta el pie de imprenta, podrán acostarse seguras de no haber perdido el día. Para uso de los espíritus superficiales, el *Hirmondo* da, en el mediodía y en la noche, dos resúmenes de los hechos más importantes. Este diario funciona, á lo que parece, hace dos años: el abono cuesta dos centavos y el éxito de la empresa ha sido tal que ha doblado el capital social.

Por supuesto, que si durante una audición le ocurre á un anarquista hacer alguna de las suyas, la noticia no podrá ser más patética para los suscriptores.

Para turistas

De un diario parisién.

Ciudades de aguas apropiadas á tal ó cual categoría de bañistas:

Para los banqueros, *Mont-Doré*.

Para los metalurgistas, *Forges*.

Para los negociantes de combustibles, *Cauterets*.

Para los fanáticos del baile, *Vals*.

Para los peregrinos, *Amélie-les-Bains*.

Para los boxeadores, *Luxenil*.

Trublot y sus congéneres, *Eaux-Bonnes*.

Los realistas, *Royal*.

Los religiosos, *Saint-Sauveur*.

Los incrédulos, *Vichy*, reputados como inmejorables para enfermedades de fe.

Pensamientos

El hombre amado de una mujer, por poco que lo haya sido ó lo sea, está obligado eternamente para con ella, siempre que aquel amor no haya tenido ó tenga por base el interés ó el cálculo.

*

El perdón es la consecuencia inevitable del amor: el que no ha tenido que perdonar nada á la que ama, es porque en verdad no la ha amado jamás.

*

Los hombres y las mujeres van al teatro para oír hablar del amor y para tomar parte en las penas y los goces que proporciona; todos los otros intereses humanos quedan fuera de cuenta: allí nada hay por encima del amor, nada igual á él siquiera; reina como soberano, es el dios del templo de que es sacerdotisa la mujer, y el hombre víctima ó elegido.

*

Encuentro que el hombre que da un hijo al mundo sin asegurarle los medios materiales, sociales y morales de vivir, es un malhechor digno de ser inscrito en la lista de los ladrones y los asesinos.

*

El día en que la sociedad declare que la honra de una mujer y la vida de un niño son valores tan reales como una docena de cubiertos ó una barra de oro, los hombres los contemplarán á través de las vidrieras sin osar tomarlos y se les ocurrirá adquirirlos, no robarlos: se casarán en vez de deshonrar, harán aliados en lugar de víctimas.

ALEJANDRO DUMAS, HIJO.

Si es vergonzoso aprobar el vicio, á veces es bello excusarlo.

PAULINA D.

La confianza impone, como el amor, la gran ley de: todo ó nada; es, ó no es.

PAUL BOURGET.

El mal que los moralistas dicen de las mujeres es la prueba del imperio que estas ejercen sobre ellos: son murmuraciones de esclavos rebeldes.

**

Demasiado, ó demasiado poco: dos extremos entre los cuales oscilan incesantemente el pensamiento y la acción humanos.

G.-M. VALTOUR.

Aún justificada, la dicha es un privilegio.

EDMOND THIAUDIERE.

Las mujeres se conducen sinceramente de las penas que otras nos hacen sufrir, pero gozan con las que ellas mismas nos ocasionan.

LECONTE DE LISLE.

Después de los pícaros, los que más temen á la justicia en Francia son los hombres honrados.

A. TOURNIER.

En este tiempo de furiosas falsificaciones si acaso hay comerciantes honrados, es casi imposible decir otro tanto de las mercancías.

H. RABUSSON.

MISCELANEA

Canaiigre en vez de algodón

El "Mexican Financier" trae una interesante descripción del canaigre, que alcanza gran importancia en Texas, Arizona y Nuevo México. En el valle de Pecos y Texas, los agricultores van abandonando el algodón por el canaigre con verdadero provecho. La planta crecerá en casi todos los lugares de la región del algodón y dará una cosecha remuneradora más allá del Este de Texas. Con el cultivo se aumenta el producto en 30 toneladas de raíz verde que se reducen á 8 después de seca. La raíz produce de 23 á 33 por ciento de ácido tánico, cuando la corteza del roble rinde sólo de 8 á 10 por ciento. El precio de la raíz del canaigre se regula en 25 á 30 pesos la tonelada y la demanda excede con mucho la oferta. El producto por acre se dice poder evaluarse de 175 á 225 pesos, siendo los gastos de siembra y cultivo casi los mismos que para el moniato. El ácido tánico del canaigre se dice ser de valor excepcional para los curtidos superiores, talabartería fina y cueros de fantasía. Se usa también en tintorería. Merece la atención de los agricultores, que pueden obtener del Departamento de Agricultura de Washington útiles informes sobre tal cultivo.

Las ciencias

CIENCIAS MÉDICAS

Enfermedades del cerebelo: Juan que llora y Juan que rie.—El corsé criticado y modificado por una doctora.—Cuestiones del día: alcoholismo, seroterapia, el éter como anestésico.



(JUAN QUE LLORA)



(JUAN QUE RIE)

¿Os acordáis de Jacobo, el padre de Petit Chose, aquel niño cuya conmovedora historia escribió Alfonso Daudet?—Jacobo era tímido, lloraba por todo, y bien que inteligente y reflexivo, era incapaz de explicar la causa de su llanto. Jacobo, como el legendario "Juan que llora", debió haber sido observado del natural; uno y otro estaban, sin duda, atacados de alguna enfermedad del cerebelo. Juan que rie, la antítesis del que llora, es también un tipo patológico que se encuentra entre los individuos que padecen de afecciones cerebrales.

Dos niños (figs. 1 y 2), sometidos actualmente a tratamiento en el hospital de los "Niños Enfermos", han dado materia para una interesante clínica del profesor Graucher. Los dos enfermos presentan diferentes síntomas mórbidos y ni uno ni otro están desprovistos de inteligencia, lo que prueba que conservan sano el cerebro. Presentan "perturbaciones de la sensibilidad afectiva en dos polos opuestos." El profesor Graucher, ayudado por M. Caumont, ha reducido la cuestión a un estudio delicado y profundo del cerebelo, y espera poder explicar pronto por qué uno de los niños llora mientras el otro rie.

El corsé, desafiando los innumerables asaltos del cuerpo médico, permanece invencible en su puño de combate, armado siempre para la lucha, heroica y nefasta, contra el desarrollo normal del talle.

El corsé ya es una institución (no se puede llamar "moda") la que goza de tal longevidad, es una institución peligrosa, al menos por el abuso que de su aplicación se hace. En la *Revue d'Hygiène*, Mme. Gaches-Sarraute, que por ser médico y mujer tiene doble motivo de competencia en cuestión corsé, indica algunas modificaciones que envuelven la supresión de la interesante "armadura", aunque confiesa que es indispensable para atar los cordones que sostienen las faldas interiores: "hace diez años, dice, que llevo uno y no he podido sustraerme de ningún modo a su tiranía"; y cree que puede atenuarse así: arriba debe ser corto, para que no ejerza presión sobre el estómago; el borde superior flojo, para que deje libre el funcionamiento del torax; atrás debe adaptarse a la curvatura del talle, para facilitar sus movimientos; adelante no debe llevar la forma reentrante que en cierto modo comprime la cavidad abdominal y desaloja las vísceras, y debe, por último, descender hasta abajo, hasta la cintura huesosa de la vagina y aplicado íntimamente a la pared abdominal, á fin de que sostenga las vísceras, tanto en estado de reposo como en los ejercicios más violentos. Pide, además, Mme. Sarraute que el corsé lleve el menor número de ballenas posible, de manera que sea más faja que coraza.

La seroterapia, la lucha contra el alcoholismo y la sustitución del éter al cloroformo, son tres cuestiones que ocupan la atención actual del mundo sabio. En Alemania, la sociedad de Medicina interna ha ordenado un informe estadístico relativo á los resultados del método seroterápico: de 10.200 casos de difteria, ocurridos desde el 1º de octubre de 1894 hasta el 1º

de abril de 1895,—5.790 fueron tratados por el suero, muriendo 552; esto es, una mortalidad de 9,5 p 100; mientras que la proporción fue de 14 p 100 en los otros tratamientos.

Importa, sin embargo, emplear el suero con prudencia. M. M. Moizard y Bouchard han señalado en la Academia de Medicina un caso de muerte por convulsiones sobrevenidas después de una inyección. Felizmente, estos casos son muy raros y desaparecerán, sin duda, cuando la práctica haya perfeccionado el método y se conozca en qué oportunidad y en qué dosis debe administrarse el suero según el caso.

El Dr. Laborde sostiene, apoyado en experimentos *in anima vili*, que el alcohol de vino es mucho menos tóxico que el de granos, del que se hace un enorme consumo: atribuye los efectos nocivos de este alcohol al *furfural* y afirma que, si se le objeta que los mejores cognacs tienen *furfural*, es porque se fabrican con alcohol de granos.

Los cirujanos discuten con empeño el valor relativo del éter y del cloroformo como anestésicos. Uno de los debatientes resume la discusión y afirma que el éter es mejor para comenzar la anestesia y el cloroformo para terminarla.

PH. POIRRIER.

Geología

PROPAGACIÓN DE LOS TEMBLORES DE TIERRA

Cuando se produce un temblor, la sacudida no se extingue en el punto de producción, sino que se propaga á distancias considerables, de trecho en trecho. Por ejemplo; el 14 de abril el aparato seismológico de Grenoble registró un movimiento Norte-Sur, exactamente á las 10 h. 29 m. 20 s. de la tarde. El mismo día hubo un temblor en el Austria Meridional, en Laybach, á las 10 h. 28 m. (tiempo de París.) La conmoción producida, pues, en Laybach empleó dos minutos para atravesar la distancia de allí á Grenoble. La velocidad de propagación fue de 3.000 m. por segundo, variable, por supuesto, según la naturaleza del terreno.

M. Agamennone ha calculado la velocidad de propagación de los principales temblores sentidos en Zante, en 1893. Para la conmoción del 31 de enero la velocidad encontrada es de 4.000 m. por segundo; para la del 1º de febrero, de 3.280 m.; para la del 20 de marzo, 2.330 m. Para estos tres choques, el punto más lejano en donde se comprobó el paso de la onda fue Strasburgo. Resulta de la diferencia de horas, que la velocidad de propagación fue de 2.340 m.

Se puede decir en general que, en el continente europeo, la velocidad de propagación oscila entre 2.500 m. y 3.500 m. por segundo. Admitiendo una media de 3.000 m. se tiene que, en definitiva, la onda recorre 180 kilómetros por minuto.

HENRI DE PARVILLE.

Circulación de moneda

El Director de la Casa de Moneda de los Estados Unidos ha calculado la circulación total en los diferentes países, así:

19.829.500.000 francos oro
20.278.500.000 " plata
12.854.500.000 " papel

Cinco países encabezan la lista de la circulación, por orden de importancia: Estados Unidos, Gran Bretaña, Rusia, Alemania y Francia.

Estados Unidos.—Oro: 3.133.000.—Plata: 3.126.500.—Papel: 2.378.500.

Francia.—Oro: 4.125.000.—Plata: 2.461.000.—Papel: 444.500.

Alemania.—Oro: 3.125.000.—Plata: 1.075.000.—Papel: 440.000.

Gran Bretaña.—Oro: 2.275.000.—Plata: 560.000.—Papel: 567.000.

Rusia.—Oro: 2.275.000.—Plata: 560.000.—Papel: 2.650.000.

Japón.—Oro: 400.000.—Plata: 441.500.

Por esto se ve que los Estados Unidos, Francia y el Japón tienen el patrón doble, oro y plata; Alemania é Inglaterra, patrón de oro; Rusia, patrón de plata.

El año 1900

Mucho se ha discutido sobre si el año 1900 será el último de este siglo, ó el primero del siglo que viene. Camilo Flammarion ha demostrado que el primer día del siglo XX será el 1º de enero de 1901.

Pero el año 1900 no se contentará con ser fin de siglo y tendrá una particularidad.

Según la regla general, como todos los años cuya cifra es divisible por 4, el 1900 debiera ser bisesto. No lo será, sin embargo.

Hay que tener en cuenta todas las razones de la corrección gregoriana porque se rige nuestro almanaque.

Como el año solar se compone de 365 días, más una fracción cada cuatro años—para poner al corriente nuestras cuentas con el tiempo—se suman esas cuatro fracciones, que forman próximamente un día, y se añade este día al mes de febrero, formándose así los años bisestos.

Todos los años que terminan en ciento—y que terminan un siglo—siendo 100 divisible por 4, debieran, pues, ser bisestos.

Pero como á esa fracción anual le faltan unos minutos, unos segundos y algunas fracciones de segundo para ser exactamente la cuarta parte de un día, cada cien años rectificase el error cometido por exeso en los veinticinco años bisestos del siglo, y el año cuya cifra termina por dos ceros no es bisesto, y febrero se queda en los 28 días en el final de cada centuria.

Por eso 1900 será un año no bisesto.

La cuenta del tiempo no resulta tampoco exacta de este modo para los astrónomos, y cada cuatro siglos hay que hacer bisesto el año divisible por 400. De modo que, si no lo será el 1900, lo será seguramente el año 2000.

Tampoco así se consigue la exactitud absoluta; y cuando hayamos llegado (que tal vez no llegaremos) al año 10.000 de nuestra era, habrá que hacer otra rectificación, porque entonces los pequeñísimos errores acumulados darán casi el valor de un día de veinticuatro horas.

De aquí á entonces, ¡Dios sólo sabe si habrá almanaque gregoriano!... ni siquiera si la Tierra será un punto en el espacio!

Sarcófago merovingio

En la calle des Barres, en París, se ha descubierto un sarcófago de piedra, de la época merovingia. Está formado por losas de 15 centímetros de espesor; en el interior, en medio de un polvo rojo sombrío casi negro, de que estaba lleno, se encontró el esqueleto entero de un individuo de alta estatura, llevando aún en el cráneo una trenza de cabellos negros, de 50 centímetros de longitud. Esta trenza, como otros objetos hallados en el sarcófago, se han destinado al museo antropológico Carnavalet.

Se han descubierto también otros sarcófagos de yeso, pero no presentan tanto interés como los de piedra, que se suponen fueran los de personajes importantes.

Perjuicios del café

Un famoso doctor francés, M. Gilles de la Tourette, ha presentado á la Academia de Medicina una Memoria, de la cual se deduce que no solamente el alcohol merece los anatemas lanzados poco ha por aquel ilustre Cuerpo, sino que también se hacen acreedores á ellos el café y el té.

Cuando se toman estos tres productos á dosis moderadas causan efectos estimulantes, y los médicos prescriben su uso; pero al mismo tiempo determinan en el organismo de los que abusan graves trastornos funcionales.

De igual manera que el alcoholismo, la afección que podría llamarse *caféismo* ataca los aparatos digestivo y circulatorio, y con especialidad el sistema nervioso; provoca dispepsias con dolores de estómago y pituitas matinales; los enfermos no comen, hacen asco á los alimentos y caen en estado de suma debilidad, observándose, por último, una disminución del pulso muy marcada, que puede descender hasta 60 y 50 pulsaciones.

La alteración nerviosa se manifiesta por temblores característicos de los miembros, que llegan á invadir la cara; calambres dolorosos en las pantorrillas y los muslos; insomnio, causado por pesadillas horribles, á veces; perversion de la sensibilidad y anestesia simétrica.

Hé aquí la risueña perspectiva que M. de la Tourette presenta á los aficionados que usan y abusan del café, aun cuando sea el más puro Moka.

El catolicismo en Africa

En la Africa Occidental, las Misiones están divididas en esta forma: Misiones del Senegal, con 12.000 católicos, 20 iglesias é igual número de escuelas; la Misión de Sierra Leona, con 2.000 católicos, 4 iglesias y 6 escuelas; la Misión de la Costa de los Eslavos, en Dahomey, con 3.300 católicos, 5 capillas y 7 escuelas, que aumentarán con las victorias francesas; la Misión de Benín, que comprende 9 iglesias y 21 escuelas de ambos sexos; la Misión del Níger Superior; la de Gabón, con 5.000 católicos, y la del Congo; en total, 14 Misiones, 6 vicariatos y 38.000 fieles.

En la Africa Oriental hay 5 Misiones, 40 iglesias, 37 escuelas y 23.000 fieles.

En el centro del Africa, el vicariato del Sudán cuenta 250 católicos; el de los grandes lagos 4.850 con 10 iglesias, 16 escuelas, seis Misiones y 54 misioneros. De las islas del Africa: en las Azores hay 270.000 católicos; en Madera, 132.000; en Canarias, 300.000; en Cabo Verde, 107.000; en Guinea, 21.000; en Fernando Poo, 4.000; en la Isla de la Reunión, 169.000, y 110.000 en la isla Mauricio.

En Australia, región sobre la que se ha fijado particularmente la atención del Padre Santo con motivo de la llegada á Roma de su Arzobispo primado; existen 850.400 católicos, y su jerarquía eclesiástica comprende 5 arzobispos, 21 obispos, 1.715 sacerdotes y 1.709 iglesias. En Polinesia se cuentan hoy 11 prelados, 163 misioneros, 414 iglesias, 7 capillas, 243 escuelas y 90.400 católicos. Tal es, á grandes líneas, la obra de las misiones católicas, que representan en el mundo la civilización y la humanidad, y van extendiendo por todas partes las sublimes enseñanzas del cristianismo.

Reina "misotética"

La reina Victoria acaba de declararle guerra sin cuartel á la electricidad. Ha prohibido instalar luz eléctrica en sus habitaciones particulares. No aprueba el empleo de la electricidad como fuerza motriz. Según ella, es preferible buscar á la actividad humana un campo más extenso, á fin de no reemplazar el brazo del obrero por máquinas. En absoluto rehúsa comer nada preparado en cocinas eléctricas.

Catástrofe en el Canadá

En Sainte-Luce (Quebec) ha habido un fuerte hundimiento del terreno á orillas del río Champ'ain. La tierra al deslizarse arrastró una casa ocupada por M. Ceferino Normandin y su familia: cinco personas, cuyos cadáveres se encontraron, fueron sepultadas bajo las ruinas. Apenas se salvaron tres niños que al oír el ruido se arrojaron por las ventanas; pero uno de ellos ha quedado loco. El lecho del Champlain ha quedado completamente cubierto por la tierra del hundimiento.

Clemencia de Presidente

M. Cleveland acaba de hacer uso de su derecho de gracia, en favor de un tal Maddox, á quien sus numerosos crímenes le valieron el sobrenombre de "Terror del Oklahoma." Detenido por causa de un asesinato, fue condenado á muerte; apeló y le fue conmutada la pena. Poco después se fugó de la prisión y cometió otro homicidio. La Corte Suprema federal de Washington volvió á condenarlo á muerte, sin apelación; pero la madre de Maddox, que creía siempre en la inocencia de su hijo, intentó el último recurso. Fue á Gray Gables en el mes de agosto y obtuvo una audiencia del Presidente. Durante dos horas M. Cleveland oyó tranquilamente las lamentaciones de la pobre mujer y sin prometerle nada, consintió en examinar los documentos que ella le llevaba. Después que la mujer salió, el Presidente pidió al tribunal que había condenado á Maddox el expediente respectivo; lo estudió cuidadosamente y de este estudio resultó una carta dirigida á la madre atribulada, en estos términos:—"Querida señora: aunque no he concluido de examinar los documentos, puedo asegurar á una madre amorosa que su hijo no será ejecutado el 11 de octubre próximo."

TODAS BACHILLERAS

(POR MICHEL THIVARS)

Interior burgués.—Mobiliario rico y elegante, pero mal conservado.

EL DUEÑO, *revolviendo con impaciencia en las gavetas de su cómoda*.—Demonio! ni un botón en la camisa! Así sucede cuando uno está de prisa!..... (Llamando) Ana! Ana!..... ¿En dónde estará la criada?..... En fin, buscaré á mi mujer.

**

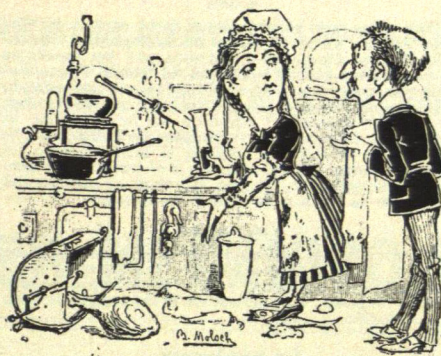
La señora está en su biblioteca. Rodeada de manuscritos, trabaja en una gran memoria para la Academia: De las diferentes formas de las ligas en tiempos de Semíramis.

EL DUEÑO, *cariñosamente, con la camisa en la mano*.—Dí, querida, podrías pegarme un botón?

LA SEÑORA.—Dices?

EL DUEÑO.—Te pregunto si.....

LA SEÑORA, *con gravedad*.—Caballero, soy doctor en letras.....



LA COCINERA.—Eso no hace daño. Lo que me contraría es que quizá he puesto las carotas en el alambique. Otro experimento perdido!

EL DUEÑO, *dando muestras de impaciencia*.—Por mi honor! Todas las mujeres de esta casa se han vuelto locas!

**

En la crianza.—Los bebés voccean y se tiran recíprocamente de los cabellos. En medio del alboroto, la nodriza, con la mirada al cielo, compone una elegía.

LA NODRIZA, *declamando*:

O noche! noche de azul! esplendores firmamentales!
O luna! errantes astros! cielos estrellados!.....

Hace falta una rima en tales.

EL DUEÑO.—Y tú, mimí, sabes coser un botón?

LA NODRIZA.—Botón!..... Pero eso no rima con tales. (Repite.)

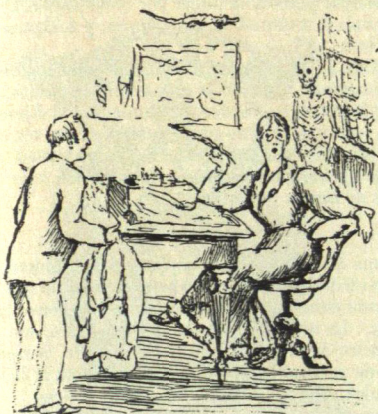
O luna! errantes astros!.....

EL DUEÑO, *levantando los brazos al cielo*.—Hasta la nodriza!..... Maldición!

**

Sale furioso y corre donde el director de una agencia de publicidad.

EL DUEÑO, *en cólera*.—Esto no puede durar así! Señor, hacedme publicar en todos los periódicos el aviso siguiente: "Se solicita, para una casa burguesa, una criada que no sepa leer ni escribir. 500 francos mensuales y propinas."



EL DUEÑO.—Ah!.....

LA SEÑORA.—..... antiguo alumno de la Escuela de Chartres, laureado del Instituto, miembro de varias sociedades sabias, autor de.....

EL DUEÑO.—Sí, ya lo sé..... ya lo sé.

LA SEÑORA.—Y quieres..... (con tono despreciativo) tiene gracia, querido!

EL DUEÑO, *tímidamente*.—Entonces, dime en dónde está la criada.

LA SEÑORA.—En la Sorbona.

EL DUEÑO.—¿En la Sorbona?

LA SEÑORA.—Sin duda. Hoy sostiene su tesis de licencia.

EL DUEÑO, *azorado*.—Entonces, mi camisa?

LA SEÑORA, *incomodada*.—Es ya bastante!

EL DUEÑO, *con resignación*.—Después de todo, la cocinera debe saber coser un botón.

(Sale.)

**

En la cocina.—Los hornos están encendidos. De un lado, una cacerola que exhala un olor pestilente; del otro, retortas y alambiques.

LA COCINERA, *examinando el contenido de una probeta*.—100 HO, esa es la fórmula!.... Acido nitrocianídrico, protóxido de hidrógeno.....

EL DUEÑO, *entrando*.—Carolina, puedes coserme un botón?

LA COCINERA, *agitando la probeta*.—Ved, señor, cómo se combina eso..... No falta sino el reactivo..... En donde está?

EL DUEÑO, *presentándole la camisa*.—Toma!

LA COCINERA.—Nó..... mi sulfidato de amoniaco..... Ah! ya recuerdo..... Debo haberlo echado en el asado.....

EL DUEÑO, *asustado*.—Hein!..... Vas á envenenarnos!



EL DIRECTOR.—Ni leer, ni escribir?..... Diab! Es el mirlo blanco lo que buscáis.....

EL DUEÑO, *insistiendo*.—Pero, en fin, si.....

EL DIRECTOR.—Nada. Si yo encontrara una me casaría con ella!

SUELTOS EDITORIALES

Concierto de la Caridad.—La crónica de la última quincena registra una nota simpática que no debe pasar inadvertida para los que se interesan por nuestra cultura social al servicio de nobles y levantados propósitos. Hacemos referencia á la solemnidad artística iniciada y dirigida por la estimada señora *María B. de las Casas*, que se efectuó el sábado 5 de los corrientes en el Teatro Caracas, con el plausible motivo de aplicar sus productos á los infelices elefanciacos de esta capital.

Cómo acogió Caracas tan filantrópico pensamiento, lo expresa elocuentemente la espontaneidad con que llenó las localidades de su coliseo favorito, convertido en aquella noche en un vergel de fragantes y vistosas flores y donde el vivo centelleo de la hermosura y de la gracia levantaba el ánimo á risueñas contemplaciones.

La música y la poesía, esas deidades mágicas del espíritu, se dieron cita para deleitar con sus exquisitas manifestaciones el numeroso auditorio que, conmovido y satisfecho, pagó con el tributo de su entusiasmo tanta grata fruición y tanto hechizo inolvidable. Con decir que el arte sublime de Beethoven tuvo por dignos intérpretes, en el canto y en el piano, los nombres celebrados de la señora *Josefina de Power* y de las señoritas *Lola de las Casas*, *Isabel Ofelia Silva*, *Mercedes García Llamozas*, *María Luisa Montero*, *Enriqueta Conde* y otras aventajadas damas, queda de manifiesto la excelencia artística del programa. Justo es consignar el éxito alcanzado por los señores *Buzzi*, *Matá*, *Sosa* y la flauta inimitable de *Guadaluja*, coronada siempre de espontáneas y mercedas ovaciones.

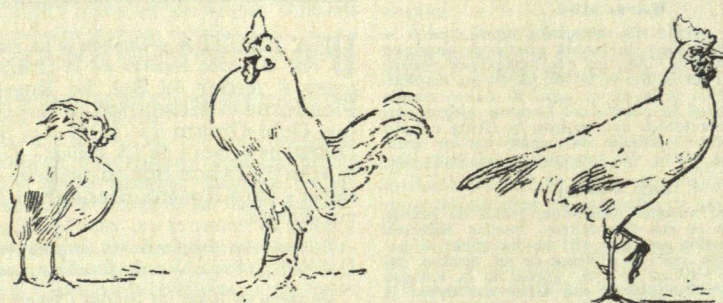
Esta fiesta ha sido una ratificación espléndida de las aptitudes desplegadas por la señora *María de las Casas* como Directora de la Escuela Nacional de Canto, puesto que tan dignamente ejerce para brillo del arte como lo comprueban las dotes exhibidas por las señoritas ejecutantes, las cuales en su mayor parte pertenecen á aquel acreditado plantel.

Queda, pues, inscrito el *Concierto* á beneficio de los lázaros al lado de las más bellas páginas de la filantropía caraqueña.

Don José Antonio Calcaño.—En sección correspondiente publicamos un soneto de nuestro distinguido poeta y respetable amigo don José Antonio Calcaño y la traducción al francés que hizo el Barón de Roussado. Del mismo poeta Calcaño publicamos hoy una bella composición, *Gota de rocío*, dedicada á la señorita *Luisa Herrera*, en sus nupcias.

El Pregonero.—El 2 de este mes cumplió el segundo aniversario de su fundación este colega noticioso de la capital. Felicitamos á sus Directores, desáduelos prosperidad.

J. M. Núñez Ponte.—Felicitamos al joven escritor por el lauro que la Academia Venezolana correspondiente de la Real Española ha adjudicado á su obra relativa



Estudio de Arturo Michelena

á la abolición de la esclavitud y de la que en uno de nuestros números anteriores nos ocupamos.

Biografías.—Nos vemos en la penosa necesidad de advertir que no admitimos para su publicación en EL COJO ILUSTRADO, biografías ni retratos que no hayan sido solicitados expresamente por nosotros.

Tenemos invariablemente que seguir las reglas que nos dicta nuestro criterio para el desempeño del propósito que llevamos.

C. Hellmund & C^o.—Damos las gracias á estos señores, comerciantes de Caracas y La Guaira, por el envío que se han servido hacernos de un cromó del hermoso vapor *La Touraine*,—de la Compañía General Trasatlántica,—que hace el servicio postal, entre el Havre y Nueva York, en siete días.

Libros y folletos recibidos.—*Aramare*.—Poema indiano, por el señor Abelardo Gorrochotegui.—Tip. de "El Pregonero."

Prudencia.—Monólogo que escribió nuestro distinguido poeta y amigo don Félix Soubllette, expresamente para ser recitado por la señorita Grifell en la noche de su beneficio.—Tip. "El Tiempo."

Descripción.—La de las fiestas celebradas en Curarigua, el 4 de agosto, con motivo de la bendición del templo.—Por P. H. Jiménez Mendoza.—Quibor.—Imp. "Giménez."

Reciban nuestras gracias los señores que nos han remitido estas publicaciones.

NUESTROS GRABADOS

Arco de la Federación

Se ha construido en una explanada del paseo "Independencia" y ofrece un golpe de vista agradable, á la entrada de una de las avenidas que conducen á la hermosa colina. Tiene suficiente altura para dominar las arboledas y edificios de ornato que cubren las laderas del paseo.

El señor Hurtado Manrique ha sido el arquitecto constructor.

Retratos

Los siguientes honran el presente número de nuestra Revista: don HILARIÓN NADAL, venezolano distinguido, figura política en los días de lucha de nuestros partidos, economista de extensos conocimientos; don LUCIO SISO, experto en los debates del foro, prestigio inquebrantable en nuestra administración judicial; la señora SOFÍA DE PECCHIO, dama de escogida cultura, profesora de piano, con justicia apreciada en nuestra sociedad.

Pasteur

El cable trasmitió, á principios de este mes, la dolorosa nueva de la muerte del ilustre sabio y gran bacteriólogo. La humanidad llora con justicia la pérdida de uno de sus bienhechores eminentes. El se hizo punto socorrido de salvación en las angustias de un mal devastador ocasionado por las penalidades de la vida europea y no hay país que no le haya tributado homenaje de reconocimiento y admiración, desde el día en que leyó, en sesión solemnísimas, ante el Instituto de Francia, su memoria relativa á la vacunación antirrábica. Muere á los setentitres años de una vida meritisima consagrada generosa y heroicamente á la humanidad, á la ciencia y á la Francia. No se equivocó cuando hizo en Dôle su profesión de fe: "Creo en la ciencia y en la paz; creo que ambas triunfarán de la ignorancia y de la guerra; y creo que el porvenir será de los benefactores de la humanidad."

Los cuadros

En el campo de Marte se ha exhibido uno de ellos, el *Don Quijote* de Barrau, pintor catalán que ha llevado á París la interpretación gráfica de una de las aventuras del héroe manchego; el otro cuadro lo ha expuesto Allongé en el salón de los Campos Elíseos: es una deliciosa tarde de Fontainebleau, en el bosque risueño y á la vez severo, el más célebre de Francia, que guarda recuerdos de dinastías seculares.

Maracaibo

Siempre ha vivido en sus azules aguas, como la sirena del continente y ha tenido puesta de continuo la atención en ellas, bien en sus luchas por vencer las resistencias de la Barra tenaz, ya en su empeño por hermopear la orilla de su lago. El nuevo muelle tiene perspectivas de puerto del Levante, alegre, amplio; y los cañaverales que tapizan la ribera del río Zulia son muestra opulenta de cuanto en su suelo guarda aquella tierra del progreso y del vigor ciudadano.

San Carlos

Ruinas de su antiguo esplendor, restos de cuanto la hizo grande en sus días felices, huellas borrosas de una civilización que por allí no ha vuelto á pasar, aterrorizada por las rudezas de su destino doloroso, así lo testifica lo que queda de la antigua casa llamada "Blanquera," sus calles desoladas, la yedra de sus muros, la tristeza nostálgica de sus hijos.

Coro

Tres vistas más reproducimos de la capital del Estado Falcón, en el occidente de la República. La capilla de San Clemente, construida por los españoles en la primera ciudad episcopal de Tierra Firme; capilla que conserva aún algunos detalles que han resistido á la acción del tiempo, como la cruz que la remata; el teatro "Armonía," edificado en la plaza de la Federación, á iniciativa y esfuerzos de la Sociedad Literaria que lleva aquel nombre, el mismo que se ha dado al nuevo coliseo coriano; y el puente de hierro construido sobre el río que atraviesa el camino del puerto de la Vela á la ciudad de Ampéres.

Yaritagua

En este Distrito del Estado Norte de Occidente posee el señor Julián Antonio Alvarado una hermosa plantación de caña de azúcar cuyas vistas reproducimos en este número: las oficinas de la hacienda y la casa de habitación.

Un autógrafo

Ciento seis años lleva la carta dirigida al señor Gobernador de la provincia de Caracas por Don Antonio Portier, ordenando en nombre del rey de España estricta vigilancia para impedir que entrasen á Venezuela papeles relativos á los sucesos de la revolución francesa y á las nuevas ideas de independencia que aquella revolución produjo en las antiguas colonias de Iberia en la América.

Juventud católica

Publicamos el grupo de los jóvenes funcionarios del Círculo de la Juventud Católica, que en el mes pasado celebró su primer certamen. Son: el señor Domingo M. Navarro, Presidente; Dr. José Angel Díaz y Díaz, Vice-Presidente; Dr. Pedro Ignacio Romero, Secretario de Actas; Miguel A. Villavicencio, Secretario de Correspondencia; Br. Pedro Crescentino, Tesorero; Br. Luis F. Landaez, Bibliotecario; Bres. J. Santiago Rodríguez y Manuel F. Sánchez, vocales; y laureados: el Br. J. M. Núñez Ponte, en prosa, y José V. Bofill, en verso.

Al siglo XIX

En el salón de Bellas Artes de Madrid, se ha expuesto este grupo, en el que la Eternidad, imposible é inexorable, anuncia al siglo actual, un anciano desfalleciente, la llegada de su hora postrera, señalada por el mismo mensajero.

"Paro pinto"

El joven carabobeño Andrés Pérez Mujica posee una serie de dibujos, obra suya, relativos á costumbres populares, que nos proponemos reproducir en la forma que hoy lo hacemos con los jugadores cuyas escenas ha trasladado fielmente el joven dibujante.

Caza de tigres en la India

Muy atractivas para la curiosidad occidental son en su historia y en su naturaleza las regiones asiáticas, pero las excursiones que viajeros y exploradores han practicado allí están llenas de esas terribles escenas que representa el grabado, en las que casi siempre victorean el triunfo los temibles pobladores del Himalaya y del Thibet.

Música

En esta interesante sección insertamos un *Nocturno Indiano* música de J. M. Suárez y letra de Felipe Tejera.

En los climas cálidos como en los frios, en los Andes como en las costas, la "Emulsión de Scott" justifica siempre sus méritos.

Don Francisco Villegas González, Médico Cirujano de la Universidad de Caracas,

Certifica: que hace catorce años que usa en su práctica la "Emulsión de Scott" en las enfermedades del pulmón, y otros casos de demarcación general, obteniendo un resultado feliz siempre que la ha empleado, tanto en la zona cálida de las llanuras como en la fría de la cordillera, y como un acto de estricta justicia expide la presente certificación en favor de los inventores de dicho medicamento á quienes deben un gran servicio los Profesores de Medicina y la humanidad doliente.

F. VILLEGAS GONZÁLEZ.

Boconó de Trujillo, Marzo 21, 1894.

UNA PRUEBA.—Cuando se ha visto una sola vez, la acción benéfica de la *Crème Simon* contra el *Ardor del Sol*, las *Rogeces* y las *Picaduras de Mosquitos*, se comprende que no haya *Cold-Cream* más bueno para la *Toilette Diaria* de la cara y de las manos.—Los *Polvos* de arroz y el *Jabon Simon* completan estos felices efectos y dan al *Rostro*, *Blancura* y *Afelpado* maravillosos.

Evítense las falsificaciones, exigiéndose la firma: J. SIMON, 13 rue Grande Batelière PARIS.

De venta en todas las buenas farmacias, bazares y sederías del mundo entero.

CANTO DE BODAS

POR

ENRIQUE GREVILLE

VERSIÓN CASTELLANA

DE

PEDRO SANCHEZ-MARIN

DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS

(Continuación)

—Marido mío—dijo Albina con dulce acento—nunca te guardaré rencor mientras reconozcas tus faltas; pero sin culpa, por mi parte, podría llegar á no quererte.....

Esta frase no había sido pronunciada para agradar á Armor, pero éste sólo había percibido de ella la música. Su mujer estaba en aquel momento mucho más hermosa que todas aquellas á quienes había amado. Besó galantemente la mano de Albina; de la mano subió á la mejilla, y se sintió lleno de satisfacción.

—Hace mucho tiempo que no damos ninguna comida—dijo en seguida.—¿Habría lugar de hacer invitaciones para el primero del mes próximo?

—Seguramente—respondió Albina.

Efectuóse la comida, pero Dutard no entró en el número de los convidados. Durante unos quince días, Armor pasó á su mujer por todas partes, acompañándola á multitud de diversiones, y á alguna que otra visita.

—Ved á los esposos Armor haciendo las visitas de su segunda boda—dijo una señora caritativa.

—¿Segunda?—replicó un amigo—¡si dijese usted la vigésima!; Y no pára en esto!; Cada vez compone para ella una melodía! Ya habrá usted visto que de un tiempo á esta parte no publica más que trozos de escasa importancia.

XXII

Juana Maison adquiría hermosísimos colores, á lo que contribuían no poco los paseos en coche que diariamente daba con Albina después de la consulta del doctor. La niña, vestida con mucho gusto, sin que su madre hubiese tenido necesidad de comprarle nada de particular, hacía muy buen efecto al lado de su amiga.

Íban con frecuencia al bosque de Boulogne los días de sol, bajándose del coche y paseando á pie algunos ratos. Las pantorrillas de la niña se dibujaban ya á través de sus medias de lana, y su sonrisa mostraba sus dienteillos en una boca más pequeña que en el mes de Marzo.

A la vuelta tomaba una original merienda, debida al ingenio de Albina: parábase á la puerta de una fonda de la calle Rocher, y sin entrar comía algunas ostras que una sierventa del establecimiento le abría allí mismo.

—¡Mis ostras; qué ricas!—exclamaba Juana tomándolas con gran placer, pues sentía que sus fuerzas se reanimaban. Luégo daba las gracias á su bienhechora con una lluvia de besos, que así caían sobre sus mejillas como sobre su traje.

La señora Maison las recibía siempre con esta pregunta:

—¿Has sido buena?

Juana lo era siempre con Albina; fuera por la ternura que ésta le inspiraba, ó por cierta mezcla de temor y respeto, lo cierto es que no daba lugar á que tuvieran qué reprenderla.

Volvió el sol á brillar radiante en la calle de Boulogne, y pronto se vio de nuevo á Juana sentada en su sillita por la tarde á la puerta de la tienda, haciendo el papel de maestra ante algunos chicleos de menos edad que ella.

—Tiene la manía de jugar á la escuela—dijo la señora Maison. La enviaremos el año que viene. Albina estuvo á punto de hacer una proposición, pero no se atrevió. Sin embargo, pasado algún tiempo se decidió á ello.

—¿La enviará usted á la escuela pública?—dijo Albina á la frutera.

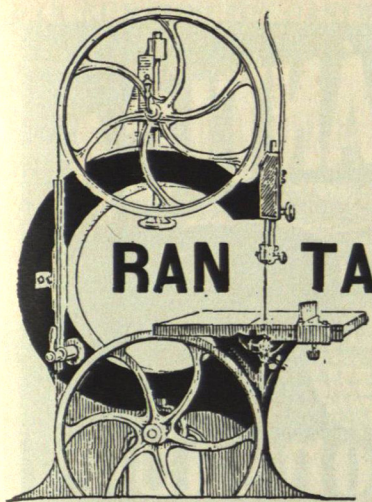
—Sí señora. Nuestros hijos adelantan mucho en ella.

—¿Y no preferiría usted un colegio particular donde estuviese interna?

El padre, que se hallaba limpiando la anaquelaria de la tienda, subido en una escalera, respondió al instante:

—Eso no es lo que nos conviene, señora. La escuela, como sus hermanos, es mucho mejor.

ESPECIALIDAD: RAMO DE FABRICAS COMO PUERTAS, VENTANAS, TECHOS, ROMANILLAS, ENTABLADOS, ETC., ETC. TRABAJOS EN LAS MAQUINAS COMO TORNEAR, CALAR, ACEPILLAR, ESCOPLAR, ACERRAR, ESPIGAR, TALADRAR, ETC., ETC.—**PRECIOS EQUITATIVOS.**



RAN TALLER MECANICO DE CARPINTERIA

MUEBLES DE TODAS CLASES.—DEDICAMOS ESPECIAL ATENCION A MOBILIARIOS DE MADERA DE NOGAL. COMPLETA GARANTIA, PUES NADA SE PAGA ANTES DE ESTAR RECIBIDO A COMPLETA SATISFACCION.

EDO. BRAASCH & CA.

Conde á Padre Sierra N. 12—Teléfonos: Viejo N. 1273, Nuevo 47

FABRICA DE CHOCOLATES SUPERIORES Y CACAO EN POLVO SOLUBLE

Establecida
en 1861

“LA INDIA”

Reformada
en 1895

Situada en el centro productor DEL MEJOR CACAO DEL MUNDO, está montada á la altura de las mejores fábricas francesas; sus productos han obtenido las recompensas más altas en las grandes exhibiciones con

MENCIONES HONORIFICAS

**12 MEDALLAS DE MÉRITO, DE ORO Y DE PLATA
Y OBTUVO EL GRAN PREMIO EN CHICAGO, 1893**

Depósitos y Agencias en las principales ciudades de las Américas y Europa.

FABRICA: CALLE DE LA ESTACION (CAÑO AMARILLO.) — MAYOR Y DETAL: AVENIDA SUR, NUMEROS 2 Y 4

Dirección: FULLIE & Ca. — Caracas



CARACAS — VENEZUELA

de mérito, de oro y de plata

12 MEDALLAS

Albina comprendió que tenía razón; de buena gana hubiera costado los gastos de la educación de la niña; pero esto sería sacarla de su esfera. ¡La escuela como sus hermanos! Tenía mucha razón el honrado padre.

Lo que agradaba á la esposa de Armor era el modo de ser tratada por aquella familia. Desde que vivía en la calle de Boulogne, se surtía en casa de estos honrados comerciantes; cuanto le vendían era de la mejor calidad, y el precio siempre razonable. Además, fuera de las relaciones comerciales, encontraba en ellos una dignidad y una sencillez irreprochables.

Los padres aceptaban lo que Albina hacía por Juanita, porque no hubieran podido hacerlo por sí y comprendían que era necesario; pero su agradecimiento no era obsequioso ni familiar; reinaba, por una y otra parte, á pesar de la diferencia de clase social, una muy sincera amistad, basada en la recíproca estimación. Nunca, aquel honrado matrimonio hubiera confiado á Juana, ni por salvarle la vida, á una mujer cuya conducta mereciese algún reproche. Albina que lo sabía, no hubiera atribuido á su obra por nada del mundo, el carácter de un beneficio; sentíase tan conmovida ante la confianza que le dispensaban, como ellos ante la bondad de ésta, y merced á este cambio de nobles sentimientos, Juanita obtenía de ambas partes lo más hermoso que hay en la vida: el amor tierno y desinteresado.

Una mañana de Abril, algo antes de almorzar, Albina recibió el recado de que la señora Maison deseaba hablarle; la frutera solía venir personalmente á traer frutas y legumbres, pero en ese caso llamaba á la puerta del servicio, y no solicitaba ver á la señora.

—Dígalas usted que suba—ordenó Albina.

Después de un discreto golpecito dado en la puerta

de la alcoba apareció Juanita, trayendo una enorme gavilla de flores. La señora Maison venía detrás, sin nada á la cabeza, con un delantal blanco muy limpio.

—Buenos días, señora—dijo ésta—mi marido ha encontrado esto por la mañana en el mercado, y ha supuesto que sería del agrado de usted; ¡le gustan á usted tanto las flores!.....

Cuando Albina se disponía á darle las gracias, la mujer añadió bajando la voz:

—Nos hemos tomado esta libertad, señora, esperando que no se enfade..... Mañana es el aniversario, bien lo sabe usted..... y hemos creído que podíamos permitirnos tal libertad, después de lo que usted ha hecho por nuestra Juanita.....

Albina no comprendía bien todavía y la niña añadió:

—Hace poco que he estado con papá y mamá en el cementerio, y yo misma he puesto las flores sobre la lápida de Juanito.

Albina lo comprendió entonces; estrechó las arrugadas manos de la frutera, besándola en ambas mejillas, luego cogió á Juana en sus brazos, ocultando sus ojos anegados en lágrimas entre los rubios bucles de la niña; las flores se hallaban esparcidas sobre la alfombra.

La señora Maison las recogió, enjugándose los ojos con una punta de su delantal.

—Gracias—dijo la joven así que pudo hablar.—Voy allí al instante. ¿Quieres venir conmigo, Juana? La pequeña quería siempre. Fuéronse ambas, Albina con su traje de tafetán de las Indias y su elegante sombrilla, la niña con su vestido de percal y un sombrero de paja de diecinueve sueldos; marchaban de la mano formando un extraño grupo, tanto por su belleza, cuanto por la semejanza de sus trajes.

La tumba de Juan desaparecía bajo multitud de

blanquíssimas flores; era aquello un regio lecho formado de tuberosas, de jacintos, de lilas, de tulipanes, de todo, en fin, cuanto el Mediodía añade á la flora de París; jamás Nuestra Señora vio tantas flores á los pies del niño Jesús.

—¡Qué buenas gentes!—murmuró la joven juntando las manos.

Juana, tirándole débilmente del vestido, dijo con su fresca voz, algo ensordecida por el respeto á los muertos:

—¿Es el niño de usted?

Albina movió la cabeza sin poder hablar.

—¿Me parezco á él, diga usted?

—Idéntica respuesta.

—¿Y por eso me quiere usted?

—Te quiero ahora porque eres buena y me quieres—respondió Albina muy conmovida. De repente, Juana separó un poco las flores, y descubriendo la lápida é inclinándose, estampó en ella un piadoso beso.

—¡Hermanito mío!—exclamó por lo bajo en un suspiro.

Albina la estrechó entre sus brazos con efusión. Desde aquel día la profesó un cariño tan profundo, cual si la hubiera llevado en su seno.

XXIII

El señor Frédel había muerto de una bronquitis; quince días después siguió su esposa, incapaz de vivir sola después de haber participado de todo, durante treinta años, en compañía de aquella mitad de su alma.

Tuvo una muerte tranquila, pues Albina no le había comunicado ninguno de sus amargos disgustos, y la madre, alejada del movimiento parisién, ignoraba los rumores relativos á Félix; la joven, pues,

había tenido el consuelo de ahorrar á sus ancianos padres el pesar de saber que era desgraciada.

Proporcionóle cierta tranquilidad de espíritu el verse libre para obrar, cuando el silencio resignado que hasta entonces guardaba le pareciese intolerable. Más de una vez tachó á este silencio y á esta resignación de cobardía; más de una vez la amargura de sus enojos había querido asomarse á sus labios, pero siempre calmó su cólera pensando en los dos ancianos, á quienes una ruptura les hubiera llenado de desesperación. En el pensamiento de los señores Frédel, una separación sería una catástrofe sin nombre; el escándalo, la opinión pública, la prensa.....

Albina nunca pudo abrigar con sangre fría la idea de causarles semejante dolor; rechazando el ardiente deseo de ponerse el libertad, que á veces la atormentaba hasta el punto de ponerla enferma, se había propuesto no pensar en él mientras sus padres viviesen. Ahora ya era libre; pero esta idea, como á menudo acontece, la indujo á tener más paciencia. A cada nueva calaverada de su marido, se sentía más apartada de él; el amor que la había sostenido mucho tiempo, haciéndola sufrir tanto, cayó por fin de su alma hecho girones; pero á medida que sufría menos, las consideraciones exteriores tomaban mayor parte en sus juicios, haciéndola comprender que á pesar de todo, más honrada estaría en la casa conyugal que fuera de ella, reflexión que le hizo soportar todavía multitud de secretas humillaciones.

Coco pasaba á su lado dos meses todos los años; ésta era á la sazón una muchacha, siempre delgada y muy morena, pero fresca y casi linda. Sus hermosos ojos negros y sus blancos dientes animaban su rostro, y ya no tenía ninguna semejanza con un cuervo. Hizose muy amiga de Juana Maison, la cual también había pasado seis semanas, las más agitadas de su vida en Étretat.

A principios de invierno, Albina preguntó á Desroches si haría bien en alquilar el hotel. Desde la muerte de sus padres apenas encontraba atractivos en aquella casa, que le traía á la memoria tristísimos recuerdos. Desroches se asombró de tal idea é hizo cuanto pudo por disuadirla de ella. ¿Qué sería de él sin la proximidad de su vecinita? En París apenas se ven las personas conocidas. ¡La vida está tan llena de toda clase de cosas! Además, los Armor eran la mitad de Étretat.

—Tomo el cumplido por mí, pues seguramente no va dirigido á Félix—le dijo Albina sonriendo.—Creo que en cuatro años no ha pasado cinco semanas en Étretat.

—Si..... ¿qué quiere usted? las representaciones de Bayreuth, las ejecuciones de su sinfonía en Alemania y en Bélgica, todo eso ocupa.

Ella sonreía con un aspecto tranquilo y filosófico, que significaba: ¡No se canse usted! Desroches se detuvo.

—Vamos á ver—dijo en voz baja—¿es completamente imposible?

Albina nunca había hablado á nadie de su situación; esto fue como una gran marejada que rompe todos los obstáculos.

—¿Imposible? ¡Indigno! Hé aquí la palabra. Corre por todas partes sin dirección fija, no haciendo del amor un sentimiento sino una diversión; vuelve, sin embargo, todos los días, pero uno cualquiera no volverá y entonces me iré yo, amigo mío.

—¡Albina!—exclamó Desroches espantado.

—¡Sí! me iré; permanezco en casa para ser respetada en ella, pero si el hogar doméstico es un albergue que utiliza cuando no sabe á dónde ir, me iré.

El poeta no respondió; ¿qué podía responder? Al cabo de un instante repuso.

—Su danza pantomímica será representada dentro de un mes; esto puede ser para él un azar de la suerte que cambie por completo sus ideas y costumbres, apasionándose de nuevo por la música.

—¿La música? Ya no trabaja casi nada. Se volverá loco, loco, ¿entiende usted, Desroches? No se puede atender á la vez al trabajo y al placer, como ha venido haciéndolo de dos años á esta parte; ¡bien lo sabe usted!

Hablaba por tiempos; tenía los labios extremadamente pálidos, los ojos hundidos y toda la faz tan descompuesta, que Desroches no pudo menos de compadecerla.

—¡Qué lástima que su hijo de usted no haya vivido! Félix hubiera sido entonces otra cosa.

(Continuará)

LA TRASATLÁNTICA



Capital responsable

B\$ 37,500.000.

Acepta seguros contra incendio bajo condiciones muy módicas

CESAR MÜLLER

Agente General en Venezuela

AVISO MUY IMPORTANTE

Teniendo muy en cuenta los intereses de nuestros clientes y para facilitarles el reconocer á primera vista sus **LEGÍTIMOS** productos

El Sr. Legrand, Propietario de la
PERFUMERIA ORIZA, de París

tiene el honor de prevenir su clientela al por mayor y al detalle que á partir del 4º de Enero de 1896, serán puestas á la venta sus principales especialidades:

l'Oriza-Oil, l'Ess-Oriza et l'Oriza-Powder

MODIFICADAS en su aspecto exterior y en su forma, con el objeto de impedir las innumerables y detestables falsificaciones de sus tan conocidos productos.

ACEITE

HOGG

Puro de HIGADOS FRESCOS de BACALAO

El más activo, el más agradable y el más nutritivo.



EMULSION

HOGG

Con los Hipofosfitos de Cal y de Soda

Deliciosa Crema preparada con el Aceite HOGG para las personas que no pueden tomar el aceite puro. Sirve de golosina á los niños.



ANEMIA, TÍISIS, RAQUITISMO, ESCROFULA, etc.
El Aceite de HOGG es recetado por los primeros médicos del mundo desde hace medio siglo.

(Frascos TRIANGULARES) Farmacia HOGG, 2, Rue Castiglione, PARÍS, y Puenches.



GRAN SURTIDO DE CASIVIRES
Franceses é Ingleses

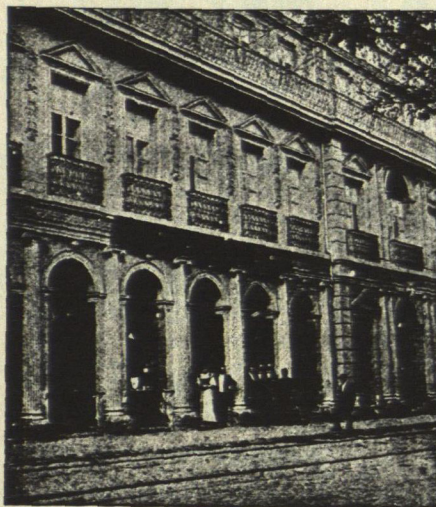
CAMISAS ULTIMA NOVEDAD

ROPA INTERIOR FINISIMA
de hilo, seda y lana

Medias Medias-Haute Nouveauté

PAÑUELOS ELASTICOS
PERFUMERIA

TELEFONO VIEJO, N. 1928



CUELLOS - PUÑOS - BOTONES

BASTONES-PARAGUAS
y artículos de fantasía para regalos

ESPECIALIDAD
en uniformes militares, levitas
y casacas

Expediciones para el Interior

LOS CORTADORES DE LA CASA SON FRANCESES

TELEFONO VIEJO, N. 1928

GRAN SASTRERIA DE PARIS — **CAMILO SIRET** — GRAN SASTRERIA DE PARIS
ENTRE LA TORRE Y EL PRINCIPAL.—PLAZA BOLIVAR — CARACAS

Gran Fábrica de Chocolates y Cacaos



CARACAS

La materia prima de nuestra fabricación es el cacao conocido universalmente por el nombre de **CARACAS**, el cual goza de reputación, hasta ahora indiscutible, como el mejor del mundo.

PABLO RAMELLA Sucs.
CARACAS - VENEZUELA

DE VENTA EN TODAS LAS PANADERIAS DE RAMELLA

LA LEGITIMIDAD Y LA HIDALGUÍA

REAL FABRICA DE GIGARRILLOS

Y
PAQUETES DE PICADURA DE TODAS CLASES
DE
PRUDENCIO RABELL

CON SUS MARCAS ANEXAS

LA HONRADEZ, EL NEGRO BUENO Y EL FENIX

AGRACIADO POR REAL ORDEN DE SU MAJESTAD
EL REY DON ALFONSO XII, CON EL USO DE SUS REALES ARMAS
Los productos de esta Fábrica son elaborados con
hojas selectas procedentes de las mejores vegas de
Vuelta Abajo, escogidas escrupulosamente por persona
intelligentísima en el ramo.

Los cigarrillos son elaborados á máquina, tanto los
Elegantes y Panetelas como los Corrientes; lo cual,
además de su reconocida calidad y buen gusto, garantiza
el aseo y limpieza en su elaboración.

Hay constantemente un surtido general variado y
fresco de Elegantes, Panetelas, Bouquets, Bouquet Imperial,
Especiales, Camelias Medio Gigante y Gigantes
en papel de algodón, trigo, hilo, arroz, pectoral, berro,
pulpa y pasta de tabaco, orozuz y chorrito.

Al que lo solicite se le envían precios corrientes de
los artículos de la Fábrica y se sirven los pedidos con
esmero y prontitud.

DIRECCION: Calle, Rabell, Teléfono, 1,016. Correo, Apartado 117.

PASEO DE TACON (CARLOS III), 193, HABANA

La Fábrica de **HIELO**
de las casas de **CAMPO**

produce en 10 minutos de 450 gramos á 8
kilos de **Hielo artificial** empleando una sal
inofensiva que sirve siempre.

J. SCHALLER, 332, rue Salut-Honoré, PARIS
Prospectos: G. STURUP y C^{os} Suc^{as}, en Caracas.

Tengo el gusto de participar al público en general, y á
mis relacionados en particular, que el establecimiento de pelu
quería y barbería

"SALON DU MONDE FASHIONABLE"

ha sido notablemente reformado y puesto á la altura de los
mejores de París, y con un personal entendido, capaz de dejar
satisfecho el gusto más refinado.

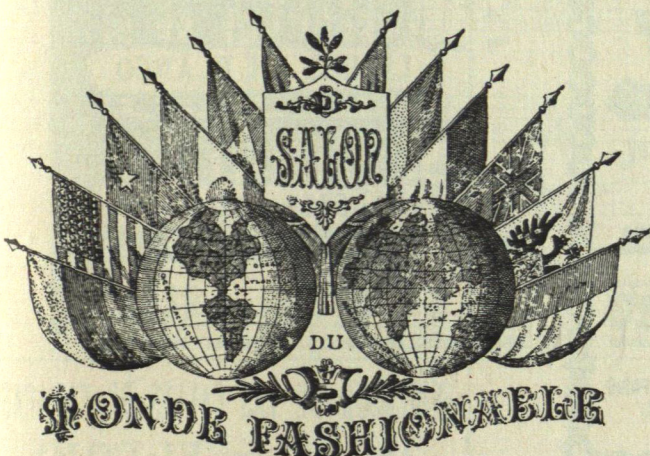
En esta innovación no he omitido gasto alguno, con el
único deseo de poder atender del mejor modo posible á mis
numerosos favorecedores.

Y he agregado entre otras cosas, un aparato antiséptico
para desinfectar todos los útiles del servicio, por medio de un
baño que garantiza el aseo más riguroso.

NOTA.—Como siempre, peinados de última moda, y á
domicilio para señoras.

LOUIS CAZAUBON

N. 16 — PAJARITOS A LA PALMA — N. 16



DEL DICHO AL HECHO

Hay Gran Trecho.

No porque alguien diga que su preparado es "tan bueno como" ó "más barato que" la Emulsión de Scott, debe el paciente dar oído á sus argumentos y jugar con su salud. La Emulsión de Scott es la preparación original; única recomendada por los principales facultativos y Academias de Medicina. Es el resultado de larga experiencia y estudio. El nombre **SCOTT** es garantía de la pureza de ingredientes y de la perfección del conjunto. Exíjase la **Emulsión de Scott** y recházese todo frasco que no sea de la de **Scott** con la etiqueta representando al hombre con el bacalao á cuestas. Todo frasco que carezca de esa etiqueta es falsificado ó imitado. La

Emulsion de Scott

Es el remedio más adecuado para curar la Tísis, Escrófula, Anemia, Exenuación, Clorosis, Raquitismo, y todas las enfermedades en que haya Debilidad y pérdida de Carnes y Fuerzas. Esta medicina cura alimentando, reconstruyendo el sistema, devolviendo las fuerzas perdidas—*creando carnes!* Para los débiles la Emulsión de Scott es una Providencia. Tan segura como permanente, es siempre digna de confianza. El procedimiento de emulsionar el aceite con las hipofosfitos de un modo efectivo, es nuestro arte. Para preparar una Emulsión perfecta se necesita algo más que mezclar los ingredientes al acaso. Se necesita estudio, práctica y cautela, tres requisitos empleados siempre en la preparación de la Emulsión de Scott. Procúrese en todas las Farmacias y Droguerías.

SCOTT y BOWNE, Químicos, Nueva York.

VIOLET FRÈRES
THUIR (Pyrénées-Orientales) FRANCIA



Casa única para el **BYRRH** Con Vino de Málaga

El **BYRRH** es una bebida cuyas virtudes tónicas no se necesita indicar.

Hecho con vinos añejos de España especialmente generosos, puesto al contacto de sustancias amargas inteligentemente escogidas, contiene todos los principios de estas sin tener sobre el estómago la acción nociva del alcohol que hace la base de la mayor parte de las especialidades ofrecidas al público.

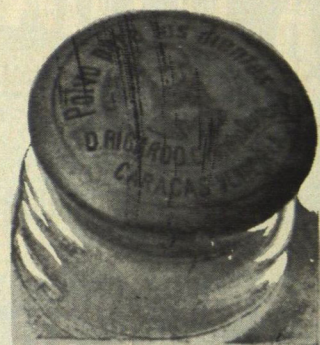
Es a la vez gustoso y absolutamente irreprochable al punto de vista higiénico.

El **BYRRH** puede tomarse á todas horas: la dosis de un pequeño vaso de Burdeos como tónico; mezclado con agua en vaso grande, como bebida de refresco.

EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS 1889

MEDALLA de ORO (la mas grande recompensa concedida)
En **CARACAS: G. STURUP y Cia, Sucesores** y en las buenas Casas.

ALMANAQUE de PAREO PARA 1896
En **EL COJO**



Se vende en la casa de

D. DAVID RICARDO,
Y SU HIJO

S. DE JONCH RICARDO
y en la "Farmacia Capriles"

ESQUINA DE LAS MARRONES

ÚLTIMO MODELO DE LA CASA



LEOTY
8, Plaza de la Magdalena,
PARIS
Los Célebres
Corsés

LEOTY
Perfectamente modela los
higiénicos, y de un corte áulico,
están adaptados á todas las
señoras elegantes.

Se los puede procurar directamente en Paris.

Se ruega á las Señoras escriban directamente á
M^{me} LEOTY, 8, Plaza de la Magdalena

MATERIAL DE HORNOS DE TEJAS Y LADRILLOS
RECOMPENSADO EN LAS EXPOSICIONES
G. LACROIX (A. & M.)

477, quai Valmy, PARIS



Se envía franco el
resumen del catalogo y
por 1 franco el catalogo
completo.

Especialidad de
póneas de hierro,
sistema Roubens.

Túnel metódico para enjugar, privilegio s. g. d. g.
Hornos para cocer los productos cerámicos.

EPILEPSIA

HISTÉRICO

CONVULSIONES

ENFERMEDADES

NERVIOSAS



¡Curacion frecuente!

¡Alivio siempre!

CON EL USO DE LA

SOLUCION ANTI-NERVIOSA

DE

Laroyenne

VENTA POR MAYOR

PARIS, 7, Boulevard Denain, 7, PARIS
FARMACIA DUREL

DEPÓSITOS EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS Y DROGUERIAS



INDICADOR DE LAS CALLES DE CARACAS
De venta en **EL COJO**

NOCTURNO INDIANO

Poesía de Felipe Tejera

(Recitación al piano)

Música de Jesús M. Suárez

DEDICADA A MI SOBRINO RODOLFO INNES SUAREZ

AIRE DE BARCAROLA

PIANO SOLO

SIEMPRE PIANO

RECITACIÓN

Lento apasionado

F

PIANO SOLO

RECITACIÓN

Lento apasionado

F

RITARDANDO

PIANO SOLO

RECITACION

Lento apasionado

1er Tiempo

PP

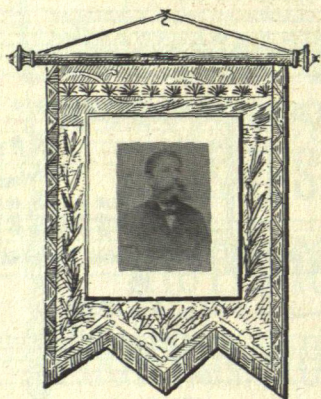
Creciendo

Disminuyendo

PP y Muriendo

FIN

Cotaco. Pedro E. Zubizarreta



NOCTURNO INDIANO

Suelta la lona á los vientos,
en una negra piragua
surcando va por el agua
el indio Caonabó.

Y mientras la névea espuma
bajo la prora riela,

mirando la blanca estela
de su batel, así habló:

«Adiós, envidiada
esposa del día;
adiós, patria mía,
que más no veré.
En tí se quedaron
la choza incendiada,
la madre adorada,
la virgen que amé.»

En tanto, ligera, surcaba en el agua
la negra piragua
las olas rompiendo con vago rumor;
y el indio en la popa, tendida la vela,
miraba la estela
cantando á los vientos su negro dolor:

«Por siempre te quedan
mis bellos palmares,
los dulces cantares
que alzaba mi voz.
Y el río que amaba,
mis montes, mi cuna,

mis cielos, mi luna,
mi altar y mi Dios.»

En tanto cual ave que rápida vuela,
redonda la vela,
la negra piragua cortaba la mar,
y el sol en ocaso su frente inclinaba,
y el indio bogaba
oyendo en la prora las olas bramar.

«Llebad á mi patria
con roncós clamores;
llebad, oh condores,
mi triste cantar!
Decid cómo el indio
por siempre reposa;
los cielos por losa,
por tumba la mar!»

Y mientras se hundía la negra piragua,
surgiendo del agua
la luna en las sombras su faz levantó;
los ecos, del indio la voz repitieron. . .
las ondas gimieron,
después. . . ya ni el indio ni el eco se oyó.»